

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

15 DE AGOSTO DE 1898

Nº 160

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

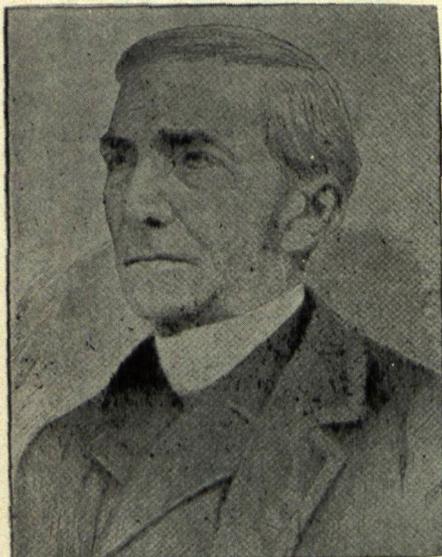
EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



La Virgen as donateur, par VAN DYCK. X. Ebor.



MANUEL A. SANCLEMENTE
PRESIDENTE DE COLOMBIA

Al ilustre personaje, cuyo nombre encabeza estas líneas, le es aplicable la siguiente estrofa de Goethe :

Contra lluvias y nieves,
Contra el furor del tempestuoso viento,
Entre la niebla umbría,
Sin tregua ni descanso un solo instante,
¡ Adelante, adelante !

No han llegado los hombres públicos de Colombia á tener larga historia y verdadera fisonomía política, sino cuando en las frecuentes tempestades y peripecias de la vida nacional, han avanzado siempre con el valor y la constancia de que habla el poeta alemán.

Los guerreros célebres deslumbran la imaginación popular, y no sin razón, porque en sus proezas va envuelta la idea del propio sacrificio, y en el triunfo se ven el valor y el esplendente brillo de la pericia militar ; pero los hombres de Estado, que por su prudencia, patriotismo y firmeza han contribuido al progreso y bienestar de su patria, no son menos acreedores á la estimación pública, y para las faenas del gobierno son los más apropiados, en el concepto de los países republicanos, en el que el espíritu civil constituye la esencia de la soberanía popular.

La lucha del hombre civil es, de ordinario, más larga, más tenaz, más reñida que la del jefe afortunado que, sin ser militar de profesión, pasa por los vívas y por los campos de batalla en aras de la victoria.

El combate intelectual de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes del estadista en acción, del publicista y del ciudadano que atrae la atención por su notoriedad política, requiere capacidades y entereza de carácter tan grandes, que no las tienen en grado eminente sino los hombres superiores. A las veces, en la profunda soledad del estadista ó del gobernante, se libran las grandes batallas del pensamiento, en que se decide de la suerte de las naciones.

La conducta del hombre político informa su vida pública ; y esa vida, cuando es como la del doctor Sanclemente, la de un ciudadano distinguido por su honradez, talento y servicios á la causa de sus convicciones, es modelo recomendable y causa de orgullo para la República.

A fin de poner en evidencia esta verdad, trazaremos algunos rasgos biográficos de tan esclarecido colombiano.

Vio la luz en el muy bello é importante De-

partamento del Cauca, suelo afortunado, que ha sido cuna de algunos de los hombres más notables de Colombia. Nació en Buga, en 1815. Tiene, por consiguiente, ochenta y tres años. Se le eligió Presidente de Colombia exactamente á la edad que tenía Enrico Dandolo, cuando fue proclamado Dux de Venecia, la cual edad no impidió que fuese uno de los principales jefes de la cuarta cruzada y ejecutara proezas que demuestran cómo hay naturalezas en que el cerebro y el corazón permanecen jóvenes, y en pleno vigor, bajo la nieve de las canas ; y á esas naturalezas privilegiadas pertenece la del doctor Sanclemente.

En 1835 recibió en la Universidad del Cauca el título de abogado de los Tribunales de la República. Ejerció con brillo su profesión hasta 1850, año en que se le nombró Juez letrado de Hacienda, empleo que sirvió con lucimiento, hasta que, censado de revolucionario, tuvo que trasladarse á la capital á responder de ese cargo ante la Corte Suprema de Justicia.

Poco tiempo después se presentó en esa misma Corte, no ya como acusado, sino á ocupar la curul de Magistrado que en ella se le señaló en la Administración del probo doctor Mallarino.

En 1843 fue miembro distinguido de la Cámara de Representantes y suscribió la Constitución expedida en ese año, la cual fue, en muchos puntos, tipo de la que está en vigencia.

Cuando gobernó la República el doctor Mariano Ospina, el íntegro Magistrado Sanclemente pasó á ocupar una eminente posición política y fue nombrado Secretario de Gobierno y más tarde se le encargó también del Despacho de Guerra.

La Administración Ospina fue combatida por las armas y tuvo mal éxito en la lucha. Con el señor Calvo, Presidente interino, cayó el Partido Conservador. Los que entonces eran adolescentes y presenciaron asombrados una guerra que cubrió de sangre y desolación el suelo de Colombia, leyeron hace pocos años, con mayor asombro, un escrito del distinguido publicista liberal Felipe Pérez, en que hizo declaraciones favorables á la honradez del doctor Ospina, y si mal no recordamos, con la declaración expresa ó implícita, de que la revolución de 1860 no tuvo fundamento en la incorrección del Ejecutivo, lo cual honra de manera especial al doctor Sanclemente.

En esa revolución el Secretario de Gobierno hizo la campaña de Santander con el Presidente de la República, y á su lado tomó parte en el combate del Oratorio.

Caído el Partido Conservador y restablecida la paz, el doctor Sanclemente volvió al Cauca, en donde se dedicó á las faenas de institutor, lo cual quiere decir que continuó sirviendo á sus ideas políticas y religiosas en el único campo en que había espacio para la eficaz acción de su actividad intelectual.

En esas labores se hallaba cuando estalló la revolución local de 1865 en el Cauca. Sólo por sospechas infundadas de que había sido fomentador de esa revuelta, lo condenó el Gobierno del Estado á proscripción perpetua ; pero el Ejecutivo de la Unión impidió que esa determinación se llevase á efecto.

En la guerra civil de 1876 fue de nuevo sometida á dura prueba su abnegación en el sufrimiento : se le redujo á prisión, y solitario, con un grillete al pie, permaneció en ella largos meses hasta que el general Sergio Camargo le abrió las puertas de la cárcel con el decreto de amnistía que puso término á todas las persecuciones y devolvió la calma á los hogares y á los espíritus.

El año de 1876 fue de nuevas y plácidas auroras para los vencidos de 1861. Entonces el doctor Sanclemente, en atención á sus aptitudes profesionales y á la elevación de su carácter, fue llamado de nuevo al puesto de

Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, por el Presidente Núñez, "Jefe indiscutible é indiscutido de la Regeneración."

Del empleo de Magistrado fue promovido por el Presidente doctor Holguín al de Gobernador del Cauca. Puso entonces en evidencia sus capacidades superiores para la Administración pública. Sin entrar en pormenores, sólo diremos que, durante su Gobierno, reinó el orden por el cumplimiento de las leyes y el espíritu de justicia ; y que, en el aspecto material, se le recuerda como el que acaso ha impulsado más eficazmente las obras públicas. Apaciguó los ánimos, y el eléctrico Cauca sintió entonces la calma del movimiento progresivo y ordenado de la civilización.

Más tarde fue elegido Senador por el Departamento del Cauca, y después lo nombró el señor Caro, Ministro de Gobierno, posición en que permaneció poco tiempo, porque una grave enfermedad lo obligó á regresar á su ciudad natal.

Como colaborador del señor Caro, puso todo el peso de su muy grande autoridad moral y política al servicio de los genuinos ideales de la Regeneración, del modo como los comprendía y practicaba el Jefe del Estado. Por eso el Partido Nacional lo eligió Presidente de la República.

Como en Pericles, es dote sobresaliente en su carácter, la energía templada por la moderación y la dulzura ; y como de aquel grande ateniense que le dio su nombre á su siglo, podrá decir también su biógrafo : "Merece nuestra admiración principalmente por la elevación de sentimientos que le hacía mirar como la más bella de sus acciones el no haber otorgado nada á la envidia ni al resentimiento, y el no haber sido de nadie enemigo implacable."

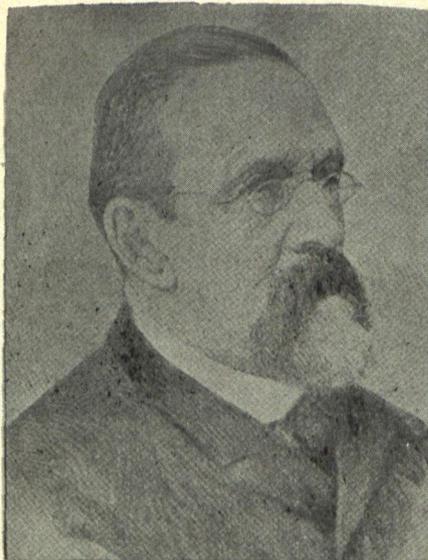
Con razón se dijo que las candidaturas de los señores Sanclemente y Marroquín no eran amenaza para ningún partido, ni un reto para otros candidatos, sino una solución patriótica.

Se objetó á sus aptitudes para el Gobierno la avanzada edad ; pero la avanzada edad no es en las naturalezas privilegiadas obstáculo para el ejercicio del mando. La historia de todos los tiempos así lo demuestra: el Rey de Esparta Agesilao, el Dux de Venecia Enrico Dandolo, Luis XIV, el Emperador Guillermo I de Alemania, la Reina Victoria y S. S. León XIII resaltan en los anales del mundo como testimonio de esta verdad. Gladstone—el grande anciano—entró al Ministerio Alberdeen, en 1852 ; hace cuarenta y seis años ! y sus opiniones fueron hasta en sus recientes últimos días respetadas en Europa como las de un gran político. El Príncipe de Bismarck, de quien sus enemigos dicen que es grande por la inteligencia, peligroso por el genio, superior á Maquiavelo por la astucia y á Richelieu por el desprecio de la humanidad, es en su ancianidad una gran figura del siglo ; y si volviera á la Cancillería, dirigiría aún, con mano muy firme, los grandes negocios del Imperio que le debe su existencia actual.

La elección de los señores Sanclemente y Marroquín recayó en varones constantes en la teoría y la práctica del bien, según sus ideales, y será garantía de paz y progreso para la República.

Ellos, que han vivido la vida intelectual, que han peleado como atletas las grandes batallas del pensamiento, y presenciado y sufrido las tempestades políticas de gran parte del primer siglo de la existencia de Colombia, exclamarán como Goethe : ¡ Adelante, adelante !





JOSE MANUEL MARROQUIN
VICEPRESIDENTE DE COLOMBIA

Es un septuagenario á lo Ibsen: se conserva sano y vigoroso. Hombre de hogar y hombre de letras, ilustra al primero con la austeridad de sus costumbres y consagra á las últimas su corazón y su cerebro. A pesar de que al escribir no lo guía otro interés que el de servir á la juventud, pues su posición independiente lo mantiene fuera del radio de las especulaciones materiales, ha sido y es el que en estos países ha obtenido mejores resultados en su tarea de escritor. Sus obras didácticas se han adoptado como textos de enseñanza en todas las Escuelas y Colegios de Colombia, en atención á la claridad, sencillez y precisión del método empleado en ellas.

En algunas de nuestras repúblicas, especialmente en Colombia, el cultivo de las letras da fácil acceso á las cumbres del poder público; y la notoriedad adquirida en la literatura es contingente valioso que se lleva á los comicios populares, á las asambleas ruidosas, á la prensa de combate ó á la dirección de un partido. Marroquín y Rufino J. Cuervo, el eminente filólogo autor de *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, y del monumental *Diccionario de regimenes de la lengua castellana*, son tal vez los únicos que en la vecina república se han sustraído, desde su Tebaida intelectual—por temperamento ó vocación irresistible—á las tormentas de la política activa.

La única vez que Marroquín surgió en el escenario de la vida pública fue en marzo de 1896, en la administración transitoria del General Quintero Calderón.

Retirado el señor Caro de la Presidencia de la Nación, con el intento de separarse de la vida pública para volver con más entusiasmo á las tareas literarias, quedó encargado del Poder Ejecutivo, como Designado elegido por el Congreso, el General Quintero Calderón, militar de renombre; pero habiendo entregado—por candidez ó exceso de buena fe—el Ministerio de la política á uno de los jefes del Partido Conservador histórico, enemigo del Partido Nacional, de que es jefe el señor Caro, éste se vio precisado á asumir de nuevo la Presidencia. La administración anterior no duró sino cinco días, y en ella fue Ministro de Instrucción Pública el señor Marroquín, quien en tan corto espacio de tiempo no pudo dejar huella alguna de su paso por las esferas oficiales.

No pocos años de su vida ha dedicado el señor Marroquín á las labores del campo y á la enseñanza de las nuevas generaciones. En su hacienda, llamada *Yerbabuena*, sostuvo por mucho tiempo un Colegio; y cuando quiso

descansar de las faenas agrícolas, regresó á Bogotá para continuar en los Colegios privados de la capital su noble tarea de educador y de consejero. Diseminados por toda la república andan actualmente aquellos á quienes corrigió los primeros versos, á quienes limó los primeros artículos, y que hoy, como ayer, recuerdan con cariño al bondadoso maestro que les dio estímulos para las luchas de la vida.

Fue él de los que más impulso dieron á los *Mosaicos*. Llamáronse así las reuniones de literatos que se verificaban semanalmente en Bogotá, hace como 35 años, y en las cuales se leían versos, novelas, cuadros de costumbres y estudios críticos. Allí se daban cita José María Vergara y Vergara, historiador de la literatura de la Nueva Granada, ingenio amable, descubridor de poetas, tipo del Mecenaz literario, cuyo libro será siempre de consulta obligada para todo el que quiera conocer la producción intelectual de Colombia desde los tiempos de la Colonia; José María Quijano Otero, el narrador de las glorias de su patria; José María Samper, un tiempo nuestro huésped, tribuno fogoso, poeta, periodista y escritor fecundo, el que quizá ha hecho crugir más las prensas de Bogotá; Ricardo Carrasquilla, el de los *Ecos de los zarzos*, poeta chispeante é ingenioso, una especie de nuestro Arvelo, que supo hermanar la alegría de su espíritu con la austeridad de un místico; Manuel Pombo, hermano de Rafael, y José Joaquín Borda, poetas ambos, que no rayaron á gran altura, pero que han dejado dos bellas flores de antología; Canacho Roldán, literato y hombre de Estado, que vivirá siempre como el mejor apologista del dulce poeta Gregorio Gutiérrez González; Teodoro Valenzuela, literato y diplomático; y Ricardo Becerra quien, como antiguo cruzado, ha peleado grandes batallas por nobles ideales, con su verbo elocuente y su acerada pluma de periodista, donde quiera que ha levantado su tienda de combate.

En los comienzos de aquellas reuniones, un oscuro campesino, como de cincuenta años de edad, se presentó con un libro, escrito en los ratos que le dejaba libre la atención de la hacienda donde permanecía en calidad de mayordomo. Ese libro se publicó inmediatamente y recorrió toda la república despertando entusiasmo y hablando á todas las almas, si no por la pureza del lenguaje, sí por la verdad de las descripciones, por la copia fiel de las escenas campestres y por el soplo cálido de vida real que pasa por sus páginas.

El oscuro escritor, formado en los campos, en la muda contemplación de la naturaleza, era Eugenio Díaz, y su libro, que se intitula *Manuela*, es hoy conocido en toda la América, por la edición de Garnier Hermanos, de París.

Poco tiempo después se leyó en aquellas mismas reuniones un cuaderno de versos manuscritos, primicias del ingenio de un joven caucano, que, pobre y desconocido, acababa de llegar á la capital. Terminada la lectura, los miembros del *Mosaico* resolvieron por unanimidad publicar á sus expensas el manuscrito. Aquel joven era Jorge Isaacs, quien dos años más tarde vino á ser el autor inmortal de *María*.

Del seno de los *Mosaicos* surgió la fundación de la Academia Colombiana, y de ésta ha sido Presidente el señor Marroquín. Suyos son el conocido *Tratado de Ortografía y Ortografía*, el *Tratado de Métrica*, el *Diccionario Ortográfico*, y las novelas *Blas Gú*, *El Moro* y *Entre primos*. Ha publicado además innumerables artículos literarios y bellas poesías. Una de éstas, *La Perrilla*, es la poesía más popular en Colombia.

Por sus creencias religiosas, por sus ideas y por su estilo que recuerda el de los maes-

tros del siglo de oro, tiene notables semejanzas con Pereda.

Es personificación viva de los antiguos «raizales» santafereños, honrados, patriotas y austeros, que con tanto arte grabó Julio de Franciso en delicado camafeo, y que puestos los ojos en Dios y el corazón en el ara santa de la familia, pueden decir con el poeta alemán:

*En el mundo la dicha verdadera
está en saberse contentar con poco,
y ese poco se encuentra donde quiera.*

Marroquín trae su abolengo de ilustres procreitores. Uno de ellos, Moreno y Escandón, encendió en la noche de la colonia el primer rayo de luz con su plan de estudios, algo así como la chispa precursora de la llamarada de 1810; pero nacido y educado en una república democrática, todo lo debe á su ilustración, que ha servido de derrotero luminoso para otros, y á sus virtudes, que lo han rodeado de admiración y de respeto. Hijo de él es Lorenzo Marroquín, autor del delicado poema *La Cosecha* y fundador de *La Revista Nacional* que, para bien de las letras latino-americanas, dirige en Bogotá.

El señor Marroquín preside desde el 7 de este mes, el Consejo de Estado. Si llegase á regir los destinos de la república, no dudamos que será digno sucesor de Miguel Antonio Caro, quien, como Martínez de la Rosa, Cánovas ó Rafael Núñez, se distingue por su doble personalidad de literato y estadista eminente.

OFRENDA

Los balcones ojivales de un convento carmelita, Perpetúan en sus marcos, cual prodigio de cristal, La litúrgica vidriera que á un maestro mosaíta Encargó un prior de Hipona por decreto rectoral.

Un infolio venerable, en romance franco anuncia Que sus goznes y sus llaves, maravilla de cincel, Fueron la obra legendaria de un orfebre de Maguncia Que emigró al país de Hungría bajo el reino de Isabel.

Cuando el Sol gasta su aljaba en los ónicos del coro, A semeja la vidriera zodiacal constelación, Sumergida en el encanto de un crepúsculo de oro Que realza sus matices de jacinto y corindón:

Bajo el beso de mil lirios—un floral beso de seda— Cíñe el Niño Dios un nimbo de un reflejo aurisolar; Sus pañales son de un lino tan hermoso, que remeda El vellón de bella espuma que en las ancas tiene el Mar.

Y María—Oh alegría, oh ambrosia, oh melodía! Más sagrada que los óleos de la unción del rey Saúl, En su manto azul, glaciado de menuda pedrería, Está envuelta como el sueño de un astro en un lago azul.

José vela en los portales con su vara de azucenas Y su manto de gran púrpura como un viejo emperador; A sus pies están ardiendo suaves mirras agarenas En braserito que es la boca de un dorado aligador.

Suaves mirras que extrajeron de un jardín de mil colores, Los tres magos orientales cuya pompa es toda real; Bajo un cedro de oro fino resplandecen sus estolas Y sus mitras eminentes de un prestigio arzobispal.

Respirando un vapor de oro por sus tándidas narices, Descendió el Toro celeste que preside al sol de Abril; Lleva atados en sus cuernos por guirnalda cuatro lises, Y la estrella Sáhil luce enclavada en su perfil.

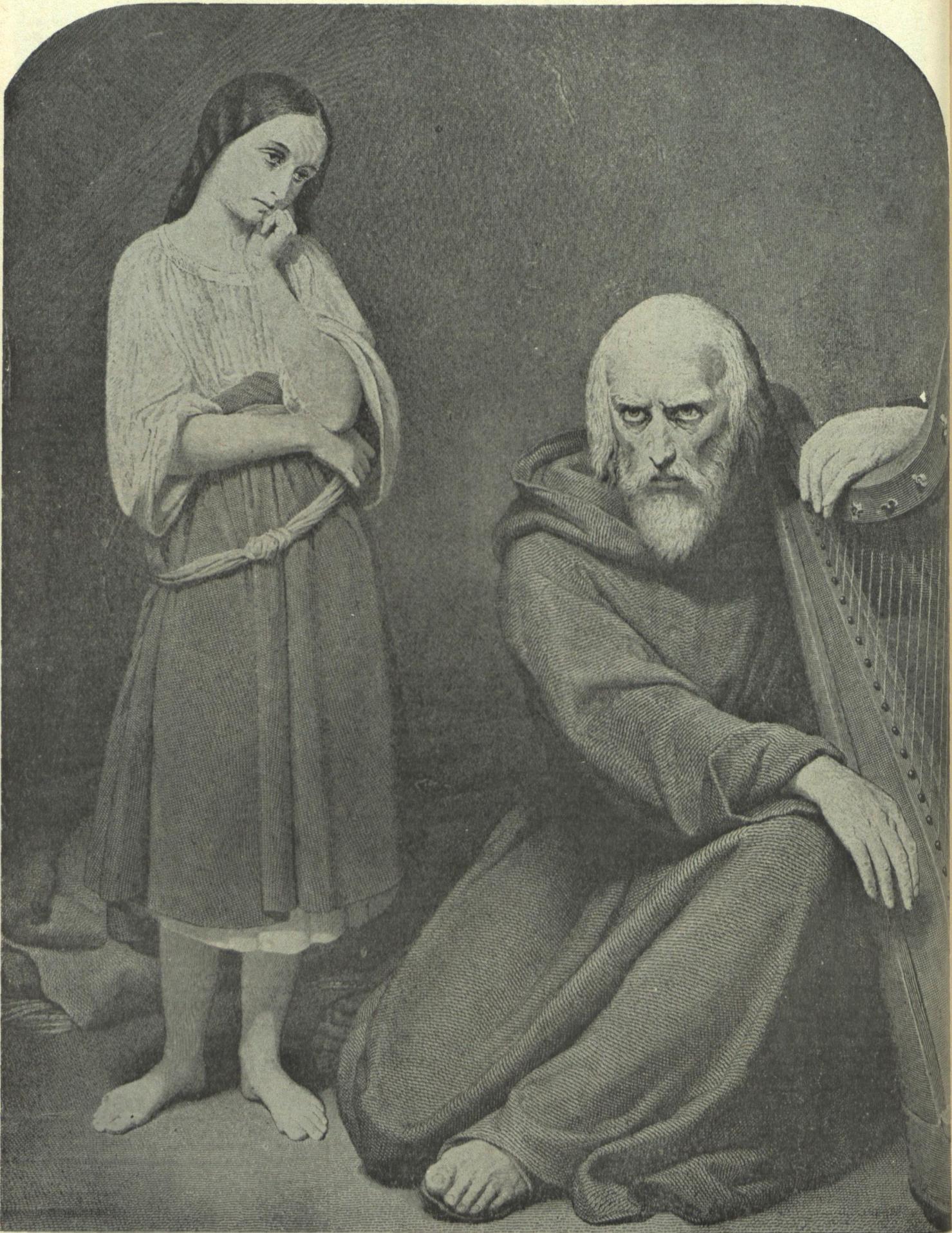
Y la mística Paloma, en un claro azul distinta, Lleva en el pico una cinta de grana como pendón; Santa Dei Genitrix dice en la grana de la cinta, Decorada como el regio pectoral de Salomón.

Sobre el rústico pesebre, de las altas glorias llega, —Resonante de alabanzas su magnífico clarín— Y á la puerta del pesebre como un cisne astral despliega Sus dos alas, cual dos lirias, un inmenso serafín.

Cuando el diácono salmodia secundado del arpista Las perincilias secuencias ante el negro factisol, Y en los dedos abaciales centellea la amatista, Y la carne de las hostias resplandece como un sol,

La vidriera de colores estre mécese en su hueco, Conmovida como al paso de un armado palafren, Y parece que restenan en el ámbito del eco, Las cuarenta mil campanas de una ideal Jerusalén.

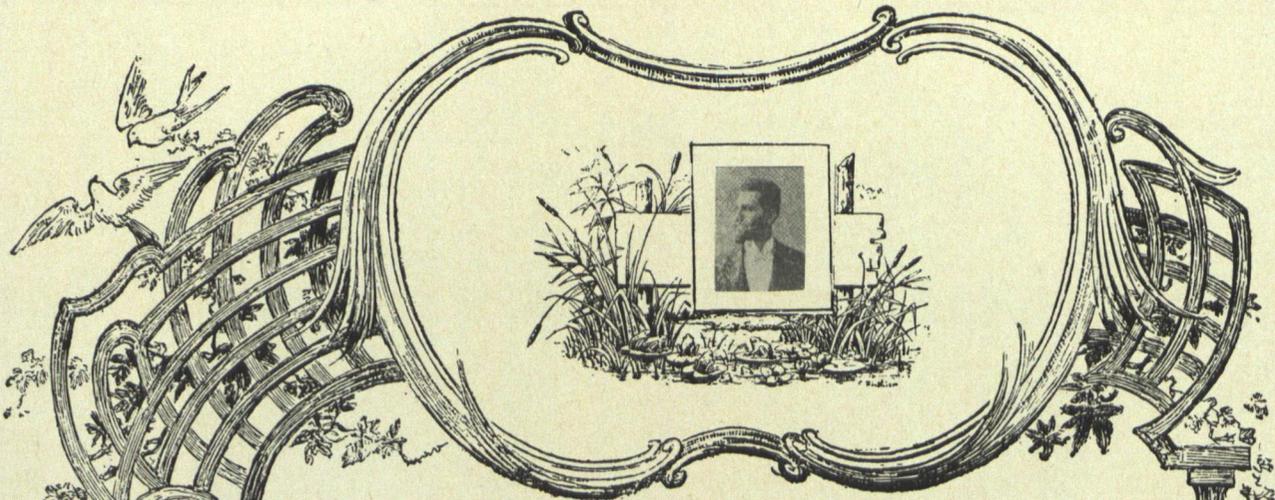
LEOPOLDO JUGONES.
(Argentino).



MIGNON Y SU PADRE. - Cuadro de Ary Scheffer. - (Academia de Belas Artes de Caracas)



MIGNON RECORDANDO SU PATRIA. — Cuadro de Ary Scheffer. — (Academia de Bellas Artes de Caracas)



ARTURO MICHELENA

¡Cuán bello me parece tu destino!
 Niño aún, predijote el afecto egregia fama.
 Y creciste en la gracia y en la virtud del Arte; y coro de
 alabanzas envolvió tu nombre como aura de gloria; y caíste,
 estrella desprendida en la mitad de su carrera.
 No te lloro muerto; antes bien, te saludo vencedor de la
 muerte.
 Asisto con religioso respeto al acto supremo de tu vida:
 —al acto en que tomas posesión de la inmortalidad.
 Porque tú has descendido puro á la tumba, que es y será
 santuario de gloria para ti.
 Si: conservaste incólume la unción divina que te consti-
 tuyó sacerdote de la Belleza hija de la Verdad.
 Labraste tu propia estatua en el sagrado de la conciencia;
 creaste lo bello, recogido en tí mismo, sin anhelar otra recom-
 pensa sino la propia satisfacción; fuiste héroe del Arte.
 Y Dios inspiró las obras que han inmortalizado tu nombre
 ¡oh artista cristiano!
 Tu genio era de Dios y á Dios ha vuelto.
 ¡Ay! Y ¡cuán presto nos dejaste!
 Tu presencia, como la visita de las aves precursoras de la
 primavera, que se van á las primeras ráfagas del otoño.
 El Arte, tal como lo comprenden los genios; tal como lo
 comprendiste, como lo ejerciste tú, pone la mente en el Supre-
 mo Bien:—lo Excelso vive en tus magníficos poemas de colores.
 Si los labios del profeta se purificaban al contacto del as-
 cua, encendíanse los colores en tu pincel con la luz inefable
 que al decir de los padres del canto, baña, amorosa, las regio-
 nes de la gloria.
 Tenías siempre fija la mirada en el cielo, como el viajero
 que atisba el horizonte, ansioso de saludar la patria por que
 suspira.
 De ahí la apacible tristeza que se te pintaba en el rostro,
 dejándose ver al través de benévola sonrisa.
 ¡Desterrado del Cielo! Ya estás en tu Patria.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

Caracas: 31 de julio de 1898.

EL DIENTE ROTO

A los doce años Juan Peña, combatiendo con unos granujas recibió un guijarro sobre un diente, la sangre corrió lavándole el sucio de la cara y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua Juan Peña tentaba sin cesar el diente roto, el cuerpo inmóvil, vaga la mirada—sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeuntes víctimas de las perversidades de su hijo, y que habían agotado toda clase de castigos y reprimendas, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allí adentro, en la obscuridad de la boca cerrada su lengua acariciaba el diente roto—sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo, decía la madre al marido; hay que llamar al médico.

Llegó el médico grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

—Señora, terminó por decir el galeno después de un largo examen, la santidad de mi profesión me impone declarar á usted.....

—¿Qué, señor Doctor de mi alma? interrumpió la sofocada mamá.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible, continuó con voz misteriosa, es que estamos en presencia de un caso fenomenal; su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar: en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la obscuridad de la boca Juan acaricia-



MIGNON IMPLORA AL CIELO. — Cuadro de Ary Scheffer — (De la Academia de Bellas Artes)

ba su diente roto—sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la profecía del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en la ciudad toda se citó el caso fenomenal del "niño prodigio," y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió á la opinión general por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía á colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etc.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto—sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre sabio y "profundo," y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan.

En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior entregado á hondas meditaciones, para los demás, pero que en la obscuridad de su boca tentaba el diente roto—sin pensar.

Pasaron meses y años y Juan Peña fue diputado, académico y ministro y estaba á punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas y se decretó un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración á nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

PEDRO-EMILIO COLL.



PÁGINAS

After the ball.

Es de madrugada. Eseribo en un cuarto de hotel, y no escucho otro movimiento que denote vida sino el monótono zumbido de un grillo, allá en el patio, y el martilleo doloroso de la idea aquí en mis sienes.

Inquieto, es la palabra, inquieto me rebullía en el lecho, y lo he dejado para sentarme á escribir. Apenas habré dormido una ó dos horas porque he bailado toda la noche.

Por todas partes se me quiere, se me distingue; mis versos me conquistan la amistad de algunas mujeres junto con la admiración de muchos tontos, y mi melena desmelenada hace reír buenamente más de una boca. Vivo en una pequeña sociedad, en la que soy, como exótico, la novedad. Pronto me iré, porque el incienso, bien que muy grato, temo que no sea inagotable. Temo vivir más que mi gloria. Debe de ser horrible eso de que los ojos que detrás de una celosía lo devoraban á uno al uno pasar, lo miren luégo con la soberana indiferencia que pone en nosotros el hábito.

Y bien, me digo, ¿por qué cae en mi cerebro, como una sombra, la tristeza? ¿Por qué soy tan miserable y tan cobarde que tiemblo de pavor cuando me asalta á media noche, como un asesino, el pensamiento? ¿Qué! ¿No podré yo encararme con mi propia conciencia?

Y es la madre muerta; y es el convencimiento de una temprana inmersión en la nada, inmersión que al propio tiempo deseo y temo; y es el estado de ánimo en que lo mantiene á uno tanta lectura mórbida; y es el café que desvela; y es el brandy que excita; y es el clima que enerva, todo cuanto se aúna, se apandilla, se confabula para caer sobre la pobre alma enferma.

Un baile.....Y bien? se divierte uno, ciertamente; pero aquel calvo, que está en la penumbra de un rincón, panza arriba, aquel venerable monumento de carne que jamás; lo entendéis? que jamás ha pensado, aquel se divierte más y mejor.

Y por otra parte no podría expresar el sentimiento que en mí despierta tanta boquita roja que no se abre sino para decir tontunas, tanta cabellera blonda, cobertores de cerebros á donde las ideas, esa bandada de palomas, no han hecho nido nunca.

*

Jamás he deseado creer, jamás he padecido la nostalgia de la fe; pero cuando sufre mi espíritu, cuando soy infeliz, siento que algo mío interior, no sé qué cosa, pugna por desprenderse y volar hacia los grandes templos místicos. La Desgracia es la más férvida de las creyentes. El Dolor vive de rodillas.

Y, sin embargo, me digo, ¿por qué ese buen Dios, si es Todopoderoso, no baja al fondo de mi corazón, y lo toca y lo mueve, para que como Moisés haga salir de esa roca el límpido raudal de la fe?

*

¡El patriotismo! Es cuestión esta que hace recordar á uno cómo tiene aquí en el pecho algo que se llama corazón.

La patria, la patria queridísima pelagra, amenazada por la invasión del más miserable de los pueblos. Y piensa uno con los ojos radiantes en los prodigios épicos, y cree su pecho bastante ancho para abrigar un corazón de héroe.

Y solapada, artera, dice una voz:—¡Qué! Salís á romper las cabezas, á ensangrentaros, á enlodaros, á dormir sobre pantano algunas veces y las más á no dormir, á empufiar con vuestras manos blancas, que sólo han manejado el monóculo, bastisimos fusiles; á cambiar el vino perfumado de vuestra mesa por el agua, mal oliente, del barrizal, y vuestra amable vida ciudadana por la vida trashumante del guerrillero

¿Y todo por qué? ¿Porque hay una raza superior á nuestra raza? Pues, sabedlo. En la lucha por la civilización desaparecen los pueblos inferiores, como desaparecen las especies débiles en la lucha por la existencia.

Entonces es cuando el patriotismo se metamorfosea en león y ruje, se cambia en rayo y fulmina, se trueca en trueno y estalla.

Entonces es cuando el patriotismo no se llama mar sino tormenta, no se llama nublito sino sombra, no se llama luz sino centella.

Entonces es cuando se mira el vientre de la patria, fecundo en héroes, y de la inmensa sombra se ve surgir á Bolívar, y entre no sé qué ruidos, sordos como el trueno del polo, se escucha el rudo choque de las lanzas de Juníu.

*

Las ideas van pasando por mi cerebro en el mismo desorden en que pasan por delante de los ojos las vistas de un cosmorasma.

La mesa, sentado á la cual garrapateo estas cuartillas, que no son tales cuartillas sino pequeños pliegos, está revuelta, en una confusión caótica.

Tengo á mi derecha un diccionario español, versos de Víctor Hugo, *Sur l'eau* de Maupassant, dos cajas de fósforo, una corbata, una Revista extranjera, un frasco de gotas y una esquila femenina de un color de rosa pálido.

Tengo á mi frente tres obras, tres poetas: Musset, Díaz Mirón, Pérez Bonalde; gloriosísima trimurti del arte.

Musset es el sensualismo melancólico; Díaz Mirón, como Arquiloco, el yambo amenazante y colérico; Pérez Bonalde, indolente como Hafliz, voluptuoso como Tibulo, es también el poeta cuyo verso si perfuma es como rosa, si albea es como ampo, si languidece es como virgen. Todos tres iluminan: Musset con luz de luna; Díaz Mirón con viva luz meridiana; con suave luz crepuscular Pérez Bonalde.

Aquí reposan á mi siniestra mano, en amable montón, *Safo* de Daudet, una obra de Edmundo D'Amicis, poemas de Lord Byron, y un tomo de versos de Coppée.

También se besa la pasta color de sangre de las críticas de Zola, con la pasta amarilla de varios estudios de Spencer. Lucen su cubierta blanca *Los gritos del combate*, y su forro azul celeste la obra del Macaulay venezolano, Luis López Méndez. Y están aquí *El discípulo*, de Bourget, *Pedro y Juan*, de Maupassant, *La canción de las estrellas*, las *Cartas americanas*, un tomo con título de oro de un poeta de México, editado por Garnier; un volumen de crítica del eminente cubano D. Nicolás Heredia, y Heine y Andrés Chenier y unos doce poetas del Parnaso Nacional.

Maupassant es el eterno pliegue en la comisura de los labios, la frente joven eternamente pálida y el alma grande eternamente triste.

En Edmundo D'Amicis hay encanto de tarantela napolitana, rumor del Adriático adormido al pie de las blancas escaleras de mármol, y perfumadas ráfagas de cien tierras exóticas.

La crítica de Zola es uno á manera de lecho de Procasto: á la víctima pequeña el descoyuntamiento la hará grande; á la larga el quebrantamiento la hará corta: la cuestión es ajustar la víctima á la arbitraria longitud del lecho. Por lo demás Zola tiene la gloria de haber llegado á la cima de la Montaña del Arte.

Coppée es el poeta cristiano, Heine es el poeta judío, Chenier es el poeta helénico.

El poeta de *La bendición* no tendrá sucesores en esta época descreída y turbulenta, la sucesión del poeta del *Intermezzo* está en España, y es Leconte de Lisle el sucesor de Chenier.

Cuanto al Parnaso Nacional está en el ápice la figura de Andrés Bello, el feliz autor de la oda sublime ante cuya mágica belleza—lo

dice Ignacio M. Altamirano—las Geórgicas mismas palidecen, Horacio es tibio y raquíco, Lucrecio parece incompleto y las fantasmagorías de Píndaro bajan á ocultarse en el polvo de Olimpia. Y se miran llenas de gracia ó majestad las cabezas de Guaicaipuro Pardo, de Yépez, de Fermín Toro y de Baralt.

Es Guaicaipuro Pardo el poeta de las estrofas rotundas, inspiradas y fúlgidas; Yépez, original y tierno; Fermín Toro, severo y elegante; académico Baralt.

Pero después de la grandiosa *Silva á la agricultura de la Zona tórrida*, nada hay, hasta hoy, en la poesía nacional, que supere la divina *Vuelta á la Patria* de Juan Antonio Pérez Bonalde.

*

Es de día. Han volado las horas. Por las rendijas de la ventana, por el tragaluz, entra la aurora. Es la mañana. Las muchachas corren á la vaquería en busca del jarro espumante y salufífero de leche; las recién casadas se rebullen entre holandas, dando ó recibiendo los últimos ósculos de esa noche consagrada al amor.

Con el día amanecen las rosas de vírgenes mejillas; se vuelven á vestir de esmeralda el monte, de azul el mar, de rosa, de violeta y de amaranto el cielo; con la aurora cantan los pájaros, mujen los toros, los corceles relinchan; hay palpitaciones de vida, soplos de juventud; y la Naturaleza toda preludia la extraña sinfonía del amanecer.....

RUFINO BLANCO FOMBONA.

A.....

Quisiera ser la lumbre de tus ojos,
El timbre de tu voz,
El calor voluptuoso de tu aliento,
Tu sueño bienhechor.

Quisiera ser el Dios que te bendice
Cuando piensas en él,
La madre cariñosa que te arrulla
Y acaricia tu sien.

Porque tú eres mi bien sobre la tierra,
Mi eterno cavilar...
Más que á la idea de mi gloria te amo,
Mucho más!... mucho más!

II

Tengo celos del sol, de las estrellas
Que te prestan su luz,
Tengo celos de Dios cuando te humillas
A los pies de la cruz.

Yo no quiero que nadie te acaricie
Ni el sér que te engendró,
Más quiero verte en el infierno hundida
Que amada del Señor.

Tú eres mi bien, mi luz sobre la tierra
Mi eterno cavilar...
Como á la sombra de mi madre te amo.
Cual nadie te amará!

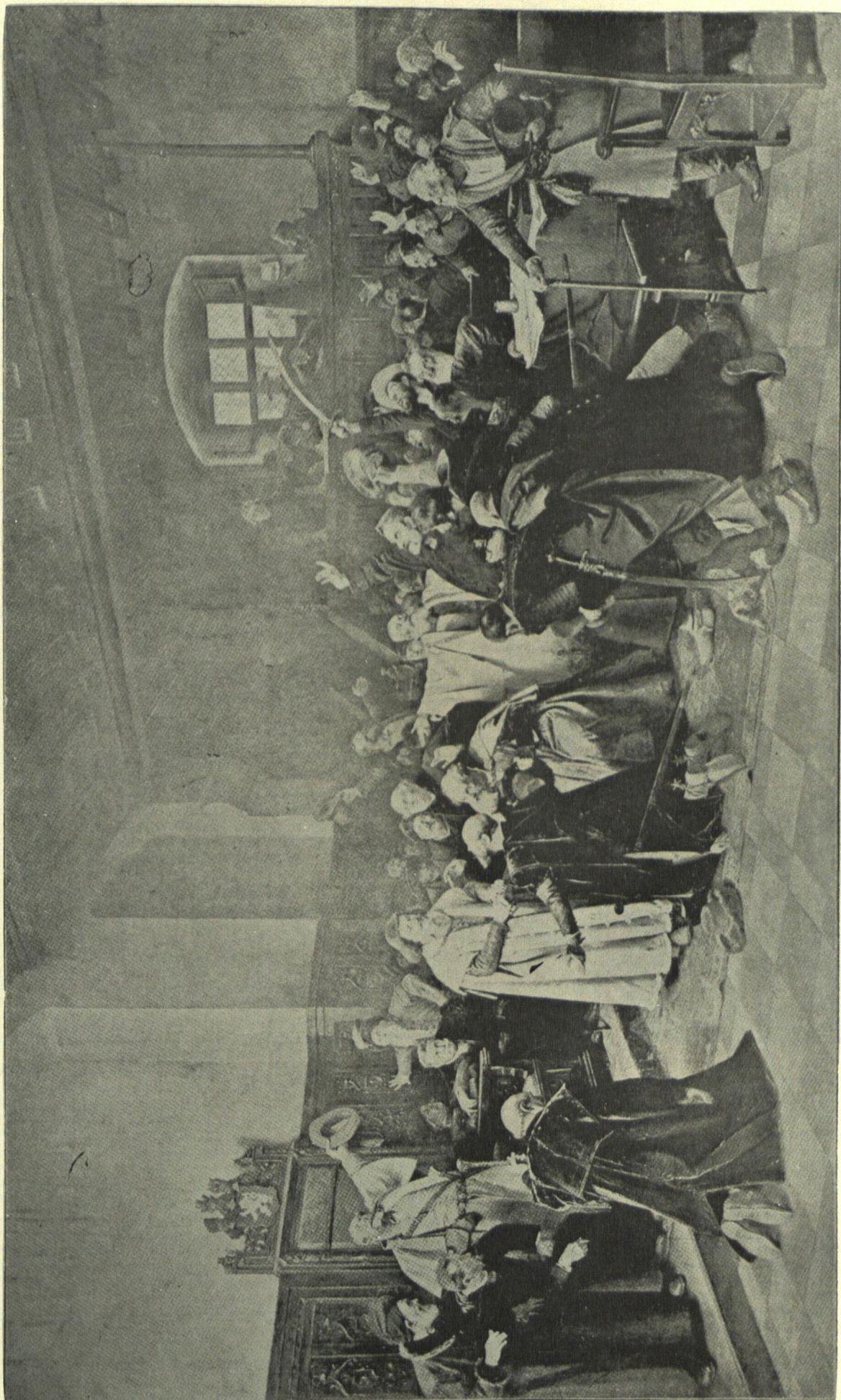
III

Yo no quiero que alguno te consuele
Cuando me muera yo,
Quiero que asida á mi cadáver yerto
Te consuma el dolor;

Quiero que el llanto de tus ojos bañe
La desierta mansión,
Quiero que arranques de tu pecho acentos
Que crispén de pavor...

Tú eres mi bien, mi Dios sobre la tierra,
Mi eterno cavilar...
Más que á la idea de mi gloria te amo,
Mucho más! Mucho más!

PEDRO B. PALACIOS (*Almafuerte*).
(Argentino)



JORGE DE PODÉBRAND, PROCLAMADO REY DE BOHEMIA. - Cuadro de Vaclav Brozik



DE MARACAIBO

IMPRESIONES DEL LAGO

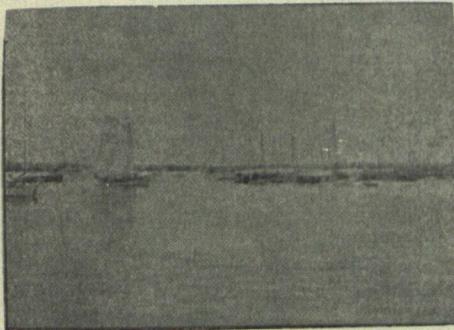
Á MI AMIGO
TEODORO ARIENS

Tras los rigores de un día caluroso y templado, sucede la tarde plácida y serena.

En busca de un poco de aire fresco y puro que aparte de nosotros fatigas y letargo, algunos buenos camaradas nos vamos á pasar estas horas de quietud sentados á la muralla del hotel.

Detrás nos queda la ciudad que se alza sobre su mudo

arrabio de arena como surgida de las ondas; arriba, un cielo cargado casi siempre de nubes grises, refleja sobre ciudad y valles, tierra y mar, las postrimeras claridades del lumínar del día; y á nuestros pies, se extienden en su imponente inmensidad las aguas del lago, que corren y se abaten quebrantando la línea sinuosa de las costas, y allí, se dilatan hasta perderse de vista en la brumosa lejanía que tiene por lindero el diáfano azul del horizonte.



LA BAHÍA

En este sitio, y á estas horas, el lago nos ofrece cuantas bellezas en su seno guarda aprisionadas; nos arranca algo del tedio que en lo más recóndito del alma han ido amontonando realidades y negros engaños, y nos invita á la contemplación de cosas nunca vistas ni soñadas.

Con el murmurio incesante de sus olas, sentimos que nos llegan como ecos perdidos de voces amables, de niño conocidas; apacibles cantares de aquellos sonos, á cuyo arrullo vimos crecer nuestro primer amor, con el amor de la primera fe; y así, por la mente, siguen desfilando en tropel de gratas impresiones, alegres remembranzas de amores y placeres inocentes, tan sólo vividos en los días felices de la primera edad.

Con los cambiantes del regio panorama de este lago, pasamos también á la caricia de otras, no menos adorables impresiones.

Ya de la tarde, sólo alumbran en lontananza sus últimas antorchas, y el lago se despidió de la luz, vistiéndose sus más preciadas galas.



LOS HATICOS

A lo lejos, verdean las isletas al fulgor moribundo del sol que se apaga; ráfagas suaves de brisas marinas susurran y pasan, y al plegar sus alas impalpables en la fronda de las enhiestas palmeras que bordean las orillas, apenas si mueven una que otra hoja de su ramaje soñoliento. La ola se da lecho de muerte sobre los duros guijarros de la playa, con un lamento prolongado, monótono y triste, cual si ella también, al espirar, dijera la monótona y triste oración de la tarde.

En el fondo del lago celebran sus nupcias el color y la luz. Y lucen cabalgando sobre el dorso de las ondas niveos encajes de finísimo tul, cintas de oro y plata, se extinguen en suaves remolinos, sombras caídas desde el azul del cielo, flotan y se hunden, y tibios arboles y rayos mil fosforescentes, vibran, deslumbran un momento en el espacio, y sobre el cristal límpido del agua, se quiebran y desaparecen jugueteando.

Uno y otro y otro barios de velamen izan sus blancas lonas, tienden el vuelo y se alejan, como bando de aladas gaviotas, en pos de abrigo hospitalario, hacia otro puerto ú otras riberas; y costeano se columbra un esquife que se acerca con marcha triunfal y serena, impelido por bateleras ideales, como si fuera del océano su rey y señor.

Nunca visión más hermosa habían contemplado mis ojos!

Son bogas y timonel de esta graciosa nave, las flores más fragantes de las hijas del lago. En uniforme compostura, gentiles damas ocupan sus bandas á babor y estribor; y no al brazo del marino endurecido á la fatiga, se alzan los remos, pues manos delicadas los soportan; ni tampoco de bravo piloto, la voz enronquecida é imperiosa, á bordo resuena, que la orden de "boga!" ó "al paio!" es dada con cadencia de notas armoniosas. Y ya los remos caen, á compás, sobre el agua; rompe la proa la agitada onda; cede la mar al balanceo de su dulce carga, y el bote, corre y se desliza sureando suavemente la bahía.



HOTEL "CLUB DEL LAGO" (fondo á la mar)

¡Allá va *El Iris* cargado de risueñas esperanzas y de castos amores: esperanzas y amores, tiernos y puros, como es tierno el débil tallo de las flores campestres, y puro el suave aroma que despidió el broche entreabierto de sus cálices.

Maracaibo: Junio de 1898.

JOSÉ ANTONIO ESPINOZA.

LEÓN

A JUAN VICENTE CAMACHO.

Tal vez no lo recuerden ustedes: era un muchacho alborotador, simpático, listo, que formó parte de aquella bohemia revolucionaria y bullanguera, nacida, criada y muerta en un cuartucho del Pasaje del Centenario.

Lo llamábamos León: nadie sabía su origen y creo que ni él mismo. Andaba por el mundo sin más amparo que Dios, con la travesura por instinto y el ingenio por guía cuando llegó á la imprenta. Allí echó raíces, mejor aún, siguió nuestra suerte en donde quiera que la suerte nos deparó un sitio: la cárcel, el destierro, los grandes hoteles y los suburbios pavorosos, la fonda mugrienta y el restaurant elegante, era lo mismo! León fue bohemio y burgués, escritor, cajista; pendenciero y valiente; fiel amigo y compañero intachable.

Pero ustedes no se acuerdan de León?

Un día desapareció, no supimos más de él. Se fue sin despedirse y, es claro, nadie se ocupó más de aquel ingrato.

De bruces sobre la barandilla del buque que me alejaba del país de las mentiras con la mirada fija en el mar y el pensamiento puesto en no sé dónde, juzgaba yo que algunas penas mías eran tantas y tan grandes, que no queriéndolas ya en mi patria no las iban á querer tampoco en patria ajena.

Y en medio de estas hondas, amargas meditaciones me sorprendió una voz ronca, gruesa, una voz que yo había oído en alguna parte y que no pude reconocer en el primer momento de sorpresa. Aquella voz salía de la boca de un hombre alto, bien trajeado, bien afeitado y mejor puesto. Me llamó por mi nombre y tomándome del brazo, con familiaridad y soltura, empezó á hablarme irónicamente de muchas cosas que yo había olvidado ya: de la juventud, de los nuevos apostolados, de las religiones nuevas, de las grandes aspiraciones, del porvenir, del triunfo y de la ascensión del ideal..... Qué sé yo, cosas raras, cosas viejas, cosas que han pasado de moda y que no obstante me produjeron profundísima impresión!

Aún viven frescos en mi memoria aquellos tiempos—me dijo.—Cuando Paolo tendió el vuelo y fue á caer como un pájaro herido entre las nieves madreñas, contando quejas que nadie comprendía; cuando Correa Flínter, López, Silva Bonalde y Potentini usaban la prosa canteleante de la oposición; cuando Andueza Palacio no pronunciando en vano el nombre de la patria tronaba en la tribuna de la libertad contra los opresores del pueblo; cuando Rojas indignado de no pintar mejor que su maestro, hizo un esfuerzo de genio y lo superó en el cuadro que lo llevó á la tumba; cuando Michelena disputaba premios en París; y Fernández de Arce era una esperanza de nuestro Teatro Nacional; y Gil Fortoul y Lisandro Alvarado y López Méndez juraban vencer en las batallas de la filosofía y del derecho; cuando Romero García manejando la pluma como una espada de combate la hundía en el pecho de las nulidades que pasaban por grandezas;

cuando todos creíamos juntos y juntos nos levantábamos para defendernos; y todos éramos soldados y artistas, poetas y escritores, mártires y tribunos.....

—Te reconozco; eres León; no continúes; me hacen daño esos recuerdos..... Cuando yo era «otro» cuando yo *calumniaba* á muchos hombres llamándolos hermanos, elogiándolos como poetas, creyéndolos patriotas. Cuando no se me había envenenado aún la sangre y no tenía arrugas en la alegría ni canas en el espíritu!..... Pero dejemos todo eso, y dime: ¿de dónde diablos sales tú ahora?

—Yo?..... Del gran mundo, del bienestar, de la riqueza, de la alegría de la vida..... *Verás tú.*

Al separarme de vosotros, cansado de ofender á la patria, á la juventud y al afecto todo lo que había en mí de grande, me fuí á un pueblo extraño, cuyo nombre no importa al caso. Allí sentí levantarse por todas partes voces regocijadas que respondieron á la mía, y el mundo se me antojó de nuevo, alumbrado por un sol de rayos de oro; la ventana de mi gabinete se abrió, aspiré perfume de flores fragantes y cerca de mí, reclinada sobre mi pecho, acaricié el amor de una mujercita de bizarro perfil y de alma más bizarra aún, que me alentó en el trabajo; trabajé, derramé la vida entera sobre las cuartillas; libros, cuentos, crónicas, artículos: el imposible fue fácil y la facilidad se hizo costumbre. Leía una obra y la revelaba á través de cien líneas en prosa alegre, veía un drama y al día siguiente lo compendia en una columna de periódico; un suceso de la vida, un tipo, cualquier cosa eran para mí materias viables y sabrosas para el análisis; y me consideré con derecho al aplauso y al triunfo.

Cierto día no sé por qué demonios se me ocurrió decir una verdad en aquel país donde las verdades son crímenes y me silbaron en la calle y me apedrearon en público: la gente se vengó de haberme querido tanto. Fue un caso singular de psicología colectiva aquella: todos los elogios se convirtieron en censuras, todos los aplausos en críticas acerbas, todos los festejos en odios. Y á través de esos odios sin conmiseración, sin piedad, sin frontera, anduve yo mucho tiempo encorvado, triste, fugitivo casi, con el corazón apretado, con los labios cargados de protestas y de injurias, con los ojos llenos de lágrimas..... Todavía me indigna, me irrita, me subleva el recuerdo de tanta injusticia; porque todos me insultaban con la mirada, con el gesto, con la mano; todos se reían viendo mi orgullo arrastrado por los suelos. Llegó un instante en que el honor de mi vida entera estuvo á punto de volar en un abismo sin fondo, y entonces me erguí.....

Creo que me volví loco: es lo cierto que harto de sufrir, de luchar, de ser víctima, i.e transformé de pronto en fiera: hice honor á mi nombre, fui león, salí á la calle y rugiendo, furioso, desesperado, á mi empuje rodaron muchas cosas que no hubiera yo atropellado en sano juicio. Mas, como te dije, estaba loco: destruí, aplasté, maté todo lo que encontré á mi paso; comí carne cruda y bebí sangre.....

Fuí á la cárcel, y después de algunos años de encierro por *mor* de una revuelta política me pusieron en libertad. El prisionero se convirtió en personaje; la audacia me hizo poderoso, chanchullero y bandido. Los que no me quisieron bueno como yo era, como yo deseaba ser, me quisieron entonces malvado, cínico, impúdico. Desde que soy eso gozo de la tranquilidad que me corresponde como hombre, soy feliz, vivo en grande, tengo muchos amigos que me temen, mucho dinero..... y, á veces, muchas tentaciones de ser bueno otra vez.

Pero ¿quieres creer que apenas cruza por mi mente esta idea, que de fijo á tí te resulta-

ría salvadora, la desecho? A tí, por ejemplo, te sabe muy bien eso del cariño, de la amistad, del hogar en familia, de la tertulia entre compañeros, de la tranquilidad y de la paz? Pues yo estoy convencido de lo contrario: la vida es una batalla y el hombre un tigre á quien hay que enseñarle á diario el puñal y el revólver para que nos respete.

Tú crees en algo? Yo no creo en nada: ni en la amistad ni en el cariño, ni en Dios ni en el diablo. Y como no creo en ellos, es claro, ellos creen en mí. Ya ves tú si hago bien en arrepentirme de ser bueno.

A este punto de sus confesiones había llegado León cuando acertó á pasar muy cerca de nosotros rozándonos con su amplia falda de seda una italiana, joven, rubia como las candelas, hermosísima y tentadora hembra que se gastaba curvas de Venus y andares de reina..... León, sin decirme una palabra más, dándome un expresivo apretón de manos se separó de mí y fué á hacer compañía á la rubia de formas tentadoras.

Mientras yo permanecí allí de bruces sobre la barandilla del buque con la mirada fija en el mar y el pensamiento puesto en la odisea de aquel *irresponsable* que aún tenía la cabeza á componer.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Julio: 1898.

VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color, saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria,—
Y á veces á los hombres, cuando inquietos
Las miran y las palpan, con extrañas
Voces de agonizante dicen, paso,
Casi al oído, alguna rara historia
Que tiene oscuridad de telarañas
Són de laúd, y suavidad de raso.

¡ Colores de anticuada miniatura,
Hoy, de algún mueble en el cajón, dormida.—
Cincelado puñal, carta borrosa,—
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo emnegrecida,—
Histórico blasón donde se pierde
La divisa latina, presuntuosa,
Medio borrada por el líquen verde,—
Misales de las viejas sacristías,
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardáis de lo pasado los reflejos;
Arca, en un tiempo de ducados llena,—
Cruzifijo que tanto moribundo
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdoba, alacena
Que guardaba un tesoro peregrino
Y donde anida la polilla, sola,—
Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espada y gola,—
Mayúsculas del viejo pergamino,—
Batista tenue que á vainilla hueles,—
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ricos brocateles,—
Arpa olvidada que al sonar, te quejas;—
Barrotes que formáis un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas,—
El vulgo os huye, el soñador os ama,
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas,
Y nos lleva á lugares halaguenos
En épocas distantes y mejores;
Por eso á los poetas soñadores,
Le son dulces, gratísimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas,
Las formas, los estilos, los colores,
Las sugerencias místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas!

JOSÉ A. SILVA.
(Colombiano)

Á JOSÉ A. SILVA

I

Lejos de las paredes envejecidas
Que guardan el silencio del camposanto,
Lejos de las plegarias, lejos del llanto
Se ven las sepulturas de los suicidas.

De aquellos que con almas engrandecidas
En luchas misteriosas, sin fe ni espanto,
Deshojaron en horas de hondo quebranto
Como flores sin néctar, sus propias vidas.

De aquellos que miraron entre aflicciones
Caer descoloridas una por una
Como cálices muertos, sus ilusiones;

Y que al fin, á los golpes de infausta suerte
Madre y patria y amigos y gloria y cuna
Olvidaron por irse tras de la muerte

II

Allí no se ven yedras ni siemprevivas;
Allí no se ven aves ni mariposas:
Hasta las mismas auras que silenciosas
Van en busca de esencias, huyen esquivas.

Allí no van los monjes, van las altivas
Almas que sólo piden sueño á las fosas:
Allí van los poetas de arpas ruidosas
Y de frentes heladas y pensativas.

Allí no van los hombres vanos y oscuros,
No van allí los miopes de pensamiento
Ni menos los miedosos y los impuros:

Allí van los mordidos por los dolores,
Los que muestran los puños al firmamento,
Los Prometeos dignos de sus furores.

III

Y allí estás tú dormido.... Cuando caíste
En la calma suprema, lívido y yerto,
Se cuajó entre tus labios fríos de muerto
Una sonrisa amarga, burlona y triste.

Grande fue tu protesta. ¡ Qué bien hiciste
En buscar en las sombras seguro puerto,
Lejos de las arenas de este desierto,
Del monótono ritmo de cuanto existe!

¡ Cómo no dejar ésta, ruda existencia,
Cuando el hado nos hiere lleno de encono
Y sentimos el hielo de la impotencia!

Bien hiciste en matarte; sirve de abono
Y á la tierra fecunda. Si no hay clemencia
Para tí, nada importa: yo te perdono!!

JULIO FLOREZ.
(Colombiano)

HOMENAJE

Despojos de las rudas tempestades
Que el alma azotan como el mar profundo,
Errante voy atravesando el mundo
Al fulgor de siniestras claridades.

El espíritu soy de otras edades,
Rico de gloria y en dolor fecundo:
El poeta infeliz, el vagabundo
Trovador de las hondas soledades.

Soñador inspirado, visionario,
Trepo altivo y estóico en mi locura
El áspera pendiente del calvario.

Y arranco á mi dolor la última nota
Para adorar rendido la hermosura
Arrojando á sus piés mi lira rota.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO.
(Argentino)



NAVEGANDO



NA vez fuera de las rompientes, el práctico se despidió del capitán del "Mérida," entró en su bote, blanco como una cáscara de huevo, tomó las cuerdas del timón, saludó

por última vez con el sombrero á los que le miraban desde la borda, y al impulso de los remos que cuatro negros robustos movían acompasadamente, tomó el rumbo del canal.

Era pleno mediodía; los rayos del ardiente sol de junio descendían á plomo sobre aquella mar en que no soplaban ni la más leve ráfaga de viento, sobre aquella mar cuyas olas relucían como escamas de un pez enorme. Calor intenso caldeaba la atmósfera, y la lona de las toldillas reverberaba bajo la abrasadora influencia de aquel sol canicular. Atrás dejábamlos á Curazao con sus cerros áridos, sus casas pintorescas de agudos techos embadurnados de almagre, sus fuertes atronados que guardan la entrada del puerto, y sus negros que pululan por los muelles alborotando en esa jerga llamada *papiamento*. Hacia la punta de la isla se distinguía una piragua de pescadores, cuya vela semejaba el ala abierta de una gaviota, sobre el fondo azul del horizonte.

El buque avanzaba con rapidez y en su marcha majestuosa apenas se balanceaba suavemente. Los pasajeros bajaron al comedor, y cuando los comensales, hostigados por el apetito, empezaban á probar las poco estimulantes viandas, el movimiento del barco se hizo más fuerte, hasta el extremo de que varias señoras, indispuestas por el mareo, tuvieron que retirarse á sus camarotes.

En una de las mesas más cercanas á la despensa, se habían instalado de los primeros, dos curas jóvenes que iban el uno hasta Maracaibo y el otro para el Táchira. Era éste alto y delgado, enjuto de cara y con unos ojillos brillantes y saltones que devoraban la comida antes de llevada á la boca; aquél, pequeño y regordete, masticaba más sosegadamente que su compañero, sin que por eso dejara de engullir tanto como él. Ambos comían, comían por cuatro, riéndose al mismo tiempo; y así entre alegres y picarescas risotadas, terminaron el almuerzo tragándose una sandía y más de la mitad de una papaya.

—¿No nos llaman á comer cuando el vaivén arrecia? Pues ya podrán ver cómo mascamos.

Y dicho esto por el cura regordete, se levantaron muy orondos y se retiraron á fumar sobre cubierta.

Curazao se distinguía ya muy á lo lejos, perdida en el horizonte entre nubes plomizas y amenazadoras. Poco tiempo después avistamos por el lado de estribor la isla de Aruba. Una brisa refrescante vino del Oeste. El vapor se mecía cada vez con mayor fuerza.

Los pasajeros iban y venían sobre cubierta; algunos conversaban, otros leían en los escafios de popa. Los dos levitas se encontraban junto á la corredera; la examinaban con curiosidad, veían el cuadrante y hablaban y gesticulaban cada vez que las vueltas del cordel movían la aguja y hacían sonar el timbre. A la verdad, cualquiera habría dicho que no acertaban á explicarse el mecanismo del sencillo aparato.

El sol se puso en una como apoteosis de colores, en la cual el rojo de su lumbrera

vívido y fecundo manantial. Después, á medida que iban desapareciendo los reflejos del crepúsculo, el agua fue cambiando de matices; del glauco pasó al bronceado y luego al índigo, casi negro.

A las once de la noche soplaron fuertes ráfagas del Norte; la mar se puso gruesa y el barco se movía con violencia. Pasábamlos frente á Paraguaná por el cabo San Román. Dos horas más tarde, navegando en el saco, se desató un chubasco que nos obligó á los que dormíamos en los bancos de la cubierta á recogerlos en los camarotes. El viento silbaba en las cuerdas; las olas chocaban enfurecidas contra los costados del vapor y saltaban por sobre la borda; la lluvia caía en gruesos goterones, y los relámpagos se sucedían á cortos intervalos, iluminando siniestramente la densa oscuridad que nos envolvía. El trueno retumbaba en la lóbrega negrura de aquel cielo encapotado, como el estertor de un gigante moribundo.

Cuando pasado ya el peligro salimos de nuestros refugios, asomaban las primeras claridades del alba.

Un comerciante andaluz, muy ocurrente y de verbosa y sutil conversación, llevaba la palabra en la tertulia que se había formado cerca del salón de fumar. Para él aquello había sido nada; un ligero retozo de los elementos, comparado con los temporales que había pasado en el Cantábrico y en varios viajes á Filipinas. En esta noche no había experimentado ni el más ligero temor.

—Pues yo sí me asuté bastante—dijo el padre tachirensis que, menos bilioso que su colega, no había sentido los efectos del bamboleo;—y hubo un instante en que me dieron ganas de ponerme el chaleco salvavidas y de darle á todos la absolución.

—Pero explíquese,—dijo irónicamente el español;—¿qué deseaba usted más? Claro! Ponerse el chaleco ó absolvernos?

El clérigo masculló, hasta donde le fue posible, la réplica; pero al fin salió del paso diciendo:

—Eso no se pregunta.

Y al reirse dejó ver la hilera de sus dientes pequeños y parejos, pero amarillentos por el uso del tabaco.

—Yo—dijo entonces un joven maracaibero de apellido Sánchez, que estaba sentado negligentemente en una silla de extensión—suelo preocuparme poco en estos casos. Eso sí, cuando me embarco llevo siempre el revólver al alcance de mi mano, para el caso definitivo.

—Cómo!—le interrumpió el sacerdote—Usted se suicidaría?

—Creo, padre, que es preferible saltarse la tapa de los sesos á morir hidrópico de agua salada.

—Pero, ¿usted no confía en la Providencia? Son muchos los que se han salvado en grandes naufragios, agarrándose de una tabla.

—Y si la tabla no pasa por el lado mío?

—Dios siempre vela por sus criaturas.

—No, mi querido padre; Dios no está tan desocupado para andar metiéndose en estos miserables asuntos de los hombres.

—Joven, está usted blasfemando—dijo de mal humor el cura.

—Si decir lo que pienso es blasfemar, seré blasfemo; pero si á ver vamos, yo no sé ni por qué pienso, ni por qué soy tan sincero en la expresión de mis ideas.

La discusión hubiera tomado mayores proporciones, á no ser porque el español la cortara exclamando:

—Señores; dejemos á un lado la metafísica, que ella á nada conduce. Toma! Mejor nos asentaría un trago de ginebra de una "caneca" que viene conmigo desde Curazao.

—Tomar tan temprano!—arguyó el levita.

—No se le dé tanto cuidado, hombre, que usted siempre alza en ayunas—le contestó el peninsular; y fuese en busca del licor ofrecido,

sin esperar á que el cura se diera cuenta del epigrama.

El agua terrosa nos indicó que estábamos cerca de la barra; y á poco distinguimos en la lejanía los montes de la costa. Echando la sonda llegó el vapor hasta la boya, en donde puesto á la capa, esperó durante algunas horas al práctico. Al fin vimos acercarse la lancha de éste. Era un viejo apergaminado de ojos verdes y tez bronceada. Se puso al lado del timonel, dio sus órdenes, y después de haber virado casi en redondo, el barco puso la proa hacia el Castillo de San Carlos, frente al cual largó el ancla para la revisión de los papeles. Detrás de la hermosa fortaleza, contra cuyas murallas y acantilados baten incesantemente las olas, se encuentran agrupadas las casas del pueblecito de San Carlos.

A poco andar pasamos á la vista de la isla de Toas: navegábamlos en las tranquilas aguas del lago. El español se extasiaba contemplando las feraces y pintorescas riberas del Coquibacoa.

—Ya usted ve—le decía el joven Sánchez mostrándole unos manglares que se destacaban á la izquierda—todo eso que se distingue allí son cafetales, y en seguida está el cacao.

El andaluz cogió al vuelo la broma, y le contestó:

—Sí? Pues detrás debe estar la leche, el pan y la mantequilla, para que el desayuno sea completo.

Una carcajada general acogió la chusca salida del comerciante.

Dejamos atrás á Punta de Palmas, seguimos por delante de Santa Rosa, pueblo de indios con chozas lacustres, y luego distinguimos las torres vistosas de la iglesia de los Puertos de Altagracia. De aquí hasta Maracaibo las orillas del lago están, casi en toda su longitud, sembradas de cocales. A medida que se va llegando á Maracaibo, los "haticos" son más numerosos en la margen de la derecha, distinguiéndose fácilmente por sus casetas de baño.

Al pasar frente á la casa del Cónsul norteamericano, el "Mérida" saludó con su silbato la bandera de las fajas y las estrellas; poco rato después echa el ancla en la bahía, donde resaltaban entre las innumerables embarcaciones que entraban y salían, dos hermosas goletas nacionales y una barca extranjera que estaban ancladas lejos del muelle.

Desembarcaron en un mismo bote ambos curas, el comerciante español y el joven Sánchez.

Despidióse de éste el padre tachirensis diciéndole:

—Ojalá que cuando usted vuelva á embarcarse no naufrague, para que no vaya á verse en el disparadero de suicidarse.

—Dios lo quiera, señor cura; y dándole la mano, el mozo tomó por distinta vía.

*

Meses más tarde, navegaba de Maracaibo con rumbo á Curazao el vapor *Nansmond*. En la madrugada, ya á la vista de la isla, chocó con el *México*, vapor español, y aquel se fue á pique. Entre los naufragos recogidos por el otro buque, se encontraba el joven Sánchez, el cual estuvo flotando agarrado á una tabla, durante dos horas largas y angustiosas.

No llevó á la práctica su teoría. Verdad es que en el momento del conflicto, no tuvo tiempo para acordarse ni del arma, ni de las ideas que había sostenido en la discusión con el padre tachirensis.

F. BETANCOURT FIGUERO. D.

1898.





ESPERA. — Por H. Krause

LLEGÓ TARDE

(Traducido del francés por Miguel Picher)

I



vos, señorita Regina, no pensáis casaros?

La joven interpelada levantó los ojos, sus grandes ojos, dulces y pensativos, en los cuales se revelaba el sueño melancólico, y contestó:

—Yo, señora?... No me casaré..... O á lo menos, no me casaré mientras mi padre no haya pagado su deuda!

—Por qué?

—En primer lugar, porque desde que tuvimos nuestros reveses, estoy pobre, y una joven pobre difícilmente encuentra con quien casarse,—á lo menos, según su corazón..... Luego, porque mi padre desea llegar á rehabilitarse á fuerza de trabajo y de perseverancia, llegar á reconquistar el lugar que ocupaba, y yo quiero ayudarle con todas mis fuerzas en esa labor..... y cuando lo hayamos conseguido, será muy tarde.

Hablaba con voz grave, resignada é impregnada de tristeza.

La señora Breval, casa de la cual estaba de visita, preguntó riéndose:

—¿Ni que encontraseis al Príncipe Encantador?

—Aunque encontrase al Príncipe Encantador, señora. El honor de nuestro nombre, antes que todo! Moralmente este honor nada ha sufrido, puesto que se ha reconocido que de ninguna manera la culpa ha sido de mi padre. Sin embargo, después de la liquidación de la casa, quedaron algunas deudas, de las cuales hemos pagado ya una parte, y las pagaremos todas.

Sobre sus hermosos ojos de soñadora mirada, los párpados se agitaban como el vuelo sombrío de una mariposa. Sus labios, un tanto palidecidos, parecían abrirse penosamente. Las mejillas se ahondaban como á impulsos de un secreto pesar, y los negros cabellos, en crenchas lucientes y espesas, pesaban sobre sus orejas color de rosa cayendo luego en una de seda compacta hacia la nuca marfilina.

Extraño era el hechizo que se desprendía de aquella faz, velada no obstante por el sufrimiento.

Regina continuó:

—Señora, aun cuando el corazón lo reclama, el matrimonio debe posponerse al deber. Ahora bien, mi deber es ayudar á mi padre á pagar una deuda sagrada cuya responsabilidad toca á otros. Yo no faltaré á ese deber. Trabajaremos, cada uno por su parte, él como representante de comercio, yo, dando lecciones.

Sus párpados se agitaron con más rapidez y su voz se alteró como dominada por la emoción.

La señora Breval tuvo conciencia del dolor de la joven, y murmuró:

—Escusad, hija mía, que haya tocado un asunto tan penoso para vos.

Luego estrechó entre sus manos las de Regina, y volviéndose hacia otro de los visitantes le preguntó:

—¿Qué pensáis de la señorita Regina Marnieres, querido señor Berthier.

—Pienso que su conducta es admirable, dijo inclinándose respetuosamente.

Sin embargo, Regina se levantaba grande y esbelta, sencillamente vestida con un traje gris que dibujaba maravillosamente su cuer-

po. En la modestia de su porte había un innegable sello de buen gusto y de elegancia. Con triste sonrisa saludó discretamente y se retiró.

II

Algunos minutos más tarde Jacques Berthier se despidió á su vez.

Desde que había entrado al salón de la señora Breval, antigua amiga de su madre, se había sentido bajo el encanto misterioso que emanaba de Regina Marnieres.

Sin embargo, en otras ocasiones la había encontrado en este mismo salón. Mas, era en días de prosperidad y mezclada con otros jóvenes de ambos sexos, arrastrada por el torbellino de la vida feliz. Había notado la belleza de Regina, pero como no había vuelto á encontrarse en su presencia, la había olvidado.

Por esta razón hoy se le reaparecía, aunque siendo joven, envejecida de algunos años, muy preocupada por un deber sagrado.

Jacques había oído hablar de la situación embarazosa del señor Marnieres, comerciante por mayor de la calle de Clery. En plena prosperidad, la quiebra de un banco en cuyas cajas tenía la mayor parte de sus fondos, le había puesto en una crisis en que todo había naufragado. Había hecho una liquidación amistosa, la cual le dejó en la pobreza después del esplendor.

Y Jacques Berthier, muy rico, aunque sin haber cumplido todavía sus treinta años, se había sentido conmovido por el noble orgullo de aquella joven, por su resignación ante la desgracia y por su grandeza de alma.

No la había perdido de vista. Rica y feliz probablemente habría pasado inadvertida. Pobre, modesta, eclipsada por la obligación de sus deberes, se le apareció aureolada, luminosa, engrandecida.

Pero Regina no había notado sus miradas, indiferente á su belleza admiradora; estaba absorbida por su idea fija, sustraída al exterior, al mundo, á todo lo que no era el sacrificio que se había impuesto.

¿Cuán superior se le aparecía ella! De todas las que hasta entonces había visto, corazones ligeros, entregados al placer, al brillo, ninguna podía rivalizarla. El se había figurado la mujer un sér todo de fragilidad y de delicadeza, nacido solamente para agradar, y la historia de la señorita Marnieres echaba por tierra toda esta concepción, pues él estaba muy seguro de que la joven no procedía así en apariencia, por hacerse interesante: todas sus palabras eran sinceras y traducían su rectitud, su lealtad, su conciencia.

Por la noche todavía Jacques pensaba en ella.

Como era dueño de una gran casa de banco, aun encontrándose en su oficina la tenía presente en la imaginación. Evocaba su pálido rostro tan sugestivo en el nimbo de seda de sus negros cabellos, iluminado por la luz de sus ojos. Y sentía que sería bueno, que sería divino amar á una mujer semejante y ser amado por ella.

III

—Señor Berthier, he recibido vuestra carta y vengo á daros las gracias por las proposiciones que me hacéis.

Era el señor de Marnieres quien se expresaba así en el gabinete del banquero.

—Señor, dijo Jacques Berthier, me excusaréis por haberos escrito. Conozco vuestros méritos y me diría feliz si pudiese aprovecharlos. Tengo necesidad de un hombre de confianza aquí, de un segundo yo, y os agradecería que aceptáseis ese puesto.

—Pero, señor, eso es demasiado!..... Mu-

cho me honráis!.....Quién ha podido recomendarme á vos?

Y el visitador, confuso, se excusaba.

—Nadie os ha recomendado á mí. Solamente he oído hablar de vos, del mal inmerecido que se os ha hecho y del valor con el cual le habéis soportado y dominado. Quiero, pues, señor, ayudaros á olvidar esos reveses.....

El señor Marnieres suspiró y dijo:

—Trabajo por conseguir eso, señor, y mi pobre hija también. Desde hace dos años hemos empezado nuestra vida, y no estaremos desentendados y tranquilos sino el día que mis acreedores hayan sido completamente pagados.

—Queréis permitirme una pregunta?..... No veáis en ella ninguna curiosidad impropia, os lo ruego, y creed que me es dictada simplemente por el interés que me es inspiráis..... De qué suma sois todavía deudor?

Por un instante el antiguo comerciante pareció vacilar; su frente se contrajo y sus labios crispándose ligeramente dieron á su leal fisonomía la expresión del sufrimiento.

—Diez y ocho mil francos, contestó al fin.

Luego añadió:

—Ya hemos reembolsado veinte mil.

—Bien pues! dentro de dos años, quizás antes, podréis quedar solvente. Tendréis aquí ocho mil francos, como sueldo fijo, además, un tanto por ciento en los negocios, que será otro tanto.

—Qué me decís, señor?

Sin atreverse á creer lo que oía, el antiguo comerciante bajó la cabeza, balbuceando y con los labios trémulos, dijo:

—¿Es esto un sueño?

—No soñáis, señor Marnieres; tranquilizos!

—Entonces, cómo podré yo jamás.....?

—¿Darme las gracias? No hablemos de eso. Estoy persuadido que al fin del año quien deberá dar las gracias, será yo.

Jacques Berthier sonriendo tendió la mano al visitador y le preguntó:

—Señor Marnieres, cuándo podré contar con vos?

—Cuando gustéis, señor..... Mañana, ahora mismo..... Y no creo necesario deciros que mi vida entera os pertenece.

IV

—Ah Regina!

—¿Qué tienes, padre mío? Estás muy pálido! ¿Sufrés?

Se sonrió.

—Semejantes sufrimientos son agradables, querida hija.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos llega una felicidad inmensa, una dicha increíble.

—Me haces morir de impaciencia.

—Dentro de un año estaremos saldos de toda deuda, completamente rehabilitados.... Acaban de ofrecerme un puesto magnífico.... Quince á diez y seis mil francos por año.

Regina á su vez se puso pálida.

—¿Cómo?

—Ah! lo sé tanto como tú! En casa del señor Jacques Berthier, el gran banquero. Me escribió que fuese á su casa, fui y me ofreció ese puesto.

La joven reflexionaba.

—Jacques Berthier? murmuró. Yo he oído ese nombre.

Y añadió:

—Hasta he debido ver á la persona que te lleva, casa de la señora Breval.

—Es posible.....

Regina se levantó y abrazó á su padre.

—Ya lo ves! bien te lo decía yo, que no debíamos desesperar, que tarde ó temprano encontrarías una compensación á tu desgracia.

—Querida mía! contestó el padre estrechándola contra su pecho, gracias á tí es que he podido sobrellevar mis pesares: ahora también gracias á tí, pues algo me dice que vamos á ser felices.

Hubo un momento de silencio. Los rayos del sol poniente penetraban por las ventanas como una roja polvareda. El ruido de los coches llegaba atenuado, semejante al rumor lejano del mar. En alguna parte dio un reloj las seis.

—Sí, Regina mía, replicó el señor Marnieres, el año próximo estaremos tranquilos. Se habrá salvado el honor: luégo será necesario pensar en tu porvenir.

En los hermosos ojos de la joven hubo una erupción de luz. El pensamiento oculto, ahogado, se manifestaba; sus labios se estremecieron; sin embargo, nada dijo.

—Ya estoy viejo, continuaba el señor Marnieres.....Para no inquietarme más, tú no debes estar sola.....Comprendes lo que quiero decirte?

Regina se defendió contestando:

—No, padre.....No quiero comprender..... Todavía no es tiempo.

El viejo continuaba tercamente:

—Sí, sí!.....Conozco á un guapo mozo que no te es indiferente y que espera con la mayor impaciencia la hora en que estemos solventes de toda deuda, puesto que has tenido la voluntad de no querer oír nada antes.

—Quieres guardar silencio!

—Ese pobre Jorge Sallier te ama de todo corazón; te hará feliz!

—Padre, padre!.....basta!

Y toda ruborizada ocultó la cabeza en el hombro del señor Marnieres.

V

Un año después, en el gabinete de Jacques Berthier.

—Entonces, estáis contento?

—No puedo deciros lo que experimento, señor Berthier. Ah! cuánta gratitud os debemos mi hija y yo! Gracias á vos es que nos vemos hoy libres, gracias á vos es que disfrutamos un poco de felicidad en la tierra.

—Vamos! vamos! No exageremos. Si os he ayudado, vos me habéis servido bien. Y espero que en lo adelante será siempre lo mismo.

—Sí, señor Berthier, sí; podéis creer que jamás olvidaremos.....

El joven banquero se sonrió.

—Quién sabe si algún día os recordaré yo esa promesa.

—Cuando gustéis, señor Berthier, y se despidió.

Este, cuando quedó solo, murmuró:

—En fin, creo que arribo al puerto.

Y luégo añadió:

—Cuánto la amo!

Ante sus ojos reaparecía la graciosa imagen de Regina. El no había vuelto á verla desde hacía un año; pero todos los días pensaba en ella, la encontraba admirada, adorada en su imaginación. Y se había dicho que sólo ella era digna de su amor, que sólo ella podría hacer la alegría de su vida.

Mas no quería ir contra su deseo, imponerse, ni tratar de ganar el amor por el reconocimiento.

Se repetía las palabras de la señorita Marnieres casa de la señora Breval!

—No me casaré mientras la deuda de mi padre no esté satisfecha!

No quería, pues, oponerse á esta resolución, creía que debía respetarla; pero no era sin sufrir que permanecía oculto, disimulando sus sentimientos.

Y sucedió que al fin el plazo fijado por Regina expiró: ya era libre y podía disponer de su corazón!

El pasado estaba muerto; el porvenir iba á florecer!

Seguramente cuando él le confesase sus su-

frimientos, cuando le confiase sus pensamientos, la joven no le rechazaría, él la suplicaría, la convencería, ganaría su confianza y luégo su amor.

Y entonces empezaría una vida nueva, la vida que él se había preparado lentamente, pero segura.

VI

Transcurrieron algunos días.

—Señor Berthier, queréis hacernos esta noche el honor de una visita?

—Sí, señor Marnieres; para mí será un verdadero placer ir á saludar á la señorita Regina.

—Bien pues! con el mayor placer os recibiremos, á vos que habéis sido tan bueno para nosotros!

El joven estaba más pálido que de ordinario. Sus labios temblaban de una ansiedad que en vano trataba de disimular. Su corazón palpitaba como nunca.

—Hasta esta noche, pues!

—Hasta esta noche!

Con cuánta excitación subió Jacques Berthier las escaleras de la casa donde vivía su empleado!

Llamó en el tercer piso.

Una vieja sirvienta vino á abrirle.

—El señor Marnieres?

—Aquí está.

La sirvienta hizo entrar al visitante á un salón, un saloncito en que flotaba una penumbra.

Inmediatamente se levantaron varias siluetas delante de Jacques Berthier.

La primera fue la graciosa y esbelta de Regina, inclinándose delante de él, que la oía pronunciar palabras de agradecimiento, de gratitud, de reconocimiento, lo cual le causó una sensación exquisita, porque aquellas palabras llegaban al fondo de su alma.

Luégo se adelantó también el señor Marnieres dando también las gracias.

Y, aproximándose á Jacques, descubrió á otro personaje, al mismo tiempo que decía:

—Señor Berthier, puesto que os interesáis tan generosamente por nosotros, nosotros no debemos tener secretos para vos.....Permitidme presentaros al hijo de uno de mis antiguos amigos, el señor Jorge Sallier, quien pronto formará parte de nuestra familia..... Se casará con mi hija el mes próximo.

—Ah! balbuceó Jacques.....Ah!

Su sorpresa no duró sino un minuto; presto se reaccionó y ahogó en el fondo de su pecho el dolor que le devoraba.

Una sonrisa apareció en sus finos labios; su mano se adelantó tendida hacia Jorge Sallier, y le dijo:

—Recibid todas mis felicitaciones, señor!

PAUL ROUGET.

ESE CANALLA DE {DUPONT!
DURAND!

(Traducción para EL COJO ILUSTRADO)

I



SE canalla de Dupont!

Al oír esta frase en la calle real de Auberville, en la Plaza del Comercio, en los Tribunales ó frente á la Sub-prefectura, no había necesidad de volverse para saber quién la había proferido, pues se podía decir:—El señor Durand anuncia su presencia.

Ese canalla de Dupont era, en efecto la frase típica que, desde hacía veinte años, esmaltaba las conversaciones del honrado señor Durand, antiguo notario, buen hombre, servicial y sencillo, á quien adoraban sus ciudadanos.

¿Por qué el señor Durand, esa nata del honor, amigo de todo el mundo, guardaba en su corazón un odio tan vivo contra ese canalla de Dupont?

Nadie podía decirlo!

Se sabía, muy vagamente porque hacía muchos años de esto, que ese canalla de Dupont estuvo unido al señor Durand por estrecha amistad. Algunos viejos recordaban haberlos visto pasearse cogidos del brazo, por los alrededores del Palacio de Justicia; pero estos recuerdos eran tan lejanos que hasta el señor Durand, el más interesado, no guardaba memoria de ellos. Así, para la generación presente, Dupont no era otra cosa que ese canalla de Dupont, es decir, un hombre que cargaba con todas las tachas y con todos los defectos.

El señor Durand, retirado de los negocios según hemos dicho, gozaba de un modesto bienestar. Poseía una casita en la mejor calle de Auberville, donde vivía con su mujer y su hijo Claudio; y distraía sus ocios haciendo frecuentes excursiones por los alrededores de la población, para lo cual había comprado un coche y un caballo.

—¿Adónde vais á pasear hoy, señor Durand? le preguntaban los vecinos al verle pasar á caballo con dirección al campo.

—Voy á Berville.

Otras veces el buen hombre se dirigía al bosque de Canteil, á Bievre ó á Darreville, pueblos circunvecinos.

—Por qué no vais á Barcourt? le decía de vez en cuando algún amigo.

—No me gusta ese camino.

—Sin embargo, hacia esa parte es más bella la campiña.

El señor Durand se contentaba con variar la conversación sin responder directamente; no obstante si su interlocutor insistía, encontraba siempre buenas razones para demostrar que Barcourt era un sitio insoporrible ó que el camino era muy fatigoso para su bestia.

II

El tiempo, que cambia todas las cosas y había hecho de la señora Durand una vieja y del pequeño Claudio un robusto mozo de veinte y tres años, no modificó sin embargo los sentimientos del señor Durand con respecto á ese canalla de Dupont; pues cada vez que se presentaba la oportunidad, y muchas veces sin presentarse, el viejo—porque ya era un viejo—repetía su palabra favorita:—Ese canalla de Dupont.

El señor Durand que rara vez salía, á causa de su edad y de sus achaques, vendió el caballo y el coche los cuales habían sido reemplazados por una bella bicicleta de Claudio, quien, como antiguamente su padre, recorría las inmediaciones del pueblo é iba en su máquina á Berville, á Canteil, á Bievre y hasta Barcourt, pues no le espantaban los malos caminos.

Un día, al volver de este último lugar, Claudio preguntó á su padre:

—Por qué decías que Barcourt es un feo lugar, cuando, por el contrario, es encantador?

—El viejo frunció las cejas:—Si quieres creerme, amigo mío, no vayas con demasiada frecuencia por ese camino; pues no tienes nada que ganar y sí mucho que perder.

—Por qué?.....—explicate.

—Me explicaré: en ese pueblo reside mi más mortal enemigo.

—Ah! ese canalla de Dupont.

—Sí; ese canalla de Dupont.

—Primeramente, no conozco á ese señor; y en segundo lugar, supongo que no será dueño de todo el lugar.

—Esa no es la cuestión; casualmente porque no lo conoces podría suceder que lo encontrases, lo saludaras y hasta le dieras la mano. Y el viejo se levantó de su asiento,

visiblemente excitado:—Ah! si yo supiera que mi hijo podría estrechar la mano á.....

Un poco más y era seguro un ataque de apoplejía.

Claudio calmó á su padre y le aseguró bajo juramento no volver á Barcourt y huir como de la peste de todo lo que recordase á Dupont; pero una vez solo, se puso á reflexionar:

—Es necesario que yo sepa lo que hizo á papá ese canalla de Dupont.

No atreviéndose á interrogar á su padre por temor de que aquellos recuerdos le produjesen una nueva agitación que pudiera perjudicar su salud, se dirigió á su madre, quien no pudo darle ningunos datos sobre el asunto.

Dupont era un canalla, puesto que lo aseguraba un hombre honrado como el señor Durand; por qué lo era? nadie había podido averiguarlo jamás. A todo el que le había preguntado algo á ese respecto, desde su mujer hasta los extraños, el señor Durand se limitaba á responderles:

—No; no me pidáis detalles; porque esto renueva mi cólera y sería capaz, así viejo como estoy, de ir á buscarlo y darle un mal golpe.

¿Qué ofensa tan grave ha podido recibir papá de ese hombre?

III

Se dice que las mujeres son curiosas; pero es de creer que no han monopolizado este defecto, pues Claudio, desde la semi-confidencia de su padre, no pensaba sino en *ese canalla de Dupont*.

—Es preciso que lo sepa todo, se decía.

En lugar de pasearse como antes sólo por el placer de rodar su bicicleta al acaso, según la disposición del momento, daba ahora un fin idéntico á todas sus excursiones, y se dirigía diariamente al camino de Barcourt, donde al llegar dejaba su máquina en un café y se iba por las calles buseando una tienda en la cual estuviese escrito el famoso nombre de Dupont..... Pero, nada; ni el menor rastro de semejante persona.....

Claudio no retrocedió en su empresa:—Lo encontraré; es preciso que lo encuentre: la casualidad puede favorecerme.....

Un día, cansado de recorrer la población y fatigado de sus inútiles gestiones, tomó el partido de entrar en el café donde acostumbra dejar su bicicleta: en el salón principal no había nadie; en la pieza inmediata tres jugadores de malilla parecían esperar á alguien.

—No estamos completos?—dijo uno.

—No; falta Dupont, que se ha retardado.

—¿Qué le habrá acontecido en el camino?

—¿Quién sabe! Algún encuentro importuno, sin duda.

—¿No se habrá hallado cara á cara con su terrible enemigo de Auberville?

Claudio escuchó con atención.

—Ah! sí; ese canalla de Durand.

Aquellas palabras sobresaltaron á Claudio: —“Ese terrible enemigo de Auberville;” “Ese canalla de Durand.” Es de su padre que hablan, no hay duda.

Por un momento le vino la tentación de caerle á bofetones al que acababa de profesar estas últimas palabras; pero el deseo de saber lo que dirían aquellos hombres quebrantó su cólera y le hizo esperar con paciencia.

—A propósito: hace tiempo que Dupont no nos habla de ese canalla de Durand. ¿Se habrá apagado su odio?

—Es probable.

—¿Cuál es la causa de esa enemistad y por qué dicen: ese canalla de Durand?—preguntó el más joven de los jugadores.

—No se ha sabido nunca, respondió el más viejo de los tres..... Cuando, hace veinte y cinco ó treinta años, Dupont, que es el mejor hombre del mundo, vino á instalarse aquí, proveniente de Auberville, no tenía otro vo-

cabo que: “Ese canalla de Durand”..... Todo el mundo creyó en su palabra sin inquirir la razón ni provocar una confidencia que no parecía dispuesto á hacer..... Hoy la frase ha pasado á proverbio en el país: “Ese canalla de Durand.”

La puerta del café se abrió y un hombrecito de aire dulce, amable y simpático, apareció en el dintel.

Claudio necesitó un gran esfuerzo de voluntad para no pedir una explicación al recién llegado—el canalla de Dupont que se había atrevido á calificar con ese epíteto injurioso el nombre sin tacha de su padre; pero nuevamente se contuvo, pues deseaba encontrar la palabra del enigma, del doble enigma, para hablar exactamente.

Pidió una copa de vino madera y se puso á paladearlo, sin perder una sílaba de lo que hablaban cerca de él.

IV

Hace tres meses que Claudio va todos los días á Barcourt y no ha podido poner en claro por qué Durand es un canalla á los ojos de Dupont y Dupont un canalla á los ojos de Durand.

Por otra parte ¿se ocupaba Claudio solamente de este asunto? No; porque los bellos ojos de la señorita Roseta le han hecho olvidar muy de prisa sus primeras disquisiciones.

Roseta! Sabía que se llamaba Roseta..... y nada más. La encontró por primera vez en las cercanías de Barcourt. Ella iba en bicicleta y él también; los dos por un movimiento instintivo volvieron la cara para mirarse: un choque eléctrico! La niña calculó mal la distancia para hacer virar su máquina y, cataplum! Claudio corrió en su auxilio y la ayudó á levantarse: como es natural conversaron un poco.

Se volvieron á hallar varias veces: primero simples saludos; después ligeras sonrisas; luego, marchando gentilmente uno al lado del otro, como es permitido á los jóvenes en el campo, cambiaron algunas ideas.

—Me llamo Roseta—dijo ella—y mis padres habitan en Barcourt.

—Mi nombre es Claudio y mis padres son de Auberville.

Desde entonces se juraron un amor eterno.

V

Claudio es feliz! Ayer en su reencuentro con Roseta—reencuentro que no tenía nada de casual, necesario es decirlo—había sondeado su corazón y podido convencerse de que sus sentimientos marchaban al unísono con los de él. Hoy volvía á Barcourt á fin de verla y suplicarle que le permitiese pedir su mano.

¿No es él de buena familia y se encuentra en una regular posición?

Roseta está igualmente radiosa; y se dice: —Ese joven que la Providencia ha puesto en mi camino, me ama tanto como yo le amo. No hay duda que después de su declaración de ayer hoy viene á pedirme en matrimonio. No hace un mal casamiento, porque ¿qué joven, en veinte leguas á la redonda no se creería muy honrado desposándose con la señorita Roseta Dupont, la hija del señor Dupont, un hombre tan estimado en Barcourt por todo el mundo?

VI

Algunas horas después.

—Entonces—dice Roseta con la voz trémula—vuestro padre es el señor Durand..... ese can.....?

Y no se atreve á terminar la frase.

—Y vuestro padre—pregunta Claudio—es el señor Dupont..... ese can.....? Y le falta valor para completar la palabra.

Los dos permanecen en silencio, llorosos, viendo deshacerse sin dicha por la enemistad

paternal, que les impone separarse para siempre. Solución sin salida.

Cómo reconciliar dos seres divididos por semejante odio?

Claudio y Roseta se dan cuenta de la terrible realidad; y ni se atreven á emplear las súplicas y oraciones, que juzgan inútiles tratándose de semejantes caracteres.

Tratemos de olvidarnos mutuamente, se dijeron.

Y lo ensayaron de buena fe esquivando los encuentros y cortando toda correspondencia, temerosos de avivar cada uno su amor.

Resultado: los dos cayeron enfermos.

—¿Qué tienes? decía á su hijo el que Dupont llamaba: *el canalla de Durand*.

—¿Qué te pasa, de qué sufres? preguntaba á su hija el que Durand llamaba el canalla de Dupont.

Forzoso fue á los dos enamorados confesar la verdad.

Ah! qué terrible cólera en los dos campamentos.

—Amas á una joven..... y es precisamente á la hija de ese.....

Y la misma actitud, si no la misma frase en la casa del adversario.

—No, no, jamás..... primero verte muerta.....

Las amenazas de los padres difícilmente se cumplen cuando se trata de la vida de sus hijos; y como la salud de Roseta y de Claudio inspiraba serios temores, al fin de fines el señor Durand consintió en unir su hijo con la hija de *ese canalla de Dupont*—y, recíprocamente.

—Ah! papá, qué buenos eres, dijo Roseta saltando al cuello de su padre.

—¿Qué gran corazón tienes!

El lector habrá adivinado que esta última exclamación es de Claudio al dar las gracias á su padre.

VII

Hé aquí un paso esencial para la felicidad de los enamorados; pero falta aún arreglar la necesaria entrevista entre Dupont y Durand.

—No pondré jamás los pies en su casa, dijo el primero, hablando del segundo.

—No daré un paso más que él, dijo el otro.

Roseta y Claudio emplearon la diplomacia y convinieron en que la petición oficial se verificaría en un punto equidistante entre Auberville y Barcourt, de manera que no se mortificase el amor propio de ninguno.

—Dios mío! que todo se arregle pacíficamente, decían las dos familias.

Al aproximarse los dos hombres todos los corazones se comprimieron.

¿Qué irán á decirse? ¿cuántas injurias se escaparán de sus labios, á despecho de su voluntad?

¿Qué instante de angustia!

Hélos aquí uno delante del otro..... Se abrazan, y.....

—Ah! mi viejo, no creía que me causara tanta emoción volverte á ver.

—Yo, no..... Lo confieso..... Cuánta fortuna que nuestros hijos nos hayan traído de la mano!

—Sí; hubiéramos muerto detestándonos.

—Y, á propósito, recuérdame—porque ya soy viejo y he perdido la memoria—¿Qué causa tuvimos para reñir antiguamente?

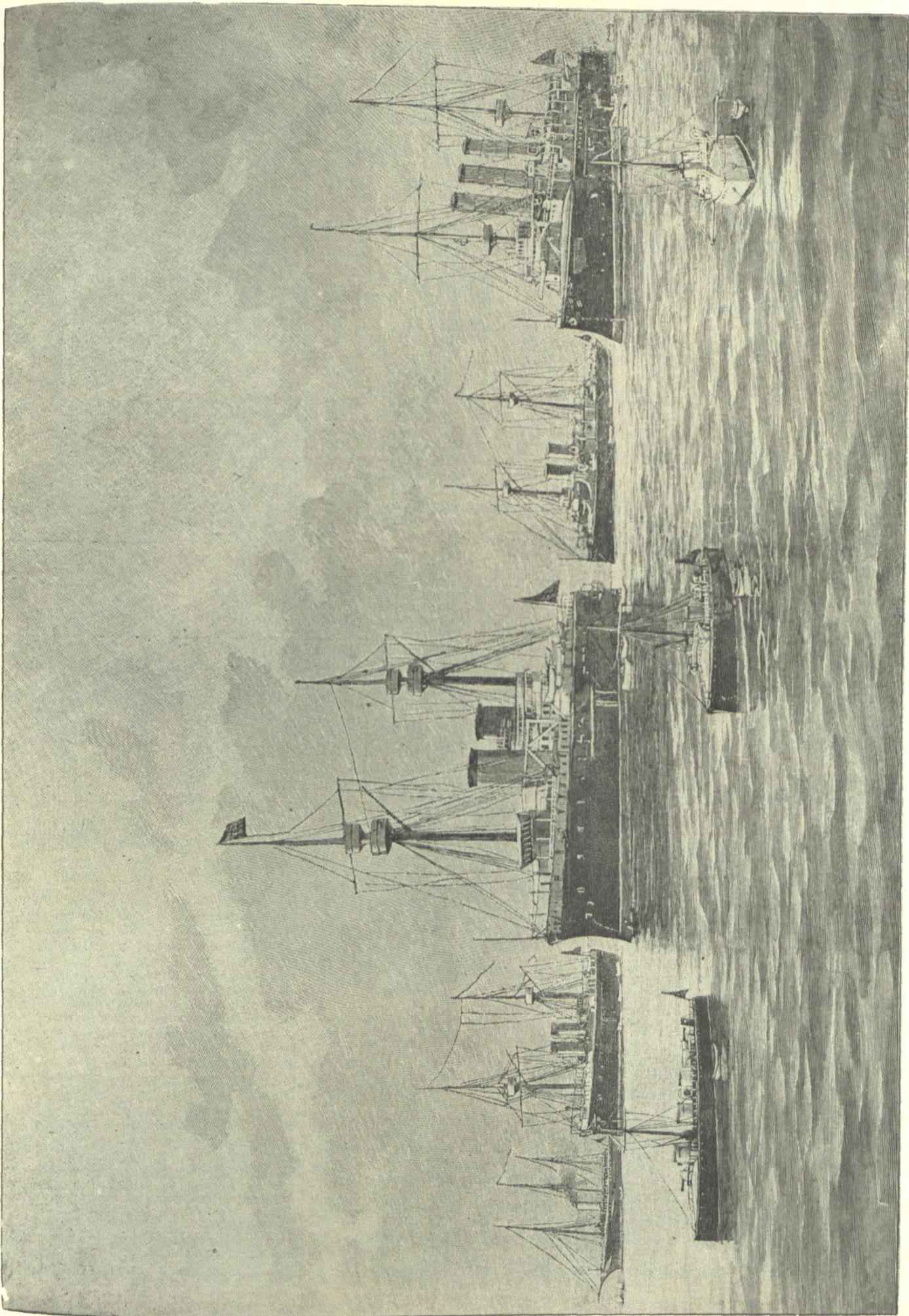
—Es curioso..... Te iba á hacer la misma pregunta..... Imposible es acordarme.

—Este buen Durand!.....

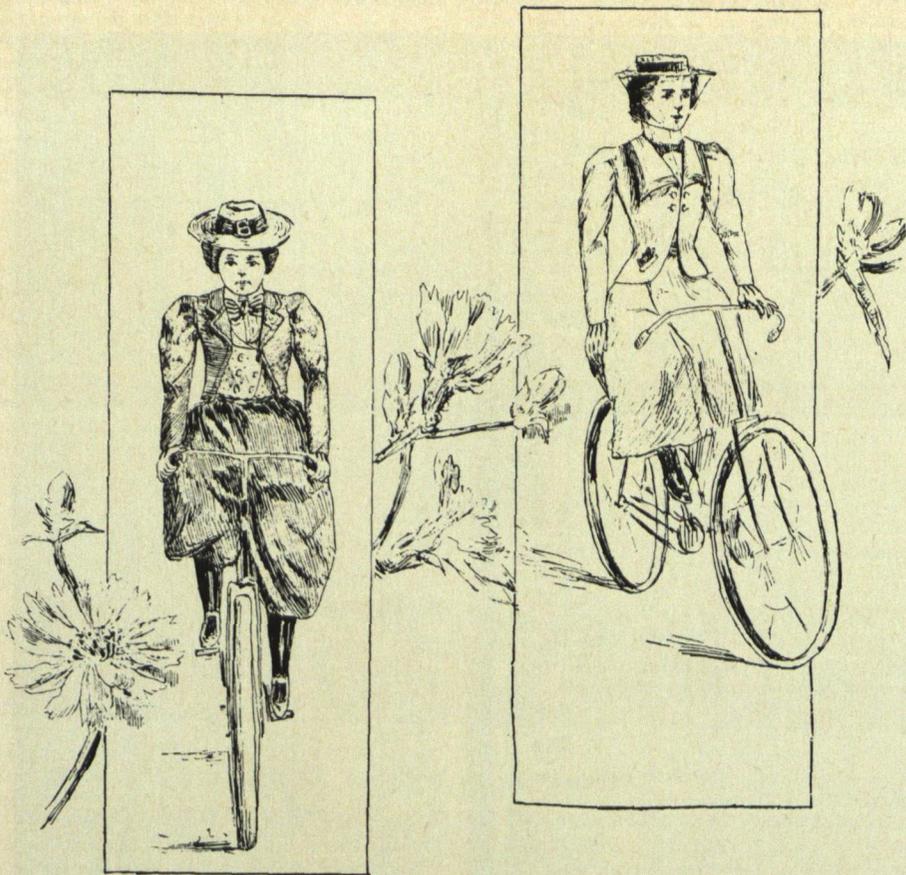
—Este querido Dupont!.....

MICHEL TRIVELEY.





Girarda Osado Victoria LA FLOTA DEL ALMIRANTE CAMARA Alfonso XIII Emperador Carlos V Proserpina
Pelajo Andaz



PAGINAS PARA LAS DAMAS

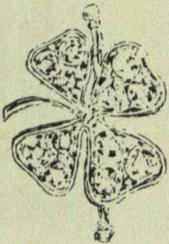
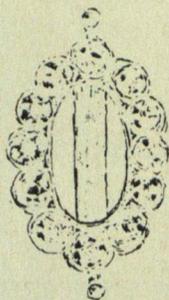
EXPRESAMENTE ESCRITAS É ILUSTRADAS PARA "EL COJO"

El ciclismo, las mujeres y la moda—Detalles elegantes—El trébol de cuatro hojas—Fantasías estivales—Trajes infantiles—Adornos para salones—La primera comunión del Rey—Notas palatinas—Alegrías y tristezas maternas — El veraneo madrileño — Recuerdos del tiempo viejo — La Granja y sus maravillas.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

Tanto se ha generalizado el ciclismo en Europa y entre las damas, que la moda se ha visto en el caso de atender seriamente las exigencias de los trajes femeninos propios para el cultivo de ese novísimo sport, por unos vituperados hasta la saciedad y por otros ensalzados con singularísimo empeño; y muchos inconvenientes hubo en principio que vencer á fin de que no perdiera la gallardía de nuestras damas cabalgando sobre el moderno corcel de acero. El pantalón bombacho y la chaquetilla corta, ceñida á la cintura, si bien abierta por delante sobre chaleco, es traje muy lindo, y propio para la libertad de movimientos que requiere ese género de locomoción; pero justo es decir, que compite con el referido traje otro muy cómodo y más femenino, por decirlo así, en el cual no se prescinde de la falda corta, cayendo sobre pantalón ceñido. Nuestras elegantes europeas, más que la gorra ó boina que se usa en otros países, prefieren para complemento del traje ciclista, el sombrero de paja, redondo, de alas, casi igual al adoptado por los hombres, alterando en todo caso un tanto la forma de la copa, á capricho de la fantasía, sin duda á guisa de elocuente demostración, de que en ningún caso puede prescindir la mujer, del sello risueño, predominante en sus atavíos, siquiera se



trate de aquellos más ajenos á pretensión y coquetería. Sobre las ventajas higiénicas del ciclismo femenino, hemos discurrido otras veces: hoy no vienen á cuento, ni son necesarias disquisiciones referentes á la materia, para dejar sentado que el ciclismo hace furor en los más elegantes círculos, cosa que justifica plenamente las solicitudes de la moda, respecto á los trajes que importa adoptar, para cultivarlo dentro de la más estricta elegancia.

La sedalina azul-porce-lana, los linones calados y la etamine de lana en color, son las telas que el ardiente julio pone en juego para los trajes de campo y playa más íntimamente unidos á la novedad y á la fantasía. El adorno risueño de los mismos, se concreta á las cenefas de encaje, cuya variedad de dibujos, con ser tanta, aturde y fascina. El terciopelo negro y de color, tampoco se destierra de los trajes estivales, antes al contrario, tiene encantadora aplicación en los más vaporosos y frescos, sin duda buscando el artístico efecto de los contrastes, que siempre responde, en el terreno de un exquisito buen gusto. Cuerpos ajustados, se ven tan pocos este verano, que casi puede asegurarse que la elegancia europea prescinde de ellos en absoluto. En cambio, blusas y cuerpos flojos, imperan sin oposición lo mismo en París que en Berlín, en Londres que en Viena: son el rasgo característico de la temporada, pero adornándolos profusamente y del modo más original y bello.

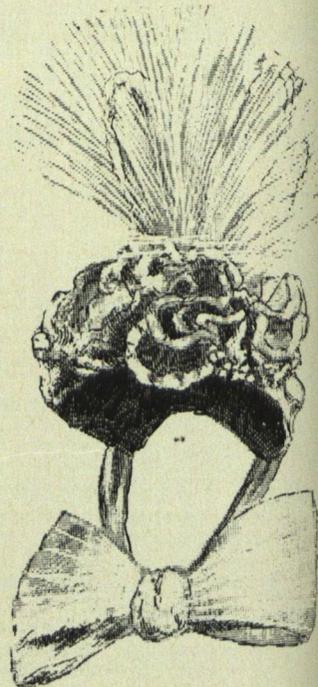
El trébol de cuatro hojas, ese amuleto de los antiguos tiempos, revive en nuestra des-preocupada sociedad y el dibujo especial de

sus contornos le reproducen complicados, hebillas, pendientes, alfileres y pulseras, sin olvidar los relicarios, que se llevan á modo de dije. Podemos asegurar á nuestras queridas lectoras venezolanas, que el trébol de cuatro hojas está de moda para toda clase de fantasía y de él saca no pequeño partido la joyería moderna, tan amiga de compe-netrarse de las novedades en boga.

Desde nuestra última carta, escasa modificación han sufrido los sombreros femi-ninos: sólo nos es dable registrar una variante: la de las capotas de gasa y encaje, casi blan-cas, y en su defecto, de tonos muy pálidos, coronadas todas con airoso spirit. Estas ligerísimas é ideales capotas gustan mucho, por lo que favorecen y por la dulce idealidad que prestan á las fisonomías. Hijas de la fan-tasía parisién, poco han de tardar en verse generalmente aceptadas y bien lo merece su indiscutible elegancia. París, á despecho de aquellas otras capitales modernas, que son sus competidoras, irá siempre á la cabeza de las fantasías y caprichos de la moda, que más responden y se compeñan de las ten-dencias del siglo.

Respecto á las modas infantiles, sujetas como es natural á menos innovaciones que las demás, precisa reconocer que este verano acentúan pronunciada tendencia hacia la hol-

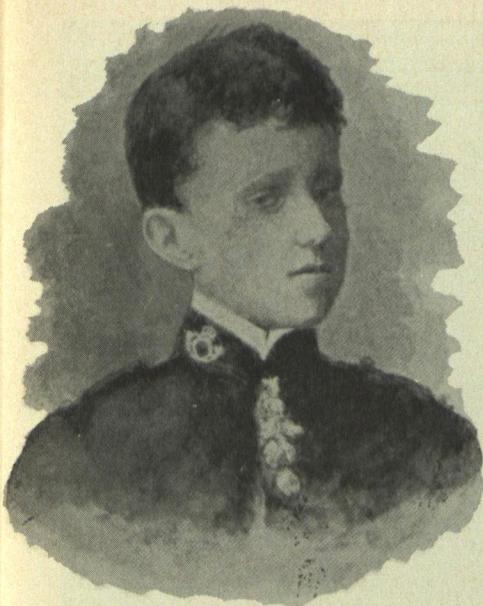
gada co-mo-didad, tan neces-aria al des-arrollo de los peque-ñuelos que son la es-peranza del porve-nir. Las faldas de lana con volantes de tiras bor-dadas en color, vo-lantes que se colocan en escala ascen-dente, ó si se quiere, for-mando del-antal, con-vie-nen muy particular-mente á las ni-ñas de doce á trece años, con



cuerpo abierto desde luego, manga estrecha con hombrera suelta, también bordada, y sombrero redondo de paja, con alas anchas.

Para niños de siete años nada tan elegante y práctico como el traje marínero, de pantalón corto, chaqueta larga abierta por delante en solapas sobre camiseta, medias negras y botas altas. Importa, lo repetimos, no ceñirse para la infancia á los caprichos de la moda; y las madres prudentes harán bien prescin-diendo de elegir para sus pequeñuelos aque-las hechuras que conspiran un tanto contra el desarrollo muscular indispensable y ga-rantía de salud para los dos sexos.

En la capital de Francia y para el adorno de sus principales salones, se impone la moda de colocar en los tibores, en vez de flores, ramas grandes soberbias de árboles cuajadas de fruta. Este capricho cuesta carísimo, por-que son muchos los frutales que arrancán-doles ramas enteras en la época de dar fruto, mueren. Sin duda por eso, las opulentas da-mas francesas, á las que ya no ofrece nove-dad el exorbitante precio á que se pagan las flores, se han resuelto á establecer com-petencia entre flores y frutas, los dones más



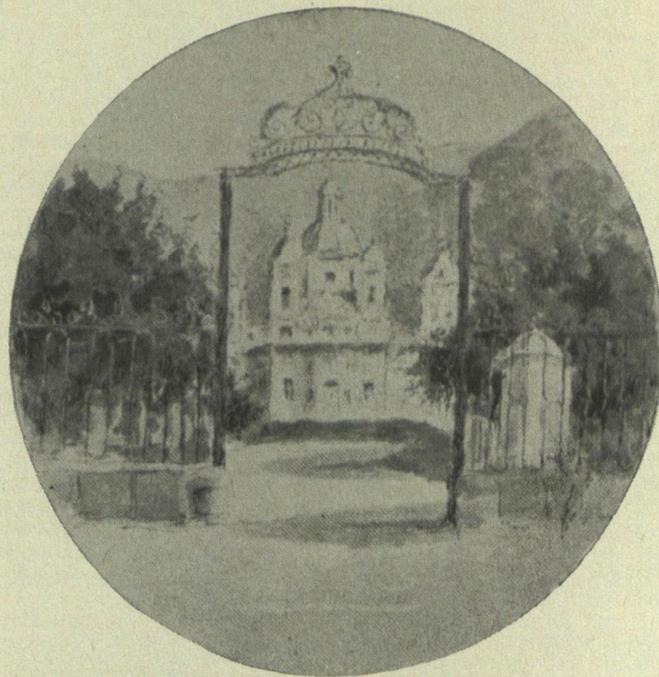
bellos de la pródiga naturaleza. Pero ese nuevo antojo, que significa un despilfarro, suponemos que durará poco, sin embargo es la novedad actual de más relieve para el adorno de aristocráticos salones, á orillas del Sena.

Tiernísima, conmovedora en grado sumo ha sido la ceremonia de la primera comunión y confirmación del Rey de España, celebrada en el regio alcázar, ante lo más significado del elemento palatino. Vestía el infantil monarca para la religiosa ceremonia el traje de alumno de la Academia de Infantería, descollando sobre su pecho el Toisón y revelando su expresiva fisonomía las emociones que agitaban su alma. La Reina Regente, torturada por todas las pesadumbres que atosigan á la patria, no pudo contener sus lágrimas cuando vio al tierno príncipe, objeto incesante de sus amorosos desvelos, recibir de manos del Obispo de Lión, el pan de los ángeles. ¡Angélica aureola circunda aún la cabeza de Alfonso XIII; todos los eucantos de la inocencia concurren en el regio vástago heredero de cien

reyes, pero ráfagas de tempestad combaten su trono, tronchan en flor las esperanzas de la patria y siembran el recelo, la duda y el dolor en todas las almas! Con otras circunstancias más propicias á regocijos y fiestas, la confirmación del Rey hubiera tenido lugar en el histórico templo de Covadonga, allá en las abruptas soledades de la noble Asturias; pero María Cristina no ha querido distraer la atención de su pueblo amado, de las peripecias angustiosas de una guerra que decide de sus destinos; por eso ha dispuesto celebrar casi en familia una fiesta que tantas emociones despertara en su maternal corazón.

El verano este año acusa una desanimación extraordinaria; muchas familias renuncian á salir de la capital, previendo el caso de repetidas complicaciones. No se sabe aún dónde veraneará la corte, pero dícese que á San Sebastián no va. La Reina tiene empeño en permanecer en Madrid con sus hijos, mientras duren las críticas circunstancias presentes; pero si al fin se resuelve á salir, asegúrase que irá á la Granja, residencia veraniega que ha sido por espacio de muchos años de los monarcas españoles, donde repercuten aún los ecos de las más tremendas convulsiones de nuestra historia política en lo que va de siglo, y donde también el poderío y la opulencia de la España de otros días, dejara en deliciosos jardines y encantadas estancias, testimonio elocuente de las maravillas que pueden realizar en la vivienda del hombre para recreo y solaz del espíritu, el arte y la riqueza, amorosamente compenetrados.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



CHATEAUBRIAND

Paúl Bourget ha dedicado las líneas que á continuación insertamos, á la memoria de Francisco Renato de Chateaubriand, uno de los escritores más notables del presente siglo; y hombre tan desprendido del dinero, que, después de haber ganado con su pluma un caudal, se vio precisado á vender anticipadamente sus *Memorias de Ultra-Tumba* y á hipotecar su cadáver para no morir de hambre.

Acaso la historia de la literatura moderna no registre nombre más ilustre que el del autor de *Atala*, de *Los Mártires* y de *El Genio del Cristianismo*; de ese descendiente de los *Brien*; de ese hijo de la aldea bre-

tona de Saint Malo, que colocado por Dios entre dos siglos, como en la confluencia de dos ríos, fue sucesivamente viajero, soldado, publicista y ministro, pudiendo decir al fin de sus días:—"He conocido la vida pública y privada. Cuatro veces he cruzado los mares: he seguido al sol en Oriente y tocado las ruinas de Menfis, de Cartago, de Esparta y de Atenas: he orado en el sepulcro de San Pedro y adorado en el Gólgota. Pobre y rico, poderoso y débil, feliz y miserable, hombre de acción y hombre de pensamiento, he puesto mi mano en el siglo, mi inteligencia en el desierto: la existencia afectiva se ha presentado á mí en medio de las ilusiones, lo mismo que aparece la tierra á los marineros entre las nubes. Si estos hechos,

esparcidos en mis sueños como el barniz que preserva pinturas frágiles, no desaparecen, servirán para indicar el sitio donde he pasado mi vida."

Como el habitante de Combours hemos visto la muerte cerrar una á una las habitaciones de nuestra casa para no abrirlas jamás. El hombre al acostarse puede contar sus pérdidas: los años son los únicos que no le abandonan, aunque pasan; cuando los revisa y llama, responden:—Presentes.

No sólo por simpatías individuales somos afectos á Chateaubriand; sino porque lo juzgamos uno de los escritores que más satisfacen el corazón y la inteligencia, y uno de los representantes eximios de la literatura francesa del siglo actual.

Hubiéramos podido omitir esta introducción; pero la escribimos porque hay entre nosotros quienes hablan de Chateaubriand como hablaba Witelocke: *de un cierto Milton, secretario del Parlamento para los despachos latinos*.

Hé aquí la traducción de la página de Bourget:

Encontrándome la semana pasada en Dinán, muy cerca de Combours, donde fue educado Chateaubriand, no pude resistir al deseo de visitar este sitio que debía ser querido á todos los literatos del siglo XIX, porque en los pasados de ese viejo castillo bretón se paseaba hace cien años el niño que, criado en la soledad, habituó su tierno corazón á la melancolía y su joven inteligencia al agreste delirio de que están impregnadas las páginas de sus libros, que causaron en la poesía verdadera revolución. ¿Quién recuerda ahora que el arte moderno, aun en sus obras más selectas, ha salido del cerebro del autor de las *Memorias de Ultra-Tumba*? Dudo mucho que ninguno de mis colegas haya seguido, siquiera por piedad estética, el camino que á través de los bosques conduce á la vieja mansión señorial. Las cuatro torres se elevan macizas y feudales en medio del parque que verdea. El castillo, refecionado en estos últimos años, ostenta una techumbre de cajoncillo que se levanta sobre las almenas á las cuales no falta una sola piedra. Una gradería moderna reemplaza al antiguo puente levadizo; y en el interior las tapicerías de los Gobelinos guarnecen los muros, y muebles costosos exornan las habitaciones. Para encontrar la torre donde creció Renato es preciso ejecutar con el pensamiento un trabajo contrario al que han hecho los arquitectos, los albañiles y los tapiceros. Tres cosas, una de las cuales permanece invariable, auxilian en semejante obra: el parque, el horizonte, y lo que el guardián del castillo llama: *El cuarto del autor*. El parque es desmesurado y casi sin avenidas; circuido por hileras de árboles que elevan su follaje entre la yerba y los manzanos silvestres. El horizonte es también extenso y cubierto de bosques cuyas cimas ondulan—como dice elocuentemente el autor de *Los Mártires*—hasta el límite extremo del paisaje; al pie del castillo existe un estanque de aguas inmóviles y frías.

Es enternecedor y fúnebre el cuartito amueblado con el escritorio, el sillón, el Crucifijo y el lecho del grande hombre. Sobre esa mesa escribió las páginas apasionadas de su libro póstumo; en el brazo del sillón se apoyó en sus horas de incurable hastío; delante del Cristo pensó en el abismo obscuro y espantable abierto del lado allá de las horas de tedio; sobre el lecho guarnecido de blancas cortinas de algodón, lanzó su último suspiro en la actitud que nos ha conservado un dibujo al creyón, prendido en la almohada. El rostro desdefioso, triste y demacrado ya por la muerte, conserva sin embargo la expresión arrogante que conviene al elocuente escritor cuyos períodos sonoros despertaron al principio del siglo el eco dormido en todas las almas. Acordáos de los versos del poeta de las Flores del Mal:



VOLUNTARIOS AMERICANOS EN PUERTO RICO

..... Qu' en reste-t-il, c' est affreux ô mon âme !
Rien qu' un portrait très pâle, aux trois crayons,
Qui lentement meurt dans la solitude,
Et que le temps injurieux vieillard.
Chaque jour frotte avec son aile rude.....

Si no se encontrase en estas peregrinaciones á los países donde han vivido artistas ilustres, sino la emoción piadosa de una intimidad más estrecha con su persona, aún valdría la pena de desviarse del camino para experimentar esta emoción y gozar esta intimidad; pero hay en esto algo más que un razgo sentimental; y la inteligencia del crítico encuentra tanto provecho como la devoción del entusiasta.

Es una hipótesis de la actual filosofía literaria que el espíritu crece como las plantas y absorbe, por un trabajo inconsciente y profundo, toda la substancia nutritiva del medio en que está colocado. La palabra *medio* designa igualmente las circunstancias físicas y las morales que ejercen influencia sobre nosotros. Espinoza y las ideas de la *Etica*; Schiller y la doctrina de sus dramas; Napoleón y su prestigio de gloria; la Revolución francesa y sus teorías socialistas, todos estos elementos diversos constituyeron, por ejemplo, una porción del medio donde vivió Goete; la otra porción fue formada por los espectáculos que hallaron sus miradas de adolescente, por la atmósfera en que se desarrolló su organismo animal, por la interpretación concreta que su inteligencia preparó de antemano á su estilo. Cuando un poeta escribe las sílabas de la palabra *campo* ó de la palabra *bosque*, evoca una realidad que existía antes de que pensase en escribirla y pone en movimiento todo el cortejo de anteriores impresiones. Si no habéis visitado la Escocia y sus landas penetraréis difícilmente á Burns; si no habéis visto la niebla amarillenta que cubre las calles de Londres comprenderéis mal á Dickens y las alegrías macabras de sus personajes cómicos, pues sólo la visita local os hará conocer con precisión el estado de alma del artista cuya tierra contempláis. Chateaubriand pasó su infancia áspera y torturada en este viejo castillo, y debió tomar del horizonte inmenso el gusto de las vastas perspectivas; como del aspecto magnífico y desolado de Combourg la afición á lo sublime y melancólico. De seguro que si las facultades nativas y hereditarias del niño que corría por el parque con su hermana Lucila no lo hubiesen inclinado hacia los sentimientos de una aristocracia un poco teatral, ni el horizonte de Bretaña ni la vieja torre del Moro hubieran sido suficientes á despertarlos; pero el acaso que favorece ó comprime el vuelo de nuestras facultades estuvo esta vez en perfecto

acuerdo con las tendencias primeras del hombre; y ya sabemos los resultados que produjo.

Imagino que buscar sobre los lugares mismos el origen secreto de una inteligencia de artista renovaría singularmente la crítica y la literatura de viajes. De ordinario los viajeros tienen poco que hacer con la sociología y los críticos con los viajes. Gentes eruditas toman de segunda mano el conocimiento de los países donde han vivido los escritores. Sainte Veuve, que analiza con tanta minuciosidad sus personajes, vivió sedentariamente casi toda su vida, pues apenas hizo un corto viaje á Italia, y estuvo poco tiempo en Lausana y en Lieja, de modo que vio con los ojos del cuerpo—como se dice—muy pocos horizontes y escasas ciudades. ¿No se podría reprochar á sus estudios que son demasiado individuales, y que no señalan bien el lazo que liga el temperamento á la raza, la fisiología al clima y el estilo á las impresiones ambientes?

Cuando Balzac concebía el argumento de una de sus novelas y la desarrollaba en un lugar de provincia, emprendía un viaje, veía la ciudad, estudiaba el barrio y la casa: de este modo formó en parte la geografía de la Francia. Concibo una especie de geografía crítica tan exacta y más real que la de Balzac, pues estudiaría las ciudades y los países por las obras de los literatos, explicando á los escritores por las ciudades y por los países. Este procedimiento acaso serviría para descubrir y enseñar muchas hipótesis sobre el misterioso alumbramiento de lo que llamamos Ideal.

JOSÉ E. MACHADO.

MUERTA !

La tumba me arrebató tus hechizos
y en sus medrosos antros
se traga para siempre tu alma vida
que alimentó mi vida en sueño largo ;
en un sueño de pájaros y flores ;
en un sueño de flores y de cantos !

La tumba me arrebató tus hechizos
y, ciego, atormentado
por el dolor inmenso que me aqueja
en estas horas de mortal desmayo,
desafío la cólera del cielo,
porque el cielo no me oye si te llamo
porque el cielo no ve que el alma mía
sin tí sucumbe atravesando un caos !

¡ Oh, mi blanca paloma mensajera !
¡ mi lirio candoroso y perfumado !
¡ estrella fulgurante de mis noches !

¡ arroyo transparente de mis campos !
Tú, la nota más alta de mi lira
tú, la preciosa ondina de mi lago ;
¡ qué te has hecho princesa de mi reino
que has dejado desierto mi palacio ?

Doquier que tiendo la mirada ansioso,
solo encuentro las huellas de tu paso,
pero á tí no te encuentro, ídolo mío,
porque tú de la muerte al beso helado,
rodaste, como rueda una azucena
que el vendaval desprende de su tallo.

Y hoy duermes en la tumba, como duermes
la dulce amada de Efraín ; y es largo,
tan largo el sueño que cerró tus ojos
en que ardía, hecho numen, por lo sacro,
el fuego del amor de los amores,
que es en vano llamarte, porque en vano
despertarán mis súplicas un sueño
para el cual el Supremo como halago
te brindó su nuphente en copa de oro
depositando un ósculo en tus párpados.

¡ Oh ! Si dable te fuera
despertar de tu sueño como Lázaro
y á mí venir envuelta en ese nimbo
de luz que cifien los radiantes astros,
¡ cómo te viera yo ! ¡ cómo te hablara
tras la honda pena que me affige tanto !
¡ Qué abrazo á tí me uniera tan inmenso
y qué ósculos tan castos
en tu nevada frente dejarían,
en noble arranque, mis resesos labios !

Y entre tanto deliro !... ¡ Oh... sí... despierta !
Vén un instante con tu traje blanco,
la sien ceñida con las níveas flores
de la que aguarda que su bien amado
la conduzca á ese templo en que se juran,
enlazadas las manos,
la unión eterna de dos almas buenas
que en el amor tuvieron su regazo.

Vén ; oh, mi novia pálida y hermosa !
posa en mi boca tus carmeños labios,
confunde tu mirada con la mía,
estréchame en tus brazos,
cántame la romanza de los seres
que en celestial deliquio se arrullaron,
y así, en el lecho de la tierra fría,
sin inscripción, ni título de mármol
reposemos los dos, para que juntos
y por siempre durmamos
el sueño de la tumba, que es el sueño
de los que amor eterno se juraron !

L. TORRES ABANDERO.

1896.



EL MARISCAL BLANCO — Jefe de las fuerzas españolas en Cuba



SAN JUAN DE PUERTO RICO

PAGINAS OLVIDADAS

AL 17 DE DICIEMBRE DE 1843

PRIMER ANIVERSARIO DE LA ENTRADA DE LOS RESTOS DEL
INMORTAL SIMÓN BOLÍVAR LIBERTADOR, PADRE DE CINCO
NACIONES, EN SU PATRIA LA CIUDAD DE CARACAS

Pasó ya el 17 de Diciembre . . . pasó para no volver más . . .

Sumióse en lo pasado; con sus recuerdos patéticos, con su diluvio de lágrimas, con sus profundas emociones, con su lúgubre magnificencia . . .

¿Lo describiremos? . . . ¿Hay mano venezolana que hoy pueda describir? . . . Cuando el alma no basta á contener el volumen de los afectos, cuando se cierran los ojos para reconcentrarnos en la contemplación de los más tiernos y los más grandes sentimientos, ¿dónde hay pulso para dibujar cortinas, columnas ni catafalcos?

¡Queden esas relaciones de los sentidos, para cuando el corazón se haya descargado de esta gravitación que lo comprime!

Vimos . . . sí . . . vimos entrar en la cuna de la Independencia la espada que la conquistó . . . Rendía su largo viaje . . . Cumplida su misión, vino á descansar perpetuamente en la tierra de donde salió . . .

No venía ahora de conquistar nuevas regiones para la libertad; ni orlada con laureles acabados de arrancar sobre los Andes . . . No . . . ya no hay pueblos esclavos en América, ni ejércitos, ni pendones opresores.

Bolívar en su tránsito sobre la tierra los estirpó, y fundó el imperio perpetuo de la libertad.

¿De dónde venía? . . . De Santa Marta . . . De la hacienda de San Pedro . . . donde Bolívar murió . . . donde fue sepultado . . . donde permaneció doce años; . . . en tanto que desde el Atlántico hasta el Pacífico, desde el manso Guaire, que le vio nacer, hasta el remoto La Plata, que ciñe los antiguos dominios del Sol, sólo se encuentran sus magníficas hechuras: cinco naciones independientes y para siempre libres: naciones con gloriosos trofeos, con ejemplos soberbios de hazañas y de proezas, con historias heroicas que emulan las páginas doradas de la Señora del mundo, con anales políticos que leerían con encanto en las plazas de Tebas y de Atenas los antiguos genios de la libertad.

Allí, cruzada al pie del sepulcro; allí venía la *espada redentora* . . .

Y los ojos de toda la población, con ansia desconsolada, buscan el brazo, la mano que conduce la espada de Bolívar. ¡Ah! Era el brazo invisible de la muerte, su mano siniestra, su horrenda mano . . .

Tendida sobre un cojín funerario, sola, para siempre envainada, sin movimiento intencional, entraba por las puertas de Caracas y atravesaba sus calles, lenta y silenciosamente, la estrella que condujo al pueblo venezolano en su larga y sangrienta peregrinación, desde las cavernas de la esclavitud hasta el paraíso de la libertad . . .

En medio de aquella dilatada carrera, preparada por un pueblo entero con asiática suntuosidad para recibir por la última vez al padre más querido; en medio de aquella escena, ceñida por toda la población, que la empapaba en lágrimas, nada buscaban los ojos sino á Bolívar, y nada encontraban sino la nada de la muerte . . .

Pasaban con su marcha lenta y músicas emponzoñadas por el dolor, los cuerpos enlutados, formados por el patriotismo de los ciudadanos para hacer la última guardia al Padre de la Patria, y adivinando los sentimientos que agitarían el pecho del antiguo *Ejército Libertador*, si le hubiera cabido en suerte el acto tremendo de las exequias de su General, los semblantes graves y entristecidos de nuestros voluntarios revelaban las impresiones amargas del corazón.

Pasaban los colegios, y los tiernos infantes, asidos de las manos, también llevaban sus ojos arrasados y mostraban el dolor en sus rostros inocentes. Y cuando acertaban á ver en las altas galerías levantadas en las calles, á sus madres y familias, anegadas en llanto, daban rienda al duelo de sus sencillos corazones, y nuevas y abundosas lágrimas corrían para desahogarlos . . .

Pasaba el coro glorioso, el grupo enternecido de los antiguos veteranos, con sus viejos uniformes, con las insignias que ganaron en los campos de batalla, y sus frentes inclinadas reverenciaban una vez más á su antiguo General. Descuidadas las espadas, cruzados los brazos ó las manos, recordaban, con el nudo del dolor al cuello, las hazañas que dieron vida á la Patria, la mirada penetrante de su caudillo, sus palabras de libertad, honor y gloria . . .

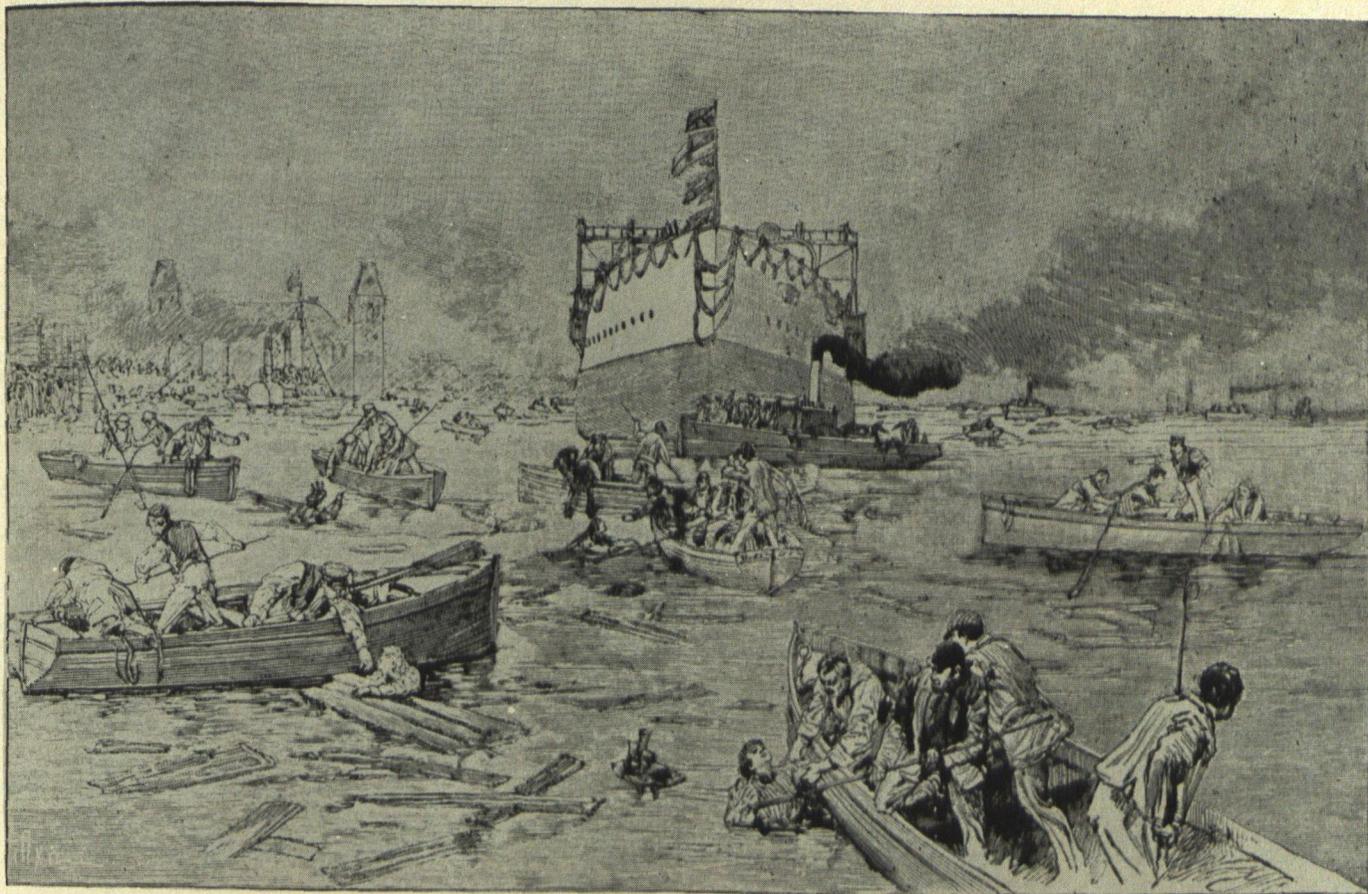
¡Veteranos, padres de la Patria, fundadores de tantos pueblos y de tantos derechos, hombres heroicos, vosotros representábais en aquel momento una época entera de grandezas y prodigios! Allí veíamos todos, sobre vosotros y en torno de vosotros, laureles eegados en San Félix de Guayana y en los antiguos muros del templo del Sol: laureles de Boyacá y de Ayacucho: laureles de Carabobo y Bomboná. Y aquella marcha lenta, que el dolor hacía vacilante, nos recordaba en contraste la marcha arrogante de los días de sangre y gloria, cuando esas frentes andaban erguidas y esas espadas empuñadas . . . Pero, ¡ah! . . . Entonces os presidía el hombre de la Victoria . . . que hoy . . . tendido en un sepulcro . . . sí, debéis llorar, á torrentes, como esos ángeles que van delante de vosotros, y agregar vuestras lágrimas á las suyas, porque con lágrimas debe ablandarse la carrera de ese sepulcro, y porque en torno suyo deberían derramar lágrimas todas las generaciones americanas. Empapad en lágrimas esas insignias, que el GRAN CAPITÁN puso sobre vuestros hombros en los días del heroísmo . . . Y cuidado que no se sequen esas lágrimas, las últimas y más sublimes pruebas de vuestra virtud . . .

Pero yo he vuelto al 17 de Diciembre . . . al día que ya pasó . . . Es que lo veo, lo contemplo, estoy en él . . . No: el 17 de Diciembre no ha pasado ni pasará nunca. Le tendremos siempre delante de nuestros ojos . . .

Pasaban esos cuerpos y esos grupos, al triste compás de tambores ensordecidos y músicas funerarias, y en cada paso, en cada golpe, el alma sentía una emoción, cada vez más profunda, siempre inexplicable, intensa, misteriosa.

Allí está la ciudad entera, allí está Caracas, pero sin voz: el dolor embarga todas las facultades: ni aun se suspira, porque el corazón, avaro de su propio sentimiento, lo concentra todo, y en su propia nobleza busca el único consuelo que le queda, el consuelo de sentir . . .

No llaman la atención las niñas hermosas, ni sus costosos lutos, ni el adorno de las calles, ni las pirámides y columnas truncadas que simbolizan de trecho en trecho el imperio de la muerte. Las lámparas funerarias no se ven arder: ¿qué son sus llamas temblorosas, imagen del desconsuelo, al lado del quebranto de todos los corazones desola-



Catástrofe ocasionada por el lanzamiento del "Albión" en Blackwall, cerca de Londres

dos? Aquellos largos y aguzados estandartes, cuya figura recuerda las amargas y prolongadas desgracias del pueblo del Señor, y cuyo color denota el dolor profundo, nada nos decían, nada significaban. La vista desafiaba los trofeos, y se apartaba de los colores del Iris que refleja el pabellón de Venezuela: él había perdido sus encantos: temíamos que pudiera distraernos de la honda contemplación del espectáculo tremendo . . . Bolívar muerto! . . .

¡ Entra en Caracas, y no le vemos! . . .

Descansa en un cojín negro, inmóvil, aquel sombrero que por estas mismas calles vimos sobre la blonda cabellera del ángel tutelar de un mundo, del terror de los tiranos, del creador de las naciones americanas. Aquel sombrero con que gallardamente saludaba al pueblo, cuando le enseñaba á victorear la igualdad santa, la libertad santa, la celestial independencia . . . Aquel sombrero sobre que tantas veces descendía una lluvia de rosas y laureles, con que las hermosas y patriotas caraqueñas manifestaban su amor y su admiración. Aquel sombrero viene despojado de sus plumas blancas, negras gasas lo circundan, los soberbios galones con que el ostentoso Perú quiso ornamentarlo, perdieron su brillo en las campañas, en el desierto de Sechura, allá sobre el Pacífico y los Andes; y hasta los brillantes colores de Colombia, Perú y Bolivia, se gastaron en los del Ecuador y se acabaron de gastar en Santa Marta . . . Entra por las calles de Caracas, y no se levanta en alto saludando al *pueblo soberano* . . .

Madres enternecidas, llorad... sí... llorad...

El no existe . . . le buscáis en vano. Hallad un consuelo en la misma profundidad de vuestro dolor. Lo que buscáis ansiosas y olvidando cuanto os rodea, viene en aquel monumento que divisáis á lo lejos, disputando su altura á los edificios, y que todavía ocultan tantos lúgubres emblemas, geroglíficos y corporaciones.

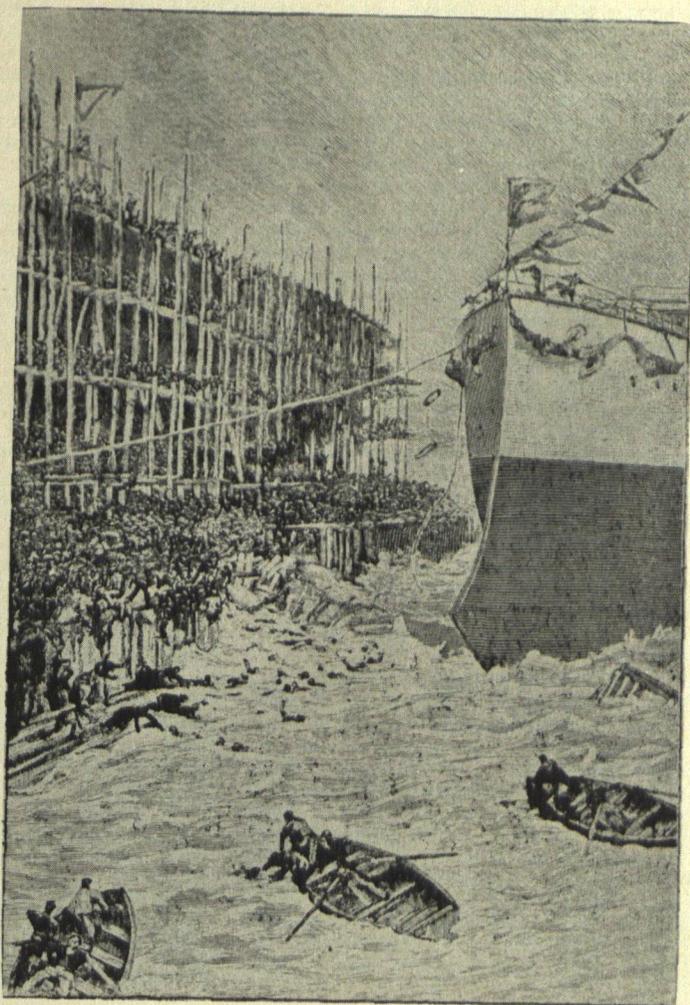
¿ A qué, diréis, á qué interponer tantos objetos entre Bolívar y su pueblo? Que llegue; lleve al galope en su caballo de batalla, oigamos los gritos de victoria que siempre re-

sonaron á su alrededor: veamos sus ojos, sus ojos que inspiraban el heroísmo: llegue y nos diga: ¡ *Caraqueñas! ¡ viva la América libre!* y gustosas veremos que le siguen nuestros esposos y nuestros hermanos, y volveremos á entregarle nuestros hijos para que les enseñe el sendero de la gloria . . .

¡ Infelices! Os engaña la fantasía . . . Viene . . . sí . . . pero viene tendido, inanimado, yerto . . . Aquellos ojos se cerraron para siempre: aquella lengua no puede llamarnos, ni volver á victorear á su pueblo; ni late ya aquel corazón de fuego; ni existe el genio, que semejava al destino, decretaba los derechos de los hombres, sacaba pueblos libres del seno de la esclavitud, separaba un mundo de otro mundo, y ministro del Omnipotente, le fijaba para siempre nuevos y magníficos destinos.

¿ No os véis enlutadas? ¿ No véis las lágrimas del pueblo entero, ni ese silencio universal, ni ese compás sordo y despedazante que atormenta las potencias? . . .

¿ Qué tiene de ex-



traordinario, qué de grande y misterioso este día terrible? Es que se combaten, se mezclan, y van á devorarse dentro del pecho dos afectos, dos pasiones, dos delirios contrapuestos. Caracas recibe á su hijo, tanto años ausente, tantos años llorado; nosotros recibimos á nuestro padre querido; él viene á la tierra en que nació; el honor de nuestro nombre parece recuperado; la verdad y la justicia son redimidas; en este día reintegramos la gloria nacional . . .

¿Pero qué recibimos? Cenizas yertas . . . Un sepulcro . . .

Vamos á pisar los umbrales del templo de la gloria, alzamos los ojos, y encontramos las puertas de la Eternidad . . .

Por intervalos nos imaginamos á Bolívar tal como le vimos, tal como le concebimos siempre, como se nos ha representado veinte años; recordamos que entra en Caracas después de sus desgracias, triunfando de todas ellas; y atenta el gozo al corazón, y asoma en el semblante un rayo de placer: instantáneamente este relámpago desaparece y vuelven las tinieblas del dolor. No es esta una noche obscura solamente, sino una noche tenebrosa: córtanla centellas de placer para hacer más profunda su oscuridad, para más confundirnos y anonadarnos.

¿Por qué son dorados esos emblemas de las provincias de Venezuela que marchan delante del féretro de Bolívar? ¿Por qué han dorado ese túmulo gigante que atormenta nuestra impaciencia con su extraordinaria lentitud? ¿A qué se figuran trofeos, naciones libertadas, cadenas rotas, ni mirto ni laurel cuando viene Bolívar muerto? Si él no existe, nada queremos ver; sus glorias las sabemos nosotros, sus hechos los sabe el mundo; él es superior á todas las alegorías á todas las imágenes . . . á todo lo que se puede concebir . . .

¡Mitad encantadora de Caracas, yo adivino vuestros corazones!: hermosas matronas, vosotras sois las mismas que en los días de gloria, vestidas de ángeles, os presentábais como genios divinos delante del carro triunfador, con cestas de flores exquisitas, con primorosas palmas, con coronas de laurel, con guirnaldas caprichosas, dirigiendo al héroe gracias enternecidas y alabanzas angelicales. Vosotras recordáis sin duda aquellas arengas, que Bolívar contestaba con tanta sublimidad, con tanta gracia y elocuencia. " *Dos coronas me presenta un ángel: (decía una vez) esta de flores representa los derechos de los colombianos: esta corona corresponde al pueblo,*" y la arrojaba sobre el inmenso gentío, embriagado de admiración. " *Esta otra es de laureles, corresponde al Ejército Libertador; todos habéis sido soldados del Ejército: todos sois Libertadores: esta corona es vuestra:* y la arroja también al pueblo, que llevaba su entusiasmo hasta la idolatría. Recordando tantos portentos, vivas las escenas del heroísmo, grabadas indeleblemente en los corazones tantas grandezas, ¿cómo no habéis de llorar, caraqueñas, estrechando contra el seno vuestros tiernos hijos? Y ellos lloran, porque aman también á Bolívar, sin conocerle: le aman por encanto, con un amor puro, indefinido, mágico como la grandeza de Bolívar . . .

¿Y qué nuevo clamor se levanta, sordo y tremendo, que sorprende y despedaza el corazón? ¡Ah! es la presencia del terrible monumento . . .

¿Cómo no ha de llorar el pueblo huérfano . . . al percibir el grave canto de los sacerdotes, las cruces, los cirios; y las insignias con que las iglesias quieren endulzar el acto despedazante? No son himnos de victoria . . . no son canciones de libertad . . . son plegarias al Sér Omnipotente por el descanso eterno del Padre de la Patria . . . En este momento vemos correrse enteramente el velo del desengaño: las puertas de la muerte parecen abiertas de par en par: un espacio indefinido, la misma eternidad nos separa de Bolívar para siempre . . . Rompe entonces el dolor todos los diques, y el llanto universal

se levanta en ruido lastimero, y llena los aires, y parece levantarse hasta los cielos.

Si alguna relación pudiera existir entre el cadáver y los que todavía respiran, si exhálándose millares de almas pudiera infundirse una sola en el cadáver, millares se habrían exhalado. Bolívar se hubiera levantado del sepulcro: todos hubiéramos dado nuestras vidas por la suya . . .

Si el caballo de batalla, con los jaeces que lucieron en Junín, cubierto de sedas negras y entristecido, había sido un objeto de general consternación, ¿cuán impetuoso no sería el torrente de amarguras que produjo la presencia del terrible monumento? . . . Aquellos caballos, envueltos en largos mantos y separados del carro, iban diciendo delante de él, que el pueblo de Caracas no había querido que su LIBERTADOR entrase como los Príncipes y Emperadores de la tierra, tirado por irracionales; y que apoderándose de los cordones que debían uncirlos, había querido cargar de la manera posible el sepulcro de su padre . . .

Aquel grupo en que se veían tantas insignias venerables, representaba la historia entera de Colombia, la guerra de la independencia, todos los reveses y todos los triunfos, todos los infortunios y victorias: los grandes pendones, los Congresos y las leyes fundamentales de cinco pueblos: allí venían sus antiguos edecanes, sus secretarios, sus tenientes y generales, sus más tiernos y queridos amigos, fieles y constantes compañeros. Uno nombraremos entre todos: allí venía IBARRA: el que resistió todas las campañas, todas las expediciones famosas, todos los grandes hechos. Sin más insignias que sus antiguos bigotes, venía al lado de su General, exhaustos ya de lágrimas los ojos, asiendo con ambas manos la base del carro funeral: él no veía nada de cuanto le rodeaba: tiraba á veces del carro, absorto y encantado, como si él solo nos trajera aquel depósito precioso: y en otras lo contenía con filial cuidado, como si temiera que se lastimara su General . . .

Ah! cuántos ayes hizo exhalar aquel espectáculo lamentable! Si volviendo la vista en torno nuestro, hubiésemos visto un ojo enjuto, un gesto indiferente, habríamos huido de horror, nos habría espantado la salvaje tranquilidad.

Por todas partes, manos angelicales acostumbradas á regar flores al paso del Libertador, gozan el noble placer de regarlas, sobre su sepulcro. Son ángeles los que se disputan esas flores para regarlas, al tiempo mismo que sollozos abundantes desahogaban el corazón.

En fin, pasó el féretro, y el Gobierno, y los altos funcionarios, con la lista diplomática, las Cortes y Concejo, con el resto de aquella lúgubre y enternecida procesión; y nada vieron en las calles, balcones y galerías, sino rostros bañados en lágrimas, rostros ocultos, que devoraban su sentimiento. Los ilustres extranjeros que naciones poderosas encargaron de tributar un honor tan singular á las cenizas del Libertador de América, no pudieron contener sus lágrimas . . .

¿Y qué, si hubieran visto después de todo, la entrada del féretro en el espacioso y enlutado templo? Abierto el gran túmulo, y sacado el sepulcro por los marineros de la Constitución, los antiguos jefes militares simultáneamente se arrojaron á él, lo tomaron en brazos, lo levantaron sobre sus viejas charreteras, y Bolívar fué sobre las estrellas de generales por entre aquellas naves enlutadas hasta el magnífico catafalco . . .

Un ataúd, que lleva un nombre inscrito entre cinco escudos de naciones fundadas por aquel mortal, descansando sobre las estrellas de tantos caudillos de la independencia, entre muros y columnas cubiertos de luto, entre tantas banderas arrolladas y escudos y trofeos, entre tantas hachas funerarias que arden con las llamas del dolor, entre las estatuas abati-

das y desconsoladas de las naciones que un mortal fundó, y depuesto luégo en medio del templo del Señor, con los pendones de Pizarro puestos á sus pies y una cruz sobre su cabeza, parecía un testimonio singular, escogido por la Providencia, para representar á un tiempo el pináculo de las grandezas humanas y la nada del mundo. Ya depositado, vimos ocupados todos los asientos, todo el ámbito del edificio. ¡Con cuánto recogimiento, con cuán absorta contemplación, con cuánto asombro, mezcla sagrada de piedad y de ternura, asistimos á los oficios religiosos y acompañamos la voz del Pontífice al Trono Omnipotente! Pedíamos la dicha eterna del que había hecho eternas nuestra independencia y libertad!

Un orador ilustre subió entonces á la cátedra á derramar los consuelos de la Religión en todos los corazones. Si hay un bálsamo para la profunda herida de tan lamentable pérdida, ese bálsamo estuvo sin duda en los labios del orador: la sabiduría humana y la unción divina vinieron á contener nuestros espíritus desfallecientes.

Abatidos, sin embargo, extenuados, abrumados de dolor, sólo nos consuela la idea de tener entre nosotros las cenizas de Bolívar . . .

Si: la voluntad de la Nación, convertida en ley, ha vindicado nuestro carácter, ha rescatado la verdad y la justicia, ha redimido la gloria de Venezuela y de la América . . .

El pueblo, con millares de demostraciones patrióticas y sublimes, se ha hecho digno de la más grande y noble de las propiedades: LAS CENIZAS DE BOLIVAR.

ANTONIO LEOCADIO GUZMÁN.

ZULEIKA



REVES pero interesantes rasgos son los de la historia que vamos á narrar. Es bella en sus episodios, aunque triste como todo lo de este bajo mundo.

Sintetiza la protagonista la dulzura y la altivez, lo que en ella era genial, significativo y propio de su raza, casi salvaje, fiera y orgullosa, quizás esto último por un concepto de superioridad natural, justificado en parte por el espíritu de fidelidad á la consigna de una ley de la naturaleza que rige sobre las almas, ley que es vínculo de estrecho engranaje y lazo de unión entre las primitivas condiciones morales de tradiciones remotas con las expansivas manifestaciones del espíritu de nuestra civilización.

Un grupo de la noble raza que pobló todo el Continente, del que más tarde fue llamado América, desprendido de la masa más importante con asiento de instituciones, artes, industrias y cultos, en vastos Imperios, detuvo su nómada movimiento y se fijó en la Península que tomó por nombre *La Gogiro*. ¿Dio aquel grupo su nombre á la comarca que elegía para instalarse? Quizás y ese nombre alcanzó á significar en el transcurso de los tiempos la altivez del carácter y el orgullo nativo. ¡La conquista lo diezmaró pero no lo sometió! Ella que abarcó todo un mundo, tuvo que respetar al cabo á aquel puñado de fuertes lidiadores; y cuando cayeron sangrientos y desgarrados Imperios y Tribus, quedó representando la alcurnia y la tradición el grupo *Gogiro*, á quien la Colonia, primero, y dos Repúblicas, luégo, no intentaron domeñar.

*

Zuleika era originaria de esa raza, descendía por sangre, tipo é indole, de esa étnica porción autóctona del Continente. Fuera de la caracterización que da unidad á la raza, tal el bronce en el colorido, la tersura de la piel, la abundosa y negra cabe-



LOS PRIMEROS ENCUENTROS EN CUBA

llera, lacia y de grueso hilo, ancho pecho, con la faz redonda y menudo el pie, se distingue de sus congéneres en la expresión de la mirada,—no suave ni humilde,—sino de intenso brillo, como relampagueando al impulso de sus impresiones; de igual manera también que desde temprana edad demuestran en sus arranques, brusquedades y viriles actitudes, rabia y fiereza, desdén y orgullo.

*

La trata del negro en Africa tiene su copia en América con el indio. Allá es víctima el vencido en la guerra, como era ley en la antigüedad asiria, griega y romana; acá es el empleo de la astucia, y la corruptora idea hace cómplices entre los miembros de la tribu, cambiándose por abalorios y alcohol las tiernas criaturas. Excepción hecha de los padres, todos venden, principalmente, los parientes más cercanos. Los blancos, ó sean así llamados desde la conquista, los extorsionadores, son los compradores.

Así fue vendida Zuleika hace doce años, por uno de sus parientes á un sujeto de Maracaibo, quien recibió el encargo de un caballero de Caracas que quería para la compañía de su esposa una hija de la *Goagiva*.

Ella rememoraba algo de aquellos sus primeros años, y lo que más impreso quedó en su tierna mente fue que en ocasiones cuando su padre trabajaba en las faenas agrícolas, al sentirse en los alrededores algún ruido, le decía: “Escóndete”—y ella entraba en las malezas, agregando su padre: “puede que sean los blancos.”—¡Era el temor á los compradores de gente!

*

Creció Zuleika en el hogar de un artista, bajo el amparo de un noble corazón y fue educada como una señorita de la mejor sociedad. Llevada á Europa, vio y aprendió todo lo que se ve y se aprende por una joven honesta é inteligente en aquel foco de luz. A la edad en que fue apartada de la selva balbuceaba apenas en su bella lengua una

que otra palabra, no olvidando el nombre de su hermanito que había quedado allá en las soledades de su patria. *Uruguanaí* era el nombre de aquel, que solía pronunciarlo, así como no dejaba de recordar que llamara al cielo *cirna*, á la luna *cuchi*, al sol *cahó*, al trueno *terená*, y otros nombres goagiros más, á pesar de conocer ya dos idiomas, el español y el francés, prefiriendo hablar en éste, quizás por más sintético. Esas reminiscencias de la *Goagiva* no influyeron en su ánimo para impedirle la adopción de las nuevas costumbres y tan distintas condiciones de vida. En ella no sucedió lo que se ha notado ser común entre la generalidad de los hijos de la *Goagiva*, que tienden siempre á volver á las selvas y prefieren aquella existencia á la vida civilizada. Tal fue lo que sucedió con un joven *goagiro*, que criado en una honorable casa de Maracaibo, llevado luego á Europa donde se educó aprendiendo cuatro idiomas, las reglas mercantiles, las matemáticas, y algo más, al regresar, ya hombre á Maracaibo, desapareció una mañana, y á poco se recibió una carta de él, muy sentida, manifestando que le era imposible resistir al impulso que le reintegraba á las selvas: que así había resuelto cambiar los goces de la civilización por las costumbres de su tribu, los conocimientos adquiridos por la tranquila ignorancia de sus hermanos, y las conveniencias del traje por el desnudo libre.

Pero era que Zuleika había hallado en el seno de su nuevo hogar, corazones sensibles que armonizaban con el suyo; y si no olvidaba á su familia y á sus selvas no era bastante ese recuerdo á aminorar el amor que sentía por el artista á quien llamaba *papa*, y quien la adoptó por hija.

*

Tenía diez años estando en París, y se alojaba en el *Hotel Terminus* con sus padres, en la época en que un Príncipe abisinio visitaba la Francia, á quien llamaron *el Rey negro*. El Gobierno francés obsequiando al

Príncipe le había destinado magníficos departamentos en el citado *Hotel*, para él y toda su lujosa comitiva. Aunque en traje de *lujo abisinio* por su categoría, andaba descalzo.

Era una mañana, y descendía la escalera el *Rey negro*, cuando se produjo un gran movimiento y ruido no común, de voces, aplausos y risas, del numeroso servicio y concurrencia de hospedados y visitantes. Ocurría algo muy extraordinario, esto en los momentos en que nuestro artista bajaba buscando á Zuleika, que curiosa se daba al placer de recorrer el *Hotel*. Ya al pie de la gran escalera la encontró rodeada y agasajada por multitud de personas, que ensalzaban repitiendo las palabras de la escena que acababa de tener efecto:—Cuando descendía el *Rey negro*, Zuleika se le quedó mirando con profunda atención, y de pronto, con aire altanero y superioridad manifiesta, le apostrofó así:

*¿N'as tu pas houte de marcher les pieds nus ?
¿Va-donc acheter des souliers ?*

El *Rey negro* se detuvo un instante, brilló su mirada con feroz expresión, y en seguida siguió con pausada marcha, al parecer sereno.

¿Qué había pasado por la mente de la hija de las selvas, donde vive su raza, sin trajes y sin calzado alguno? ¿Era la influencia de la civilización, ó era que despertaba en ella la genial superioridad de la tribu? Preguntada, sólo dijo que era insoportable aquel modo de presentarse en público.

*

Había cumplido diez y seis años, y ya minada estaba por la carcoma horrible que consume á casi todos los *goagiros* fuera de sus selvas: la tuberculosis.

Amada entrañablemente por sus padres adoptivos, iba acercándose el instante supremo de la ausencia eterna, y en ese largo y penoso período de la incubación de la muerte por la tisis, daba Zuleika en cada momento una patente muestra de la unión

íntima realizada ya entre el blanco que fue el extorsionador de su raza, y ésta que posee todos los atributos de la nobleza del alma.

Con la poesía de su sencillez natural y la tierna inflexión del amante cariñoso á su padre, exclamó ya para morir:

—“*Le petit oiseau s'envole!*”

¡Y expiró!

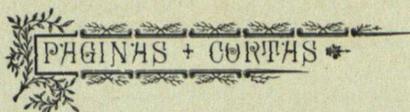
Coincidencias: resonaba en esos momentos el estampido del cañón que celebraba el cuarto centenario del descubrimiento del Continente, hecho que inició la desaparición de una raza, el establecimiento de la trata, y la instauración de una falsa democracia compuesta de expoliadores políticos y de ciudadanos esclavos. Al propio tiempo otros estampidos formidables hacían desaparecer el poder español, del suelo de la América.

El último suspiro de *Zuleika* parece que se llevó con él ¡Adiós! del que fue conquistador la rebeldía ingénita de su raza.

¡El amor al padre adoptivo, al artista y al caballero, puso un sello á la contienda de cuatro siglos, reconciliando dos razas.

T. MICHELENA.

1.º de agosto de 1898.



Una chispa bajo la ceniza

(POR CHARLES BUET)

I



HACE treinta años se citaba entre los brillantes partidos que el arrabal de Saint Honoré y la Chaussée-d'Antin presentaban á los caballeros á la moda, el de la señorita Noemi Dardallon, hija única del general barón de Dardallon, antiguo resto del primer Imperio.

Y no porque la señorita Noemi Dardallon fuese una belleza; pues pequeña y regordeta, demasiado morena y con los cabellos espesos y toscos que semejaban un casco de azabache, carecía de lo que se llama *distinción*; aunque por otra parte estaba muy bien educada, poseía un carácter circunspecto, pintaba á la acuarela, gustaba de la música, no desdénaba la poesía ni los poetas, y era una mujer de su casa con excelentes condiciones de gobierno. Agréguese á esto que su padre el general y la baronesa su madre, ponían cien mil escudos en la cesta de su hija el día de firmarse el contrato, reservándose atender con otros cien mil á sus gastos personales, y se comprenderá que los pretendientes no faltaban.

Noemi Dardallon ataba á su carro un lugarteniente de guías, un gentil-hombre de Bretaña, un vizconde angevino, un auditor al Consejo de Estado y un rentista, que espera hacer fortuna con la dote de la mujer que lo aceptase por esposo.

Por poco inteligente que fuese la joven ponía en práctica aquella hermosa fábula del buen hombre La Fontaine, haciendo jugar á sus adoradores un triste papel, pues desdénaba al gentil-hombre de Bretaña, se divertía con el hidalguillo de Anjou, burlábase del kepis del oficial y de la casaca bordada del auditor, y se reía del calvo y desdentado banquero cuando éste le declaraba su amor.

Fue entonces que se presentó un nuevo competidor dispuesto á hurtar la presa que los otros asechaban. Fernando Malaussye, abogadito rubio, obeso, con diez mil francos

de rentas, huérfano que cruzaba dulce y alegremente el camino de la vida.

Tuvo la ingenuidad de enamorarse y la torpeza de hacerlo comprender. Las Noemis independientes y ricas, orgullosas de las charrreteras de papá y de los diamantes de mamá, no tenían sino un aprecio platónico por los abogadillos destinados á pleitear en el palacio de justicia causas suministradas por los juriconsultos de primera categoría.

El joven, sinceramente prendado, hizo su corte con perseverancia: despoja al lugarteniente, que fué á consolarse á otra parte; descarta al gentil-hombre, que se destierra al castillo de sus padres; pone en entredicho al vizconde; envía á paseo al auditor; y convida al banquero al bosque de Mendon donde le envía una bala en presencia de cuatro testigos y de un cirujano.

Con todo, Noemi no se sentía satisfecha. ¿Por qué se mezclaba en sus asuntos el abogadillo? Le había repetido muchas veces que no se casaría con él. ¿Qué esperaba para retirarse?

El general fumaba su pipa muy descontento de ver á su hija en camino de vestir santos; y la generala no escondía su mal humor al ver que su amiga la condesa de Romassot acababa de casar á su novena hija.

Sin embargo, les disgustaba á ambos que un abogadillo sin bigotes y con tan mediocre fortuna tuviese el atrevimiento de solicitar la mano de la señorita Dardallon: hubieran querido despedirlo brutalmente; pero no se atrevían á proceder así con un hombre que se deshacía de sus rivales á pistoletazos y que sitiaba tan intrépidamente la plaza hasta obligarla á capitular.

Se resignaron, pues, á la más franca explicación y fue el general quien se encargó del asunto.

Había resuelto otros de igual índole y lo abordó sin temor:

—Señor; dijo al abogado, amáis á mi hija que no os ama. No os reprocha nada, pero no le agradáis. Como es rica puede escoger marido á su gusto; como es caprichosa acaso lo escoja inferior á vos: en todo caso está decidida á no ser la señora Malaussye. Estoy encargado de participároslo y os ruego aceptéis la expresión de mis sentimientos.

—General, vuestra franqueza no me desagrada—respondió el abogado levantándose, el sombrero en una mano y el bastón en la otra. No sé con quién se casará la señorita Noemi; en cuanto á mí no me casaré sino con ella. Dignaos decírselo, agregando que no me doy por vencido: tengo dos fuerzas contra las cuales nada prevalece: el tiempo y la casualidad. Tengo el honor de saludaros.

II

El pescadito vendrá á ser grande
Con tal que vida le preste Dios.

dice el fabulista.

La guerra, los acontecimientos del año terrible trajeron muchos cambios.

Fernando Malaussye fue primero soldado, luego sub-prefecto, después Consejero general, llegó á Diputado y estuvo á punto de ser Ministro. Solicitó una silla de Senador inamovible y la obtuvo; la Embajada de Suavia por poco le pertenece; vacila entre una Tesorería general y la Presidencia de una Corte y acaba por vestirse el traje escarlata y la toga de armífo de los consejeros de la Corte de Casación; buena carga sin mucho trabajo y punto de vista sólido y confortable.

Haciendo camino dobla su patrimonio con la herencia de un tío—hay todavía algunos en América;—juega á los fondos públicos, y gana; por no singularizarse entre sus amigos, prende á su ojal una roseta y á su cuello la encomienda del León de Suavia; publica tres ó cuatro libros que su secretario le escribe á buen precio y reemplaza en la Aca-

demia de Ciencias morales y políticas al famoso economista Bartavin.

A los cuarenta y seis años que tenía se encontraba en el apogeo. Bonnat exponía su retrato de toga, valona y birreta. Comía los lunes con una condesa, los martes en casa de una marquesa, los viernes al lado de una baronesa y los domingos en un restaurant á la moda.

El único defecto de Fernando Malaussye era su horror al matrimonio.

En la vida agradable y libre de celibatario galanteador, de egoísta refinado y sutil, tenía de vez en cuando que cumplir algunos deberes.

Una tarde, entre otras, la condesa, que protegía á una pianista, á una citarista y á una guitarrista, puso á Malaussye en la obligación de asistir al concierto perpetrado por estos tres artistas.

La condesa tenía un salón que pasaba por antecámara de la Academia, donde daba las comidas más exquisitas y servía de Egeria al crítico influyente de la Revista de las letras.

Malaussye se comprometió á no faltar.

Con todo llegó un poco tarde y se deslizó en la última fila de sofás, al lado de un antiguo Ministro silencioso y taciturno que saludaba entre dientes.

Pocas mujeres hermosas y pocos vestidos elegantes.

En primera fila Malaussye avistó, sin embargo, un rostro simpático: una señorita morena, gorda, de cabellos espesos y achatados sobre la frente, vestida con una modesta saya de satén negro y adornada de joyas artísticas, pero que denunciaban su escaso valor.

Le parece reconocer á esta persona: los ojos negros despiertan en él ciertos recuerdos.

Avanza una hilera, después dos, y, aprovechando un entreacto, saluda cortesmente á la dama sin saber si se arriesgaba.

De repente, consternado, alegre y estupefacto á la vez, se aproxima á ella rápidamente murmurando:

—Sois vos?

—Sí; yo.

—La señorita Noemi Dardallon.

—El señor Fernando Malaussye.

Y los dos juntos:

—Cuánto placer de volvernos á encontrar.

Pero Noemi Dardallon, ruborizada, lacia, melancólica, replica en seguida:

—Ah! señor, cómo han cambiado los tiempos. El general Dardallon ha muerto arruinado por la guerra; en el mismo año mi madre, loca de dolor, me dejó huérfana..... De mi fortuna sólo quedan deudas..... trabajo para vivir.....

Y agrega precipitadamente, bajando los ojos:—Yo soy la citarista.

Fernando Malaussye, conmovido hasta el fondo del corazón, la miraba.

—Si no hubiese sido orgullosa, prosiguió ella con tono triste, hoy tendría el honor de llevar vuestro nombre..... En qué situación nos volvernos á encontrar!

Reía, pero dos lágrimas asomaban bajo sus párpados.

—Vais á permanecer mucho tiempo aquí!

—No; salgo al instante.

—Me permitiréis ofreceros el brazo?

—Con mucho gusto.

Cuando estuvieron en la calle y después de haber mareado silenciosos un cuarto de hora, Malaussye dijo:

—Me habéis negado vuestra mano cuando érais..... Hoy tengo cuarenta y seis años y vos cuarenta. Soy Magistrado, miembro de la Academia y condecorado; tengo treinta mil francos de renta que no debo á nadie. Dije en otra ocasión al General vuestro padre que el tiempo y la casualidad me traerían la revancha. ¿Queréis ser mi mujer?

III

Se casaron en el mes de julio último y fueron felices.

El alma de un niño

(POR JUAN AICARD)

EL NUEVO

Arrancamos un capítulo de esta encantadora obra donde M. Juan Aicard ha analizado con talento y delicadeza el alma de un niño infeliz, demostrando los inconvenientes del internado.

Estaban en la clase: la puerta de la octava se abrió y treinta ó cuarenta cabezas colocadas sobre cinco gradas en línea recta, se volvieron hacia mí. En frente de estas cabezas, en medio de la sala, se levantaba una cátedra donde tronaba la voz de un profesor en traje de juez. El profesor me miraba también.

—Señor—dijo el censor al maestro—os traigo el discípulo nuevo que os he anunciado.

—El censor se retiró y la puerta volvió á cerrarse dejando fuera la luz, el aire, la libertad, todo lo que es el bien común de los hijos de los hombres.

Cuatro ventanas con vidrieras empañadas se abrían hasta el techo raso; cuatro agujeros más bien que ventanas, que dejaban ver el fondo de un cielo taciturno. El cielo, demasiado lejos de nosotros, no se humaniza sino cuando descendiendo sobre los horizontes terrestres, donde parece que se pudiera tocar. Yo miraba las ventanas, después las cabezas que me expiaban con malicia, y luego al profesor que también me veía. De una y otra parte me observaban curiosamente. Permanecí sin saber que hacer. Si hubiese sido libre, si hubiera podido hablar según mi corazón, habría dicho al maestro:

—No es cierto, señor, que seréis bueno para mí? Os amaré si queréis y trataré de ser muy buen estudiante: amaré también á mis pequeños camaradas. Acabo de dejar mi país, un país que está ahora muy lejano y en el cual el cielo, los árboles y todo es más alegre que aquí. Deseo llorar porque he dejado allí á Tomasito y á León, y sobre todo á la gran Liseta..... Os amaré á todos y trabajaré con buena voluntad.

Tales palabras harían estallar de risa á toda una clase, si un profesor pudiese oírlas, y serían interrumpidas desde el principio. No las dije; solamente las pensaba.

Un relámpago de risa universal respondió á mi ensueño; seguramente tenía yo el aire de un bobo con mis brazos extendidos y mi gesto de pájaro salvaje arrojado por primera vez en la jaula de otros pájaros cantores.

Yo miraba al maestro; no parecía malo, pero no comprendía mi turbación: yo no era para él sino el nuevo, uno más, un sér sin personalidad, un niño, nada.....

Si hubiera sorprendido en su mirada un

poco de esa bondad parlante que conocía por haberla visto en los ojos de Liseta y en las grandes pupilas de mi asno, quizás me hubiera salvado de mis dolores; pero en mi angustia, ninguna simpatía humana venía á socorrerme.

Los niños comenzaron á secretarse empujándose con el codo; las risas comenzaron de nuevo.

—El primero que se ría será privado de paseo el domingo..... Vos, el nuevo, id á

Mi padre me había comprado la vispera unos puños de piel.

Yo temblaba de timidez, de vergüenza y de espanto.

—Dónde váis, pues?—dijo el maestro.—He dicho el tercer banco á la derecha.

Me encontraba en lo alto de las gradas y me volví hacia el maestro. Por este movimiento su derecha venía á ser mi izquierda; y además la tercera línea venía á ser la segunda para mí.

—He dicho el tercer banco á la izquierda.—repitió el profesor con cierta impaciencia—la derecha es vuestra derecha subiendo; la tercera hilera subiendo..... Y recalcaba las sílabas.

Las risas redoblaron; las chanzas partieron de todos los asientos: perdí la serenidad y me deslice en lágrimas.

—Vamos, amiguito, volvió á decir el hombre dulcificado bruscamente, no lloréis; y sobre todo, no desordenéis la clase. Robino, conducidle.

Un discípulo se levanta, me toma de la mano afectuosamente y me señala mi asiento. Oh! cuánto lo amé en seguida!

Como las risas no cesaban, el profesor los llamó al orden.

Leonardo, me copiaréis quinientos versos; Bernardo, poneos en aquel rincón á trazar líneas verticales; señores, pasemos á la gramática latina. Primera declinación.

La clase entera se agió. Las recitaciones comenzaron monótonas, zumbadoras cortadas por las observaciones del maestro.

Voces encarnizadas repetían por lo bajo, cerca de mí:—Piel de Conejo.

—Se ha puesto los manguillos de su abuela.

Yo miraba las ventanas; el cielo parecía más triste, más nebuloso que antes. Me puse á llorar silenciosamente, ahogando mis sollozos, mordiéndome los labios para no hacer ruido... Oh! Raimundo, dónde estás? Qué se ha hecho tu antigua escuela donde te dejaban las tardes libres para jugar al volante ó encontrar en la caballeriza tu burrito? ¿cuándo volverás á hallar á tu gran camarada que en los días de invierno y de lluvia te conducía en los brazos arropado en su gran capa. Oh, Dios mío! todas las pesa-

dumbres de aquel tiempo, todas las miserias de entonces me parecían verdadera felicidad al lado de mi estado actual. ¿Qué punzador recuerdo el de mi país! cómo lo echaba de menos! Mi corazón de pájaro cautivo latía hasta romperse. Sufrir en libertad, sufrir las penas naturales, humanas, hé aquí lo que pide el alma del hombre. No se puede formar el alma de un niño para la independencia, el valor y las nobles energías, haciéndolo morder de este modo por un engranaje sin piedad y sin conciencia. Entre los dientes de la máquina yo



Monumento de la familia Rodulfo en el Cementerio del Sur. — De la casa de Rovessi é Hijos.

sentaros en el tercer banco, á la derecha, cerca de la pared.

Traté de orientarme; tomé entre las cinco hileras de mesas y subí las gradas cuyos peldaños resonaban bajo mis pies de una manera aterradora: hacía demasiado ruido.....

Me encontraba en medio de cabezas mofadoras; uno de los discípulos me sopló cuando pasé por su lado.

—¿Cómo te llamas?

Una voz gangosa replicó cerca de mí.

—Es el señor Piel de Conejo.

aprende sino el servilismo cobarde ó la revoltosa desobediencia.

—El *nuero*, ¿cómo os llamáis?

Sabía muy bien mi nombre, pero quería que se lo dijese delante de los otros que se mofaban.

—Raimundo, señor.

Mi acento provincial me perdió: las risas redoblaron.

—Vuestro nombre de familia?

—Martel.

—Es marsellés, de seguro.

—No; de Gascuña.

—No; auvernés.

—Sabéis *rosa*, *la rosa*: repetid; *rosa*, *la rosa*.

Yo repetía en medio de las risas que se disimulaban tras de los cuadernos y los libros. Infinitamente desgraciado, me puse á declinar:—O *rosa*, de la *rosa*, en medio de sollozos cada vez más fuertes.

La campana del colegio señaló la terminación de la clase..... Oh! cómo decía otra cosa la campana de León cuando resonaba allí lejos, en medio de la luz y de las flores, cuando hacíamos el pabellón flotante y la escuela de honor á la grande Liseta!.....

ROSA, LA ROSA

Un día de salida traje una rosa, y para conservarla sin marchitarse el mayor tiempo posible, la coloqué en un vaso con agua en el fondo de mi escritorio: á cada instante la contemplaba. Eso es muy malo; yo lo sabía. No es por cierto tolerable que los internos tengan rosas: las rosas hablan y no en latín. Ellas dicen, aunque muy bajo, cosas contrarias á la disciplina del silencio; traen culpables pensamientos; invitan á los niños como á los hombres á correr por los senderos que reverdecen, á ir á ver por sobre las colinas levantarse la aurora que según Homero derrama sus colores.

Yo era, pues, muy culpable; lo confieso. *Habemus confitentem reum,—Teneo lupum auribus.*

En su casa el externo es libre para tener en su mesa de trabajo un ramillete de flores y de hojas, que quizás le será el mejor comentario de Virgilio y de Horacio; pero si cuatro ó quinientos francesitos cautivos en las prisiones del Estado escondieran todos un jardín en su escritorio, pensad bien—qué abominación! Un perfume subversivo se derramaría en la sala de estudio y circularía por los pasadizos poniendo el desorden en el corazón del pequeño pueblo á quien se quiere educar por el fastidio y para el fastidio. En tanto que existan internados, las rosas están y deben estar condenadas porque significan la negación triunfante y divina de todo artificial, de todo utilitarismo, de toda fría autaridad. No se ha visto á ningún censor respirar en el liceo el aroma de una rosa! ¡no se avienen las flores y las férulas! Yo tenía una rosa: estaba, pues, en estado de insurrección. Yo tenía una flor como un conspirador tiene una bomba: era aún más culpable, porque la rosa trasciende su olor. El que se escapaba de mi escritorio hacía flotar en el estudio un soplo de dicha y esperanza. Los labios rojos sonreían dejando ver los nacarados dientes; los mejores discípulos se echaban de codos un instante para mirar á través de los barrotes el lejano azul un cielo de primavera: todo por consejo de la rosa!

Cuando abría mi escritorio un fino rayo de sol la besaba, acariciando todos sus pétalos; y como yo tenía piedad de ella lo abría muchas veces. En el corazón de mi rosa dormía confiadamente un escarabajo.

Mi almita delirante se acurrucó junto al insecto de oro verdoso, en el pliegue más secreto de la flor, entre las cortinas del fino y trasparente lecho iluminado por fresca luz; y pensé que allá abajo, en la casa de mi abuelo Martel, los rosales de mayo tendrían flores

tan bellas, más bellas quizás que las que yo contemplaba.

De repente una sombra intercepta el hermoso rayo de luz, una mano negra penetra en mi escritorio, toma la flor magnífica en su prisión de vidrio, y, por una ventana que no estaba enrejada porque daba sobre el patio, la arroja hacia afuera. Ella da vueltas en el vacío, bajo el azul del cielo, y cae de cabeza como un sér perdido.

La justicia de los hombres estaba satisfecha.

Los que mueren

—
EDWARD BURNE-JONES.
—



INGLATERRA acaba de perder al más célebre de sus pintores: al autor del *Roi Cophetua*, de *Viviane et Merlin*, del *Amour dans les ruines*.

Murió casi súbitamente de una angina de pecho, en su casita de Kensington, frecuentemente visitada por artistas y críticos franceses.

De familia completamente burguesa, y educado en Birmingham, nada lo predestinaba á la carrera artística y hasta se creía llamado á servir á la iglesia. Seguía en Oxford el curso de teología cuando la vista de un dibujo de Dante Gabriel Rossetti le hizo sentir la belleza, al propio tiempo que le señaló el rumbo de su verdadera vocación.

Uno de sus condiscípulos, de nombre William Morris, compartió con él la entusiasta sorpresa. Ambos se exaltaron tanto, que poniendo á un lado la Biblia y los libros de los Santos Padres, fueron á establecerse poco tiempo después en Londres, donde mientras Morris escribía poemas, dibujaba carpetas y pintaba muebles, Burne-Jones seguía con piadoso respeto las lecciones de Rossetti, quien fue siempre su maestro preferido.

Los dos amigos se estrenaron á un mismo tiempo. Para la morada completamente moderna que Morris se hizo construir, Burne-Jones trazó sus primeras concepciones decorativas. Así inauguraron ellos aquella colaboración fecunda á la cual debe Inglaterra el renacimiento de su arquitectura y de sus artes menores. Las primeras obras de Burne-Jones evocaban la Italia ignorada por él y hacia la cual lo llamaba una invencible atracción. Dos años más tarde, en compañía de Ruskin, visitó á Florencia, á Padua, á Verona, y, más que los consejos de su compañero de viaje, determinó su inspiración y fijó definitivamente su estilo la vista de las obras maestras de Botticelli y de Mantegna, maestros de quienes tomó sus tipos, sus paños, sus trajes, algo de su composición, y si no la precisión, á lo menos la pureza de su dibujo. "Yo no soy inglés,—decía con frecuencia Burne-Jones,—soy italiano del Siglo XV." Y á la verdad que es en ese Siglo donde se debe buscar el origen de su arte. Sería injusto reducirlo, como lo han hecho muchos, á un simple imitador. De la misma manera que el arcaísmo de Puvís de Chavannes no impide que el autor de *Sainte Geneviève* se cuente entre los maestros más originales de su tiempo, asimismo trató Burne-Jones de expresar á su manera, bajo una forma renovada de lo pasado, los pensamientos, las preocupaciones, las inquietudes y la necesidad de ideal que atormentaban á la flor y nata de su generación. Hé aquí por qué, á pesar de algunos recuerdos, se mostró siempre moderno, y no obstante la insuficiencia de su colorido y las frecuentes debilidades

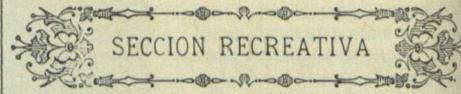
de su dibujo, seguirá siendo el más distinguido, y á la vez el que tiene más representación entre los maestros ingleses contemporáneos.

BENJAMÍN VAUTIER.

Alemania también acaba de perder un artista célebre. Benjamín Vautier nació el año de 1829 en Morges, á orillas del lago de Ginebra, y ha muerto en Dusseldorf. Empezó por ser pintor sobre esmalte para la industria; luégo estudió algún tiempo en una escuela de dibujo de Ginebra, y por último se trasladó á Dusseldorf, donde fue discípulo de Rudolf Jordan. Entre sus compañeros se encontraba Ludowig Knaus, con quien trabó íntima amistad. Uníanlos ideas y tendencias comunes. Knaus y Vautier fueron dos nombres que por espacio de media centuria juntó Alemania en una misma admiración, y ambos fueron únicamente pintores de género. Para la época en que comenzaron su carrera, era esa clase de pintura muy despreciada. Entre los alemanes reinaban única y exclusivamente las doctrinas académicas, y por lo común estimaban que se envilecía el arte representando simples campesinos y escenas vulgares que no podían levantar el alma del espectador, ni tenían nada que ver con lo que entonces se llamaba el Ideal.

No por eso dejó de obstinarse Vautier en pintar escenas de la vida rústica, tomando primero sus moldes en Suiza y más tarde en la Selva Negra. Su realismo era, por lo demás, de la especie más amable: un realismo en que se prohibía toda amargura y toda crueldad, y pintaba, complacido, episodios enterredores y sentimentales en que la observación era con frecuencia espiritual, aunque no fuerte ni profunda.

Las cualidades técnicas de Vautier, como las de Knaus, no eran muy notables, y sus mejores lienzos parecen cromó-litografías esmeradas. Los museos de allende el Rhin poseen numerosos cuadros de Vautier, y aunque su arte no tiene ciertamente nada de común con el de Böcklin ó de Klinger, su nombre se había hecho popular en toda Alemania.



El fusil de guerra americano

La Vie Scientifique publica algunos datos acerca del nuevo modelo de fusil de los yankees.

El modelo Krag-Jorgensen que usan los americanos fue aceptado el año 1892 y lleva el nombre de *United States magazine rifle*. Pesa cuatro kilogramos y 82 gramos, y tiene 7,62 milímetros de calibre. Su mira está graduada para distancias que pueden llegar á 1.589 metros, y su alcance es de 2.500 metros.

Los cartuchos pesan 27,15 gramos, de los cuales 14,26 gramos corresponden á la bala, 2,4 gramos á la pólvora sin humo, que produce una gran velocidad y pequeña detonación.

El proyectil, provisto de *capucha* de acero, es arrojado con la velocidad inicial de 609 metros y susceptible, por tanto, de causar grandes destrozos. Según experiencias hechas en campos de tiro, el fusil Krag-Jorgensen ha atravesado planchas de pino de 1,22 metros de espesor á la distancia de 900 metros, sin deformación aparente del proyectil.

El fusil lleva cinco cartuchos, y el general Howard afirma que cada soldado puede hacer 20 disparos por minuto afinando la puntería, y más del doble sin apuntar.

Descubrimientos

Acaba de descubrirse en las investigaciones que se efectúan en Cartago, cerca de San Luis, á veinte metros de profundidad, magníficos sarcófagos de mármol blanco de una sola pieza.

En uno de ellos, cuya longitud excede de dos metros, se ha encontrado un esqueleto perfectamente conservado, cuyo origen excede de 3.000 años, y que ya se ha expuesto en el Museo de San Luis de Cartago. Los exploradores, en las nuevas investigaciones que se prosiguen, han descubierto otros muchos objetos interesantes.

Circulación monetaria en los Estados Unidos

Los fondos monetarios en los Estados Unidos comprenden monedas de oro y de plata, y monedas de cobre; y como moneda de crédito, billetes llamados de los Estados Unidos, y certificados y billetes de bancos nacionales.

En su conjunto, los fondos existentes en las cajas del Tesoro, se elevaban, el 1.º de enero de 1898 á 613.248,815 dollars, y los que estaban en circulación, á 1.721.100,640 dollars.

Pudiendo evaluarse, en la misma época, la población de los Estados Unidos en 73.725,000 habitantes, resulta que la circulación era de un poco más de 23 dollars por cabeza.

Las monedas de oro contenidas en las cajas del Tesoro eran 151.910,176 dollars, y en circulación había 547.568,360 dollars.

La inmigración en el Brasil

La población actual del Brasil no excede de 16 millones de habitantes. Río Janeiro sólo tiene 750,000.

De 1892 á 1897 el número de los inmigrantes fue de 620,823: 455,417 italianos, 61,196 portugueses, 72,418 españoles, 14,051 austriacos, 6,933 alemanes, 3,434 rusos, 2,017 franceses, etc.

Estos inmigrantes se componían de 257,409 hombres, 167,055 mujeres y 196,359 niños de menos de doce años.

Instalaciones mecánicas

Los directores y administradores de la futura Exposición de 1900, han terminado ya el plan de conjuntos de las instalaciones mecánicas, distribuyendo día y noche 15.900 caballos para la producción de la luz eléctrica y 5.000 más en forma de energía eléctrica, repartidos como fuerza motriz.

Todos los aparatos franceses se concentrarán en un grupo, y todos los aparatos de otras naciones constituirán á su vez nuevos grupos.

Nuevo gas de la atmósfera

El aire que respiramos parece que es decididamente una mina inagotable de cuerpos desconocidos. Después del argón que los químicos encontraron hace poco tiempo, se acaba de descubrir un nuevo gas.

Los inventores han sido dos químicos ingleses, llamados M. M. Ramsay y Travers.

Procediendo por destilación fraccionada de 800 centímetros cúbicos de aire atmosférico liquidado, encontraron estos sabios el nuevo gas en los diez últimos centímetros.

Este gas, que M. Ramsay propone llamar *Crypton* (oculto) y al cual M. Berthelot ofrece el nombre más armonioso de *Eosium*, es más pesado que el oxígeno.

Nuevos métodos de producir el frío

Todo el mundo conoce el principio de las alcazaras: haciendo evaporar agua al través de una porcelana porosa, se obtiene un notable descenso en la temperatura del líquido que produce esta evaporación.

Si en lugar de agua, se pone cloruro de *metilo* en un vaso poroso, la evaporación de este líquido que hierve á 23°, puede hacer bajar la temperatura hasta 63° bajo cero.

Finalmente si en lugar de cloruro de *metilo*, se emplea aire licuado cuya temperatura es de 194°, la evaporación puede hacer descender su temperatura hasta 220° bajo cero.

Estos interesantes hechos, descubiertos por M. Arsonval, recibirán sin duda en el porvenir importantes aplicaciones.

Nuevo proyectil inglés

Participan de Woolwich que ha sido adoptado por el ministerio de guerra un nuevo tipo de bala, que se utilizará por primera vez en la expedición de Khar-toun. Ya se han fabricado algunos miles para las tropas de Egipto. Los ingleses no estaban satisfechos con la bala Lee-Metford, que es la que se ha empleado hasta el día, porque no dejaba al enemigo completamente fuera de combate como ellos lo deseaban; la fuerza del choque era muy mediocre, y se han visto hombres heridos por medio del cuerpo con balas de ese género seguir el combate como si tal cosa. Pretendieron por tanto hacer la bala "dum-dum," que sí respondía á sus aspiraciones; pero la Francia reclamó, diciendo que ese proyectil perfeccionado era contrario á la convención celebrada en 1868 entre las potencias europeas. Entonces se inventó la nueva bala que es del mismo calibre que la bala Lee-Metford y puede servir inmediatamente, sin cambio de armas. La envoltura es de níquel y sólo la base está llena de plomo. El extremo cónico está vacío, y revienta cuando la bala hiere el cuerpo del enemigo; disminuye así la penetración y aumenta el golpe, produciéndose heridas

mucho más graves que las ordinarias. Con orgullo y alegría dan esta noticia los diarios ingleses, pero se cree que no hay motivo para tanto, puesto que las objeciones que se hicieron contra la bala "dum-dum" subsisten con igual fuerza contra la nueva bala. Tal vez ha ido muy de prisa la Gran Bretaña en fabricar tantos millones de sus ingeniosos proyectiles.

El agua de las cloacas

Con razón se dice que nada se pierde bajo el sol. Ahora se organizan higiénicos paseos todos los domingos al parque agrícola de Acheres, lugar donde van á caer todas las aguas de los albañales de París. A primera vista esto no será muy agradable como partida de campo y se juzgará que nadie irá á almorzar sobre la yerba.

Con todo, es en ese lugar donde muy pronto se darán cita los individuos de buen tono. Ya el Concejo Municipal ha ido y no han de faltarle imitadores. Se han mandado tirar tarjetas especiales de invitación y se ha instalado un ferrocarrilito para comodidad de los paseantes.

Los parisienses cuando no tengan en qué emplear el domingo pueden ir á ver en qué se transforman las aguas corrompidas, lo cual será tan interesante como ir al café.

En el parque agrícola no faltará que consumir, pues una vez que el agua de los albañales pasa por ciertas manipulaciones, se convierte en un líquido puro del cual se ofrece un vaso que bebéis sin temor. El asunto se ha hecho de moda; y en verdad que con semejantes adelantos es difícil negar el progreso.

Temor á la tempestad

Un sabio americano, M. Hiram Stanley, estudia en el *Journal of Psychology* las causas del miedo á los truenos. Observa primero que ese espanto no puede explicarse por el temor de la muerte, siendo tan pequeño el número de los accidentes causados por el rayo; todo el mundo considera hoy como insignificante el peligro en las tempestades. Y por eso mismo es muy sorprendente que lejos de disminuir el temor, como pudiera creerse, vaya aumentando á la par de la civilización. Muchas tribus salvajes, particularmente las de Australia, dan grandes manifestaciones de alegría mientras se producen los más violentos fenómenos eléctricos; cantan y bailan al brillo del relámpago y al rugido del trueno; muchas bestias feroces, en especial las de raza felina, como los leones y los tigres, parecen muy contentas mientras dura la tempestad; los perros domésticos lo que hacen es acostarse debajo de las camas.

Los diversos experimentos hechos por el doctor Stanley en sí mismo y en otros le hacen opinar que la angustia que se siente durante una tempestad tiene por causa principal las perturbaciones magnéticas, á las cuales son más ó menos sensibles las personas según tengan el sistema nervioso más ó menos delicado: por ese mismo motivo están más expuestas á sentir la impresión del miedo los seres civilizados que las tribus salvajes.

Centenario de Michelet

El ministro de Instrucción pública de Francia dirigió á todos los rectores de las universidades una notable circular relativa á la glorificación del centenario de Michelet, el gran escritor, historiador y patriota francés que ha trazado y comentado con notable elocuencia los destinos de su patria, participando sucesivamente de sus tristezas, de sus alegrías y esperanzas, ardientes y afectuosos sentimientos que le han conquistado la inmortalidad.

Una gran ceremonia se efectuó en el panteón, y luego desfilaron ante el busto de Michelet los estudiantes de la Universidad de París; los discípulos de las escuelas y establecimientos de enseñanza, y los niños de las escuelas primarias.

Se quiso que Francia entera se asociase á los honores rendidos á Michelet.

Se efectuaron conferencias diciendo en todos los centros de enseñanza á las generaciones nuevas quién fue Michelet y cuales los títulos que deben conquistarle el afecto y la veneración de su patria.

En el vestíbulo de uno de los hoteles de Málaga se lee la siguiente advertencia:

"Aquí se habla inglés, español, italiano, ruso y alemán."

Ultimamente llegó un ingeniero inglés con su familia, y en español casi incomprensible, preguntó el intérprete del establecimiento. El secretario del hotel le contestó: "no tenemos ninguno."

—Pues siendo esto así, quién es el que habla los diferentes idiomas que se indican en aquel aviso?

—Los viajeros de los diferentes pueblos que se expresan, cuando nos honran con su visita.

Las obras de Lamartine

En el año de 1854 se organizó en Francia una Sociedad para explotar las obras de Lamartine. Un grupo de amigos del gran poeta, emocionado por las dificultades económicas en que se encontraba éste por no querer recibir ningún dón del Imperio, ofreció á Lamartine comprarle todas sus obras y explotar su venta, y aceptó.

Se reunieron 450.000 francos que se adelantaron al poeta, transformándose los suscriptores en propietarios de las obras del ilustre autor, si bien se exceptuaron, como era natural, las que eran ya propiedad de editores como Levy y de particulares como Mirés.

La sociedad dicha es muy respetable, y su principal empeño es continuar su objeto social, entregando á los herederos de Lamartine la parte de las utilidades, según lo convenido. En veinticinco años, desde 1860 á 1897 ha editado 585.893 volúmenes que han producido un beneficio de 302.840,75 francos.

La obra que se ha vendido con mayor estima es *Graziella*, de la cual se han tirado 171.121 ejemplares, con una ganancia de 78.575 francos.

Siguen después *Joselin*, con venta de 67.751 ejemplares, y producto de 46.175 francos; *Rafael*, con venta de 51.521 volúmenes y una utilidad 13.875 francos; *Los Girondinos*, que se han tirado en número de 39.861 con un beneficio de 22.853 francos, etc., etc.

De 1896 á 1897, las obras de Lamartine han producido aproximadamente 12.900 francos con un capital de 250.000 desembolsados hará cosa de treinta años.

En prosecución de la mujer

Los elegantes y los desocupados de Praga tienen la detestable costumbre de seguir por las calles á las bellas paseantes, costumbre que existe en muchos otros países. Pero las damas de Praga, bien sea que ellas tengan un carácter feroz ó que sus paisanos exageren hasta la indiscreción esta manera de demostrar al bello sexo su admiración y simpatía, acaban de fundar en la capital de Bohemia una sociedad para defender de los importunos á las mujeres bonitas. Los miembros de la sociedad tienen el encargo de seguir á cierta distancia á las mujeres que van solas para intervenir en caso de necesidad y salvarlas de las importunidades de esos Tenorios de encrucijada. La sociedad ha recibido gran número de adhesiones desde el mismo día en que se instaló; muchos maridos se han inscrito y aún es mayor el número de célibes que se disputan el honor de velar en las calles por la virtud de la mujer. Dicen las malas lenguas que no todos van animados por intenciones perfectamente puras y que muchos de estos protectores tendrán que ser super-vigilados el día en que les toque hacer el servicio. De todos modos, con buena ó mala intención, resulta que las mujeres de Praga tendrán siempre alguien que las siga, lo que no dejará de ser muy molesto para algunas. Si se les hubiera pedido su opinión, tal vez no se habría fundado la nueva sociedad.

Un testamento raro

Antonio Seidl, director de orquesta wagneriano, que acaba de morir, deja un testamento bastante original. Hace donación á su esposa de cierta suma fijada en el contrato de boda, lega 5.000 francos á un sobrino que vive en Budapest, y el resto de su fortuna, no muy considerable por cierto, lo destina al sostenimiento de sus seis perros. Hay que explicar que estos estimables animalitos sólo gozarán del usufructo del dinero, y que, muerto el último, las rentas pasarán á los pobres de la ciudad á quienes Seidl ha hecho el legado de propiedad. Los seis perros del maestro de capilla tienen nombres tomados de los poemas de Ricardo Wagner: llámense Wotan, Siegmund, Mime, Hagen, Alberic y Fafner.

Dato curioso: parece que poco después de abierto el testamento y declarada la sucesión, dos de los usufructuarios, Siegmund y Wotan, tuvieron un serio disgusto, trataron de devorarse mutuamente, y en el ardor de la pelea Siegmund mordió á Wotan con tanta violencia que lo dejó muerto. ¿Llevaría Seidl el wagnerismo hasta maldecir su herencia? ¿Y su oro, será como el del Nibelung, portador de desgracia para el que lo posee?

Incidente entre periódicos neoyorkinos

Desde que empezó la guerra, los dos periódicos sensacionales de Nueva York, el *World* y el *Journal*, se tenían declarada abierta hostilidad, disputándose el adelanto de noticias espeluznantes recogidas en el mismo teatro de la lucha.

El *Journal* acusaba á su competidor de robarle las noticias; el mismo cargo hacía el *World* á su colega.

Por último, el primero de dichos periódicos tendió el siguiente lazo al odiado rival:

En su número del 10 de Junio intercaló entre sus despachos lo siguiente: "El coronel Refine W. Theuz, artillero austriaco de gran fama europea, ha tomado parte en el combate de Agadores."

El *World* se apresuró á copiar el telegrama, y al día siguiente el *Journal*, para hacer patente el acto de piratería periodística, declaraba á sus lectores que el coronel austriaco no había existido nunca, y que el corresponsal inventó el telegrama á fin de poner en ridículo al *World*.

Después manifestaba que el nombre del famoso coronel era sencillamente el anagrama de esta frase: *We pilfer the news*, que significa: "Nosotros robamos las noticias."

Matrimonio forzoso

El reino de Siam es el paraíso de las muchachas casaderas. En Europa y en América están expuestas á quedarse solteras, pero en Siam pueden tener la seguridad de que no les tocará esa condición, favorecidas como están por la ley y por las costumbres. Allí toda mujer que ha llegado á cierta edad sin encontrar marido puede, si lo desea, hacerse anotar debidamente en el "registro" é inscribirse en el número de las "jóvenes reales," es decir, que se coloca bajo la protección del monarca, el cual procura desde luego encontrarle esposo. Veamos cómo procede éste: los jóvenes siameses que han cometido algún delito son condenados no sólo á multa y prisión, sino también á tomar esposa entre las mujeres "oficiales" protegidas por el rey. Si la falta es leve tienen derecho á escoger; pero si el caso es grave no les queda más remedio que casarse con la mujer que se les impone administrativamente, escogida entre las más horribles ó iracundas de la corporación. Gracias á tan ingenioso sistema no hay en Siam una mujer, por fea y antipática que se le considere, que no tenga la seguridad de conseguir matrimonio. Olvidó decir el periódico que nos trasmite ese informe si las uniones contraídas de esa manera resultan felices. Si verdaderamente lo son, puede asegurarse que los representantes siameses del sexo masculino tienen cualidades de dulzura y de resignación que podrían enviarles muchos americanos y europeos.

La Francia de mañana

En periódicos, en folletos y en libros se discuten constantemente en Francia todas las cuestiones que pueden referirse á la *Francia de mañana*, que gracias á esta propaganda, esperan inteligencias y corazones patrióticos, que sea más fuerte, más poderosa, más viva y mejor que la Francia actual.

La causa de la regeneración nacional, en virtud de los perfeccionamientos de una educación que despierte las energías por medio de la actividad práctica y de la expansión colonizadora, está dirigida por Lemaître y Bonvalot, cuya propaganda no puede ser más apasionada.

Hé aquí el final del discurso pronunciado últimamente en el anfiteatro de la Sorbona por monsieur Bonvalot: "Pongámonos en acción sin temor alguno. Al finalizar el siglo XVIII, decía al hablar de Prusia el historiador Philippon: el deseo de placeres y el temor hacia todo esfuerzo, con desdenosa abstención y tendencia marcada á críticas generales, sin poner de relieve ninguna capacidad particular, era el balance del espíritu prusiano al concluir el siglo XVIII, es decir, como el nuestro al terminar el siglo XIX. Aunque así sea, no hay que desmayar; los vencidos de otros tiempos pisotean á sus vencedores. Sobre esto debe meditar la juventud para conseguir que el balance en el próximo siglo sea mucho más brillante, y si los mayores en edad se muestran indiferentes á este propósito, no debe seguirseles, porque en bien de la patria estimamos que es permitida la protesta ante nuestros mayores, si quieren educarnos con marcada ineptitud para la lucha, é incapaces de proseguir con gloria y brillantez la historia patria."

¿Hay diferencia esencial entre el cráneo del hombre y el de la mujer?

Mucho se ha examinado ya esta cuestión sin que se le haya podido dar hasta la fecha solución satisfactoria. El sabio alemán M. Bartel, tras largos estudios en más de mil cráneos, ha llegado á convencerse de que no existe ninguna diferencia esencial entre el cráneo del hombre y el de la mujer, tanto que se hace casi imposible distinguir cuál es el cráneo masculino y cuál el femenino. Y no hay motivo para creer que el aserto de M. Bartel haya de cambiarse más adelante. Lo único que él ha podido observar es que el cráneo del hombre es generalmente un poco más fuerte, sus mandíbulas más potentes y la frente algo más desarrollada que la de la mujer. Pero dichos caracteres no están suficientemente pronunciados y el observador más minucioso sólo podrá formular una simple hipótesis.

La oreja de Mozart

Los turistas que pasan por Salzburg nunca dejan de visitar, en el tercer piso de la casa número 9 de la Getreidegasse, el modestísimo cuarto en que nació Mozart. Hay allí reunidos muchos recuerdos del gran compositor: un clavicordio, varios muebles, objetos diversos de toda especie, partituras, autógrafos y retratos. En una de las paredes observa el visitante una extraña acuarela que representa dos orejas: una es la del autor de Don Juan, y la otra es la oreja vulgar de un simple mortal. No es preciso ser artista para observar entre estos dos modelos de apéndices auditivos una diferencia extraordinaria. La oreja de Mozart presenta una forma completamente excepcional, forma que heredó el más pequeño de los hijos del gran compositor, y que ya había sido observada por uno de sus biógrafos. El doctor Gerber, de Koenigsberg, acaba de consagrar, en una revista médica alemana, un estudio minucioso á esta oreja histórica, en el cual demuestra que todos sus detalles son anormales. El borde de la oreja, en vez de ser redondeado, con una curva no interrumpida como la de la generalidad de los mortales, se repliega bruscamente en ángulos obtusos; el pabellón, que casi siempre tiene forma de concha, presenta una superficie plana, apenas modelada; la parte carnosa ofrece las mismas anomalías que el cartilago y falta por completo el lóbulo inferior. Además, la oreja es de proporciones inusuales, y en vez de tener forma larga, como es generalmente la de las razas superiores, la caucásica, por ejemplo, se distingue por una anchura excesiva, atribuido de las razas menos civilizadas.

¿Es hueca la tierra?

Un sabio de mucha imaginación tuvo hace poco la idea de poner en duda los fundamentos de la geografía declarando que la tierra era hueca. Y muchos periódicos, al repetir la noticia decían: "Si fuera cierto!" ¿Cuáles podrían ser las ventajas que deriváramos de ese hecho? puesto que por el momento nos basta con la superficie, y que también, para aprovechar el hueco tendríamos que atravesar, cuando menos, una distancia de 30 kilómetros antes de penetrar bajo esas bóvedas gigantescas. Pero no hay tal; la tierra no está hueca.

¿Y cómo se sabe, si nadie ha estado en ella? Verdad es que nadie ha hecho el viaje, pero no vale la pena. Puede demostrarse perfectamente que nuestro globo está lleno, por diversos argumentos, á más del análisis matemático. Hé aquí una demostración sumaria publicada en Italia. Pongamos que la capa terrestre tenga de 25 á 30 kilómetros de espesor; puede asemejarse á una bóveda con presión normal del exterior al interior; es la gravedad normal de todos los puntos al elipsoide terrestre. Ahora bien, fácil es calcular la presión que deben soportar los cimientos inferiores de la bóveda inmensa. Sin detenernos mucho en el cálculo, tenemos que cada milímetro cuadrado tendría que soportar una presión de 37.000 kilogramos. Y vaya que es mucha presión! presión que ningún cuerpo de la superficie terrestre podría soportar. En efecto, el granito se reduce á polvo, sometido á la presión de 5 á 10 kilogramos. Pues si toda la bóveda fuese de granito, ha tiempo ya que estaría pulverizada. Si las capas inferiores estuviesen compuestas de una roca desconocida, más resistente aún, tan fuerte como el acero de primera calidad, idéntico sería el resultado. El acero no puede sostener un peso superior á 80 hilogramos por milímetro cuadrado, y se reduciría también á polvo, bajo el peso de 37.000 kilogramos. ¿Pues entonces? Nada, que la tierra no puede estar hueca. Toda la corteza está sostenida por la nuez central, sea sólida ó líquida.

¿En qué consiste el espíritu francés?

(Traducido de un diario francés)

Mucho se ha hablado y se habla siempre del "espíritu francés." ¿Hay algún espíritu francés diferente del de los demás pueblos? ¿Y si lo hay, puede acaso definirse, explicando bien en qué consiste? Por último, es posible que un extranjero lo adopte hasta el punto de llegar á ser escritor netamente francés? Esas tres preguntas acaba de dirigir á cierto número de personalidades muy conocidas la *Revue des Revues*. Algunos, y no de los menos importantes, se han excusado, por juzgar el problema de difícil resolución; pero se han podido recoger como unas treinta opiniones que merecen citarse.

M. Paul Bourget es tal vez el único que no cree en la "realidad e fórmulas tan generales, como el espíritu francés, el espíritu anglo-sajón, etc." y no ve en ellas sino "simples frases, especie de rótulos con que se disfrazan ciertas abstracciones."

Opina M. Michel Breal que el espíritu francés representa un conjunto de cualidades amables y fuertes, brillantes y razonadas, espirituales y entusiastas que poseen acaso con más frecuencia que los demás pueblos, pero que no por eso les son peculiares; y de lo cual deduce que un extranjero puede, con la educación, representar perfectamente el espíritu francés. Tal es también la opinión de M. Alexandre Hepp, quien cita el ejemplo de Heine y se pregunta si no llegará el día "en que se haga en el exterior excelente espíritu francés como se fabrica ya excelente vino de Champagne." Dice M. Francisque Sarcey que el espíritu francés consiste antes que todo en la claridad, y recuerda la anécdota de un gran señor inglés que, paseando en góndola por las lagunas de Venecia, metió los dedos en el agua y llevándolos así mojados á sus labios, dijo: "Esta agua es salada, luego es inglesa." Así mismo á los ojos de M. de Sarcey, todo libro lógicamente ordenado y claro es francés, al paso que los libros oscuros de nuestros estetos y decadentes no lo son. "Me dicen, añade, que nuestra literatura va en camino de perder sus cualidades primordiales: el espíritu de lógica, la claridad, el interés, el gusto por lo moderado..... y yo me río de esas predicciones. Todas las literaturas tienen una época, en cualquier momento de la vida, en que se ven atacadas y enfermas, por la flojedad que amenaza destruirlas; pero la tierra es buena, pura la savia, y el día menos pensado reflojea la vid y da otra vez las sabrosas uvas que producen el fino burdeos, el espumoso champagne y el exquisito bourgogne y los versos de Lafontaine y la prosa de Voltaire. Pasó ya la época de los falsos imitadores de Ibsen; salud al autor de *Cyrano*."

En cuanto á la pregunta de si los extranjeros pueden adquirir el espíritu francés, está muy dividida la opinión. Al mismo tiempo que M. Edouard Rod declara que no conoce fuera de Francia un escritor que tenga el espíritu francés, M. Rodenbach se pone de parte de los "afiliados voluntarios" y manifiesta que la "carta geográfica literaria de la Francia va hasta más allá de sus fronteras." M. Marcel Prevost cree que si el escritor tiene carácter, manifestará siempre su origen extranjero: "Citemos por ejemplo, entre nuestros académicos, dice, á Heredia y Cherbulez, que son dos escritores modelos. Puede con razón considerárseles como franceses; pero á quién se le ocurriría tomar á Cherbulez por español ni á Heredia por suizo?"

Son también dignos de citarse el estudio filosófico de M. Sully Prudhomme y el notable artículo en que M. Jean Finot hace la apología de ese espíritu francés, que ha llegado á considerarse en todos los países como sinónimo de penetración y de generosidad. Señalamos para concluir las respuestas de M. Claretie que ve en el espíritu francés "un pozo de luz;" de M. Camille Maclair que define á la Francia "un filtro clarificador;" y en otro orden de ideas, la de M. Raymond Poincaré que escribe con ironía encantadora: "El espíritu francés, señor! Son incompetentes los legisladores para disertar sobre la materia; eso sería violar la separación de los poderes."

Certificaciones de inválidos

Dice un diario del exterior:

Consecuencias de una guerra.—Se sabe que una de las cosas que más recargan el presupuesto de los Estados Unidos son las pensiones de retiro concedidas á los antiguos combatientes de la guerra de secesión. Al principio se concedían esas pensiones únicamente á los soldados que por sus heridas se veían en la imposibilidad de ganarse la vida. Mas á poco reconocieron los políticos que podían formarse una clientela, haciendo dar esos auxilios á sus protegidos; y se levantó una multitud de impostores, apoyados por senadores y diputados sin escrúpulos, provistos de certificados que llevaban la firma de médicos menos escrupulosos todavía, reclamando la indemnización que correspondía á la calidad de antiguo combatiente de la guerra de 1863.

La *Revue Scientifique* publica algunas muestras interesantes de esos certificados de los médicos. Unas se distinguen por lo pretenciosas y patéticas: "Los infrascritos declaran que en la parte interna del pie derecho hay una cicatriz blanda y movable, como si el tegumento hubiese sido atravesado por una bala. Comprueban también que la incapacidad del peticionario para trabajar aumenta á cada momento, debido á la reacción de dicha cicatriz sobre los centros nerviosos superiores. Estamos convencidos de que una impresión sensitiva, que se trasmite de la cicatriz por el segundo par de nervios del cráneo, se aumenta en el cerebro por ciertos procesos de intelección, uno de los cuales se conoce con el nombre de *expectant attention*. Esa impresión tan intensa y modificada, se refleja después en la región traumática, lo que acrece considerablemente los sufrimientos del peticionario."

Para gozar bien de las bellezas de este trozo, bueno es que se sepa que "el segundo par de nervios del cráneo" no es otra cosa que los nervios ópticos. Hacer

que los nervios ópticos sirvan para transmitir las sensaciones del pie derecho es indudablemente una idea muy ingeniosa. Otros certificados no dicen nada en dos platos: "Certifico que he tratado al soldado tal desde 1888. Tenía antes el tubo estomacal unido al sistema nervioso, pero se le ha podido causándole mucha espectoración y dificultad para respirar." Es un verdadero galimatías, un solemne despropósito médico. Hay otros certificados más claros como el siguiente, en que se reclama pensión para un individuo porque el 17 de setiembre de 1889 hizo pasar un cochino por sobre una trinchera, de lo que le resultó un asma que le hace sufrir hasta el presente. Nuestro presupuesto tiene también erogaciones muy raras, pero ignorámbamos en absoluto que pudiera pensarse a un individuo por el acto heroico de transportar un cochino por sobre una trinchera.

El latín no es una lengua muerta

¿Qué provecho trae á los niños—dicen algunos— el aprendizaje de una lengua muerta? ¿No sería mejor ponerlos en capacidad de hablar y de escribir uno ó dos idiomas vivos?

Este argumento que parece á propósito para condenar la enseñanza del latín, tiene la injusticia de apoyarse en un error de hecho: el latín no es una lengua muerta; y pues sin hablar de las tesis de doctorado que M. Himly tiene *vistas y leídas* y que M. Gréard *permite imprimir después de leídas*, tenemos entre nuestros contemporáneos verdaderos poetas latinos, es decir, escritores distinguidos y hábiles que someten su pensamiento á la estricta disciplina de ciertas academias, que los recompensan anualmente de sus obstinadas labores concediéndoles menciones honoríficas y pequeñas sumas de dinero como acaba de suceder en la Academia Real de La Haya.

Un hombre excelente, Jacobo Hendrik Høufft, abogado y miembro del colegio de los ocho en Dordrecht, murió en 1843, á la edad de ochenta y siete años. Se le llamaba el Néstor de los poetas latino-holandeses: merecía este título tanto por su avanzada edad cuanto por sus ingeniosos escritos. Dejó en su testamento una suma bastante considerable cuya renta anual debía aplicarse á la fundación de concursos internacionales de poesía latina. El certamen del presente año se contará, sin duda, entre los más brillantes, pues fueron presentados veinte poemas sobre motivos por demás diversos: *Ad pacem, De raptu, Proserpinae, De Maris laudibus*, etc.; temas filosóficos, mitológicos, descriptivos, algunos muy osados, muy tímidos otros, como para todos los gustos.

J. J. Hartman, profesor de literatura latina en la Universidad de Leyde, triunfa; pues uno de sus dos poemas: *Christus servator*, inspirado en un cuento de Williers de L'Isle Adam, obtuvo mención honorífica (*magna laus*); y el otro, intitulado: *Laus Mitiae*, sacó el primer premio (*praemio auro*). ¿Habrá todavía quien se atreva á sostener que la lengua latina no se presta á la expresión de las ideas modernas?

El último de los poemas mencionados es una obra deliciosa: *Mitia* es el nombre de una linda gatita que el poeta ama, acaricia y cuida; y cuya muerte llora hoy en hermosos exámetros.

Leed este trabajo y veréis cómo *Mitia* se divierte en la biblioteca de su amo; era ingeniosa, sutil y valiente, para evitar el ataque de un perro perverso; se calentaba muellemente en la chimenea; y cuidaba su delicada persona.

Bien veis que el latín no es una lengua muerta!

André Beaunier.

Verso y prosa

POR ANDRÉ BEAUNIER

Discurso de Sully-Prudhomme acerca de Chateaubriand en el tranquilo refugio de la Vallée-aux-Loups.... Todos esperaban, sin duda, algún elogio poético y discreto del silencio y del retiro, de la vida oculta y la sencillez del campo. Pero el tierno y generoso poeta, que está muy lejos de complacerse en la soledad orgullosa de Chateaubriand, y además de eso comprendía que el restaurant concurrido en que se hallaban era centro poco adecuado para un discurso de ese género, temiendo que faltase el recogimiento en aquella roería, por piadosa que fuese, tuvo la ingeniosa idea de presentar á Chateaubriand como versificador!.....

Sully-Prudhomme demostró categóricamente á su auditorio que *Los Mártires, Atala, René*, etc., no son otra cosa que poemas,—y no poemas en prosa, como pudiera creerse, sino estrictamente poemas en verso. Hé aquí como lo refiere: Chateaubriand, innovador prodigioso, fastidiado de los monótonos alejandrinos clásicos y de la antigua métrica tradicional, compuso versos libres,—versos como los de Henri de Rénier, Francis Vielé-Griffin y Jean Moreas; sólo que, como era una revolución tan audaz, atemorizado él mismo, y contenido por una especie de legitimismo fiel á las tradicio-

nes seculares, para conciliar su deseo de innovación con el respeto al pasado, inventó su estratagemas. Escribió en verso sin advertírselo al lector: no tomaba otra línea para pasar de un verso á otro, y la tipografía de sus poemas quedaba tan compacta como la de la prosa. El ingenuo lector nada observó, y sus versos tan audaces resultaron para él sencilla prosa.

Y ahí tenéis, oh jóvenes poetas modernísimos, como vuestra pretensa invención del verso libre, del verso invertido, del verso sin rima, se remonta á una época más lejana y muy anterior á vuestras primeras producciones poéticas. Lo que quiere decir también que vuestras poesías no son, en suma, más que prosa,—prosa cortada en pedacitos y que por ingeniosa disposición tipográfica toma un aspecto falso de poesía.

Tal es, en efecto, la influencia de Chateaubriand sin exageración alguna; muy cierto es que nuestros más recientes escritores, aun los más ignorantes, y hasta los que nunca lo han leído, tienen mucho que agradecerle. El inventó la prosa poética, tan digna de admiración, y que sin embargo ha sido tan criticada; forma de lenguaje que debe á la prosa su flexibilidad y á la poesía su belleza musical. La distinción tan precisa entre la poesía por una parte y la prosa por otra era cómoda en su sencillez; todo lo que no es verso es prosa, y viceversa. Pero qué importa la teoría, ni qué el formalismo de los críticos si falla en el presente caso? Sully-Prudhomme insinúa que *Los Mártires* ganarían si se pusiesen en verso al estilo de Malherbe!..... Verdad es que él se expresaba como en chanza y se dirigía á una reunión de gente alegre, en una partida de campo;—pero sin embargo!.....

Qué importa que sea verso ó prosa? Ni una ni otra cosa, si se quiere. Pero Sully-Prudhomme es, á mi parecer, el primero que reconoce que las bellas imágenes de Henri de Rénier se desarrollan magníficas en la largura de las líneas desiguales de sus poemas, y que esta ó aquella canción de Vielé-Griffin, lánguida, melancólica y quejumbrosa, no sería más dulce ni más musical si algún versificador patentado llegase á recortarle los versos largos ó á aumentarle los cortos.

El mayor buque mercante del mundo

Estaba destinado á nuestra época ver surgir, al mismo tiempo que enormes paquebotes de gran velocidad, inmensos *cargo-boats* que, en un viaje, llevan más cargamento que cinco buques mercantes de hace diez años. El mayor de estos Léviathans modernos es el *Cymric*, que pertenece á la "White Star Company," tiene 182 m. 90 de largo, 12 m. 80 de profundidad, 19 m. 50 de ancho y 12 250 toneladas.

Este *steamer*, movido por dos hélices, está dispuesto de tal modo que puede recibir numerosos pasajeros, veinte mil toneladas de mercancías y 830 bestias.

Los pasajeros tienen allí lujosas instalaciones, pagan más barato que en los paquebotes, puesto que la travesía será más larga, pero tienen mucha comodidad. En fin el *Cymric* podrá servir de *troopship* y podrá recibir varios millares de hombres. Gracias á estos enormes buques el flete disminuye sin cesar. Ineludible consecuencia: en el porvenir el número de buques disminuirá, pero el tonelaje general aumentará con el desarrollo de las transacciones y reducido precio de los transportes marítimos.

Ajedrez

Toda comunicación referente á esta materia debe ser dirigida al señor Carlos Perret—La Guaira

PARTIDA NUMERO 3

Jugada el 28 de mayo de 1896 en el primer torneo del Club de Ajedrez, en Caracas, y reproducida en recuerdo del distinguido aficionado señor Lino López Méndez, quien falleció poco tiempo después.

GIUOCO PIANO

Blancas: Sr. Lino López Méndez—Negras: Sr. Carlos Perret

- | | |
|-----------|-----------|
| 1—P 4 R | 1—P 4 R |
| 2—C 3 A R | 2—C 3 A D |
| 3—A 4 A | 3—A 4 A |
| 4—P 3 A D | 4—C 3 A R |
| 5—P 4 D | |

Nuestro adversario no adopta su favorita apertura, el Gambito Evans, tramaba una sorpresa con esta anticuada forma de ataque de los tiempos de Greco. La jugada prudente era 5 P 3 D

- | | |
|-----------|-----------|
| 6—P X P | 5 P X P |
| | 6—A 5 C + |
| 7—C 3 A D | |

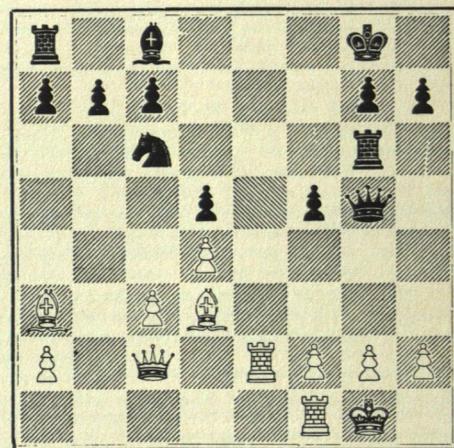
Salvioli demuestra que aun cubriendo con el Alfil, obtienen las negras mejor juego, ejemplo: 7 A 2 A—A X A + 8—C X A—P 4 D! etc.

- | | |
|--|--------------|
| 8—O—O | 7—C X P |
| | 8—A X C |
| Los tratados consideran aquí el j'rego Negro superior. | |
| 9—P X A | 9—O—O |
| Si C X P—10—D 1 R + ganando el caballo y si las Negras hubiesen jugado P 4 D se habría presentado una posición que en igual época explotaba en Rusia el gran Steinitz, basando el ataque en el ingenioso sacrificio de una pieza, viz 10 A 3 T D!—P X A—11—T 1 R—P 4 A R—12 C 2 D 1 y si R 2 A 13 C X C—P X C 14 T X P—T 1 R 15 D 5 T + P 3 C R—16 D X P T +—R 3 A 17 T 4 A R+ etc. con un ataque formidable. Estas interesantes variantes pueden consultarse en "La Stratégie" de París Mayo—1896 | |
| 10—D 2 A D | 10—P 4 D |
| 11—A 3 D | 11—P 4 A R |
| 12—A 3 T | 12—T 3 A ? |
| Movimiento de ataque prematuro y fatal; esta torre debió moverse á 1 R | |
| 13—T D 1 R! | 13—T 3 C |
| 14—T 2 R | 14—C 4 C R?? |

Obedeciendo á un plan de ataque inmediato, abandonan las Negras deliberadamente sus buenas posiciones sin ninguna previsión.

Una falsa amenaza de mate. Si las Negras hubieran advertido su mala táctica, habrían podido todavía evitar el desastre, tomando ahora con la Torre, pero.....estaba escrito!

Negras: Sr. Carlos Perret



Blancas: Sr. Lino López Méndez

Posición después de quince movimientos de ambas partes

- | | |
|------------|----------|
| 16—T 8 R + | 16—R 2 A |
| 17—T 8 A + | |

Ni remotamente habian previsto las negras este jaque terrible

- | | |
|----------------|----------|
| 18—T R I R + ? | 17—R 3 R |
|----------------|----------|

Un pequeño lunar siendo inútil la jugada del texto. El mate era evidente en 2 movimientos así 18 A X P +—D X A y 19 D X D + mate

- | | |
|--------------|----------|
| 19—A X P + | 18—R 2 D |
| 20—A X T + + | 19—T 3 R |
| | Mate |

La elegante posición final es digna de nuestro inolvidable problemista. En aquellos momentos, á pesar del natural escozor que nos produjera esta inesperada derrota, tan perjudicial á nuestro "score", autorizamos con nuestro ejemplo á la numerosa y selecta concurrencia que llenaba los salones del Club para un ruidoso y prolongado aplauso. Hoy pagamos este tributo á la memoria de uno de los más entusiastas fundadores de nuestro Club y que nos fue arrebatado por cruel enfermedad.

El jurado del torneo, compuesto de los señores doctor Eduardo Blanco, Luis Herrera Irigoyen (Q. E. P. D.) y doctor G. A. Blanco, al terminarse aquel certamen dispuso que:

"No habiendo entre las partidas analizadas ninguna propiamente merecedora del calificativo de "Brillante", se adjudicara el 4º Premio al señor Lino López Méndez por la muy notable partida que, en pocos movimientos, ganó al señor Carlos Perret, uno de los más avanzados campeones del Club."

CARLOS PERRET.

La Guaira: Agosto 1898.

Revista científica

Descubrimientos ó invenciones.—Mecánica.—Un aparato secreto.—Laboratorio de aviación en Auteuil.—Nuevo aparato aviador.—Ensayos en Satory.—Murciélago gigantesco.—Caballo de tres kilogramos.—Motor incomparable.—De las alas.—Preparativos militares.—La flota de los aires.—Torpederos aéreos.—70 kilómetros por hora.—Solución de más peso que el aire.—Química fisiológica.—El pescado es nutritivo.—Composición de los peces de mar y de los de agua dulce.

(POR HENRI DE PARVILLE)

(Traducido para EL COJO ILUSTRADO)

Lejos, en una calle ignorada, al fondo de Auteuil, existe un inmenso y silencioso taller. Llamamos: los perros ladran; un fuerte peso se oye; una voz imperiosa responde:—No se entra.

Es preciso piel de cordero para franquear la puerta! Es allí donde M. Ader, un inventor bien conocido por sus felices concepciones, busca desde 1893 la realización del vuelo mecánico por medio de un aparato que permita elevarse y recorrer el espacio: problema planteado por todos los mecánicos de Alemania, Inglaterra y América, sin resultados satisfactorios. Multitud de máquinas y aparatos de diversos sistemas se han construido á este respecto: todo parece fácil en el dibujo; pero el volador una vez construido permanece en tierra. ¿Será más feliz M. Ader con su aparato? No osamos afirmar; pero sí podemos asegurar que su invención es una verdadera maravilla de mecánica; y que todo ha sido estudiado y combinado con tanta precisión que el buen éxito parece indudable. Los estudios continúan ignorados del público, sin que nadie hable de ellos, porque se hacen en silencio, bajo los auspicios y con la subvención del Ministerio de Guerra; y si podemos decir algo muy sucinto sobre esto, es porque el general Billot ha devuelto su libertad de acción á M. Ader, permitiéndole hablar de sus inventos aunque el gobierno se reserva el derecho de servirse del sistema Ader para la aerostación militar.

Una comisión compuesta de los generales Mensier, Delombre y Grillón, y de los señores Sarrau y Léauté, miembros del Instituto y profesores de mecánica en la Escuela politecnica fue designada por el Ministro para proseguir los ensayos: juzgamos que el informe ha sido favorable. El aparato Ader fue probado en el campo de las maniobras en Satory, en el mes de octubre último. La autoridad militar preparó convenientemente un área circular en cuyo centro fue instalado el aviador. El motor fue puesto en marcha: desgraciadamente en el momento de la ascensión hubo un choque y los propulsores ó grandes hélices se rompieron. El mal tiempo sobrevino y fue necesario detener los experimentos, que sin embargo han sido suficientes para demostrar que el motor es perfecto y las alas capaces de llevar todo el mecanismo, los accesorios y el conductor: no había sino recomenzar en la primavera, pero dificultadas con la administración de guerra han retardado las pruebas definitivas del aparato consolidado y aun perfeccionado.

Este aparato es el que se encuentra en el taller de Auteuil.

Penetremos en el taller.

La primera impresión es un inmenso murciélago, enorme, gigantesco, con las alas extendidas: aproximámonos. Sobre ruedecillas que pueden girar en todos sentidos se levanta una construcción mecánica de muchos metros de altura y relativamente angosta. Allí están agrupados todos los elementos de tracción. Generador de vapor y condensador, de manera que la misma agua sirva de modo indefinido; caldera alimentada por una mezcla de hidrocarburos; válvula de escape; motor doble que hace funcionar por una serie de órganos cada grande hélice independientemente. Estructura especial de los órganos metálicos: todo es de acero y en acero fundido. Esta agrupación es tal que el peso del caballo-vapor, propiamente dicho, no excede de un kilogramo. Si se agrega el peso del generador, de la caldera, de los motores y de los ejes de transmisión, se encuentra que todo el peso no pasa de 3 kilogramos, lo cual es por todos conceptos extraordinario.

A derecha é izquierda del motor, las grandes alas de más de ocho metros de envergadura. Estas alas copian exactamente las del murciélago. M. Ader ha adoptado esta forma después de largos estudios experimentales como la única capaz de producir el máximo de efecto: son de caña de bambú forradas en seda con un barniz especial, sostenida por finos tirantes de acero. Todo el velamen puede plegarse. Durante la marcha las alas están extendidas en actitud de cernirse: son móviles y se manejan mecánicamente desde el interior del aparato. Hacia adelante dos grandes velas en forma de hélices, movidas por motores. Su potencia es considerable: cuando están puestas en rotación es necesario llevar la mano al sombrero, pues la corriente de aire que arrojan lo volaría, como sucede al pasar por el puente de las Artes en días de tormenta.

Este *Avión* (es el nombre que M. Ader da á sus apar-

atos) no excede de 500 kilogramos. Siendo doble el motor, los propulsores giran en sentido inverso uno del otro y sirven para dar la dirección. Existe un timón hacia atrás. Los motores y el generador están combinados de tal manera que se puede hacer subir la presión de una atmósfera á dos; pasar de 50 á 80 y 90 caballos por instantes: jamás se había podido dar tanta agilidad á una máquina motriz.

Resumiendo este esbozo intencionalmente rápido, diremos que toda la maquinaria se presenta como el cuerpo de un pájaro sostenido entre las dos grandes alas: hacia adelante los dos propulsores ó hélices de seda y bambú, dando vueltas con gran velocidad; y hacia atrás el timón.

Y el conductor? El conductor se coloca detrás de las máquinas, sobre una simple silla de bicicleta: delante tiene una pequeña palanca, diferentes manillas de transmisión, de modo que puede cómodamente hacer marchar los motores; imprimir la velocidad que quiera; y, apoyándose en una palanca, extender ó plegar las alas, etc.; en una palabra: puede cómodamente sentado gobernar todo el aparato con precisión matemática.

A la simple vista se conoce el funcionamiento. El generador está bajo presión; la máquina hace girar los hélices; las alas se extienden; el sistema avanza primero sobre las ruedas; después la velocidad de los hélices aumenta, el *Avión* deja el suelo, las alas se cierran y por consecuencia de la propulsión hacia adelante funciona un poco en sentido horizontal y luego eleva todo el sistema: con una maniobra inversa se hace descender el aparato. En cuanto al equilibrio, piedra de toque de los aparatos aviadores, es obtenido y mantenido por la inclinación dada á las alas, que se extienden ó se abaten según que el *Avión* tiende á levantarse ó á bajarse por la cabeza ó por la cola.

Tal es, en síntesis, el sistema Ader que preocupa al Departamento de guerra. Su autor ha inventado ya diferentes aviadores y es claro que una vez en este camino se puede combinar un nuevo sistema de ataque. Por el momento estamos en presencia de un invento maravilloso, de un ensueño de las Mil y una noches, del hipógrifo de la fábula presto á hender el aire con una velocidad de 60 á 90 kilómetros por hora.

Con todo el hipógrifo está aún tranquilamente en el laboratorio de aviación de Auteuil de donde es necesario hacerlo salir. ¿Quién osará colocarse en la caila, poner en marcha los motores y confiar su existencia á estas dos grandes alas de murciélago? Indudablemente que M. Ader se ofrecerá el primero. Qué audacia! Sin embargo es necesario empezar.

Hemos experimentado siempre cierto terror en presencia de estos aparatos aviadores. El globo es flotante y aunque se desgarré parcialmente se sostiene; pero un aparato mecánico: que un perno se afloje, que un tornillo salte, que un órgano de la máquina rehuse funcionar y todo cae y se estrella contra el suelo. Esto no es una suposición gratuita: ¿cuántos automóviles no se detienen de repente por no funcionar el motor! Para el aparato de aviación detenerse en el aire equivale á caer, con todas sus desastrosas consecuencias.

No desearía pasearme entre estas dos grandes alas ni á 50 metros de altura: se mata uno perfectamente desde lo alto de la columna de Julio. M. Ader sabe bien que esto será siempre el lado desagradable de los aparatos de aviación.

Adivino la respuesta que él daría:—Hagamos primeramente el aparato volador, que después veremos si es peligroso. Quizás sería mejor invertir las cosas; pero entonces no se haría nada.

Entre tanto el motor y demás aparatos que hemos visto en Auteuil están admirablemente combinados y es sensible que no se les diera á título de experimento un empleo inmediato. La navegación aérea será posible cuando se encuentre una fuerza por extremo poderosa y ligera, pues tenemos casi á diario y á una centena de metros de altura vientos de 15 metros de velocidad, la cual se podría imprimir á un globo por el sistema Ader.

De todas maneras los estudios realizados en el Laboratorio de Auteuil tienen verdadera importancia, y no es posible dejarlos perder. Deseamos, pues, que M. Ader sea puesto en estado de terminar sus ensayos. Si sabe esperar y consigue salir bien tendrá su estatua en Auteuil.

¿El pescado es buen alimento? Se sabe que ciertas personas no pueden comerlo sin verse heridos por diversas afecciones, enfermedades de la piel, etc. En general el pescado puede pasar por un buen alimento y en todos los tiempos ha servido para la nutrición del hombre, lo mismo que los crustáceos y los moluscos. Sin hablar de los tiempos prehistóricos, se puede invocar á Herodoto, quien recuerda que los babilonios y los egipcios contaban muchas tribus que no se alimentaban sino con pescado; y que los teonios lo hacían comer á sus caballos. En nuestros días el pescado es

casi el único sostenimiento de numerosos pueblos marítimos (esquimales, groelandeses, etc.) En Francia no tiene quizás el papel importante que podría tener en la alimentación, sobre todo en provincias. En París se consume anualmente 23 millones de kilogramos de pescado fresco y de 8 á 9 millones de kilogramos de almejas y moriscos. Los mercados del interior del país están menos provistos, lo que se debe en parte á los medios de trasporte, muy onerosos y poco rápidos. Con todo, la carne de pescado es más nutritiva de lo que se piensa. M. Balland acaba de determinar la composición química de un gran número de pescados y muchos son particularmente ricos en ázoe y grasas.

Según los análisis de M. Balland, la proporción de agua en los pescados frescos es muy variable, pues oscila entre 59 y 85 p₁₀₀. Los pescados que encierran menos agua son los más ricos en grasa: ejemplo. El sábalo, la anguilla de río y la sarga, que tienen de 15 á 20 p₁₀₀ de grasa, en estado normal y de 33 á 61 p₁₀₀ cuando secos. Los pescados menos grasos son los más azoados. Aquellos que tienen de 1 á 8 décimos p₁₀₀ de grasa en el estado normal y de 9 á 4 en el estado seco, poseen hasta 93 p₁₀₀ de materias azoadas. Tales son: el sollo, la latija, la pescadilla, el bacalao, la percha, la raya, la tenca y la viva, los cuales contienen tanto ázoe como las carnes de reses. Los crustáceos y los moluscos contienen menos ázoe que los pescados.

NUESTROS GRABADOS



AUGUSTO ROMANO

Bismarck

Ha muerto á la edad de 84 años el célebre diplomático alemán. Con la desaparición de él y de Gladstone, queda una sola de las tres cabezas blancas que combinaban el mundo: la de León XIII. Gladstone representaba la autonomía de los pueblos oprimidos; Bismarck, la fuerza ciega aplicada al engrandecimiento de su patria, y el Augusto Pontífice Romano la alta filosofía del cristianismo.

Cuando estalló la guerra franco-prusiana, Bismarck vio la ocasión de realizar sus sueños: la unificación de Alemania. La guerra fue breve y desastrosa para Francia. Bismarck consiguió que los Estados alemanes del Sur entrasen en la Confederación germánica; y mes después concertaba en Versalles con Thiers, los preliminares de una paz que Francia pagó con la pérdida de la Alsacia y de la Lorena y con la enorme suma de cinco mil millones de francos. Después de estos hechos, realizada por Bismarck la obra porque ya suspiraba cuando era un humilde diputado sajón, su actividad diplomática no tuvo punto de reposo.

Uno de sus biógrafos lo presenta alto, fornido, de mirada penetrante y fría, de modales bruscos, el semblante hosco, y el aspecto más bien de guerrero que de diplomático.

Defendió todas las ideas y las combatió todas.—Cuando declaró la guerra á Austria se metió dos pistolas en los bolsillos de su uniforme y dijo: "Si no venemos no volveré á mi patria."

Otro de sus rasgos de energía ha hecho célebre esta frase suya: "las grandes cuestiones de nuestros tiempos no se arreglarán por medio de votaciones y de discursos parlamentarios, sino por el hierro y el fuego." Bismarck nunca se reconcilió con el Parlamento.

Magistrados colombianos

Junto con sus respectivos retratos, aparecen en la sección editorial los esbozos biográficos de los señores Manuel A. Sanclemente y José Manuel Marroquín, quienes ocupan la Presidencia y Vice-presidencia de la República de Colombia desde el día 7 del actual.

La Virgen

Se conserva en el Louvre el cuadro del insigne pintor flamenco que, en gracia y finura, llegó á superar á Rubens, el maestro incomparable, que murió un año antes que él. Van Dyck obtuvo grandes éxitos en el género histórico, pero lo abandonó por el retrato en el que igualó al más ilustre pintor de la escuela veneciana.

Poco apreciado por sus compatriotas, encontró en Inglaterra y después en la posteridad la recompensa de su genio.

Espera

Su pensamiento flota, como onda de luz, en la región del ensueño; y su mirada, serena y pensativa, domina la amplia senda por donde ha de venir el único objeto de su vida. Una hoja que cae, el aire mismo que acaricia su frente, enciende en su alma el anhelo, alimenta su esperanza y abre su corazón á la alegría. Quizá no tarde, y entonces podrá colocar en su pecho las flores que ha recogido para ofrendarlas en el santuario de sus castos amores.

Mignon

La adorable creación del célebre poeta alemán aparece en las telas de Scheffer con la tierna idealidad de que se reviste en la leyenda dramática. Después de haberse afiliado á la escuela romántica, el pintor francés dirigió su talento eminentemente poético por los rumbos que enseñaban Goethe y Byron. Entonces produjo las obras que acentuaron su popularidad: *Margarita hilando*; *Fausto atormentado por la duda*; *Margarita en la fuente*; y, entre otras no menos notables, *Mignon*, á la que representa en los momentos más expresivos de su vida bohemia.

Scheffer, á pesar de su nombradía, no perteneció jamás á la Academia de Bellas Artes.

Jorge de Podebrand, proclamado Rey de Bohemia

El famoso lienzo de Vaclav Brozik evoca la época anárquica en que se encontró Hungría después de la muerte del rey Alberto.

Dominió Jorge las guerras civiles y, siendo regente de Bohemia, fue más tarde elegido Rey en propiedad por la Dieta de 1458.

Este es el momento escogido por el pintor para sintetizar en el lienzo, con graciosa maestría, la pompa patriótica que revistió el acto de la proclamación.

El acorazado Albión

Dos grabados publicamos hoy que darán á nuestros lectores una idea más aproximada de los desastres que ya conocen, ocasionados por el lanzamiento de este nuevo buque de la marina de guerra inglesa.

El duque y la duquesa de York, el primer lord del Almirantazgo, el Embajador de los Estados Unidos y otros altos personajes asistían á la ceremonia que había atraído á los astilleros millares de espectadores. Gran número de estos invadió los diques, los techos y los andamios; y cerca de trescientas personas se hallaban apiñadas sobre la plataforma erigida más abajo de un crucero japonés en construcción. Después de la bendición, la duquesa de York cortó con un cuchillo de plata la cuerda que mantenía suspenso el buque y éste se deslizó en el agua en medio de atonadores aplausos.

En ese momento se levantó un gran clamor en la plataforma; y como en las tribunas oficiales se tomó por una manifestación de entusiasmo, respondió con los tres ¡hurra! tradicionales, en honor del *Albión*, que, así saludado, acababa de arrojar al abismo un número de víctimas. Su casco de hierro, enderezándose después de haber entrado en el agua, produjo una enorme oleada; la plataforma, ligeramente construida, fue sepultada, y trescientos infelices cayeron confundidos en el seno de las revueltas olas. Unos, nadando, lograron recuperar la orilla, otros se mantuvieron en la superficie y muchos fueron arrastrados por los remolinos antes de que los botes llegaran á socorrerlos. Sin embargo, el salvamento se organizó en breves minutos.

Guerra hispano-yankee

La escuadra del Almirante Cámara, compuesta de los acorazados *Pelayo*, *Carlos V* y *Vitoria*, los cazatorpederos *Osado*, *Audaz* y *Proserpina*, los cruceros auxiliares *Patriota* y *Rápido*, y los trasatlánticos *Buenos Aires*, *Antonio López*, *Alfonso XII*, *Montserrat* y *León XIII*; un panorama de San Juan de Puerto Rico; una columna de voluntarios norte-americanos; un grupo de combatientes; el retrato del Mariscal Blanco, Capitán General de la isla de Cuba, y el de Aguinaldo, jefe de la insurrección tagala, constituyen el número de ilustraciones que consagramos en el presente número á la guerra hispano-yankee.

Parece que pronto terminará el período de la guerra y el templo de Jano abrirá sus puertas para recibir bajo sus amplias bóvedas á los soldados de la Paz.

Destruídos los escuadrones de Montojo y de Cervera; sitiada Manila por insurrectos é invasores; Merritt más cerca de Filipinas que Cámara; y tomadas las ciudades de Santiago y de Ponce, no era humanamente posible para España combatir á un enemigo que la superaba en toda clase de elementos: mayor número de hombres, mayor número de barcos y con dinero suficiente para abatirla y desarmarla tan sólo con mantenerla unos días más á la defensiva.

En tal situación, España pide la paz, pero la "paz con honra."—De otro modo no la aceptaría la nación que puede perderlo todo, menos su dignidad y heroísmo.

Cementerio del Sur

El grabado que aparece en la página 593, reproduce el monumento consagrado por la familia Rodulfo al recuerdo de sus deudos.



ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

SEGUNDA SERIE

ADAGIOS Y APOTEGMAS

L

Querer es Poder.

Es una hipérbolo. Eso, y decir que cada hombre es un diosecito, vale lo mismo. ¡Mayor ejemplo no puede darse de la presunción humana!

Más discreto encontramos el adagio que dice:

"Más hace el que quiere, que no el que puede."

Aforismo. "Para los dementes lo imposible no existe."—(GUY DE MAUPASSANT.)

LI

No hay mayor placer, que no tener querer.

Lo cual vale tanto como decir: No hay mayor placer que ser un completo idiota.

LII

El muerto al hoyo, y el vivo al bollo.

Y ¡viva la patria!

LIII

Cría cuervos, y te sacarán los ojos.

Pero si yo lo que crío son dos huerfanitos, que son dos ángeles.

—¿Y cómo sabéis que serán ángeles?

—Y vos, miserable, ¿cómo sabéis que serán cuervos?

Es natural que cada uno juzgue por sí á los demás.

LIV

A quien Dios no le dio hijos, el Diablo le dio sobrinos.

Sin duda que el autor de este dicho fue un sér dado por el Diablo.

LV

A Dios rogando, y con el mazo dando.

Ayúdate, y Dios te ayudará.

Parecen sarcasmos, más bien que apotegmas religiosos.

Tales dichos envuelven el sarcasmo tanto como aquello de: "Gracias al ramo, que la intención de Dios conocida era."

O bien:

"Vieron los sarracenos
Y nos molieron á palos,
que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos."

A los anteriores puede agregarse el siguiente: "Á los bobos se les aparece la madre de Dios."

SERIE TERCERA

ADAGIOS EJEMPLARES POR LO EDIFICATIVOS, Á LA INVERSA

Existen adagios que da gusto oírlos, por lo edificativos que son. Abunda en ellos, como pronto lo veremos, lecciones de egoísmo, de hipocresía, de ingratitud, de malicia y suspicacia, de desconfianza, de rapacidad, de barbarie, de inmoralidad en suma.

Algunos de estos adagios parece que parten del principio erróneo de que la humanidad es fatalmente perversa, y que los buenos son excepciones que vienen á confirmar la regla.

Hé aquí algunos que sometemos á la consideración del juicioso lector.

I

Quien da parte de sus cohechos, de sus tuertos hace derecho.

Excelente lección para perfeccionar en el arte á los que no sepan hacer bien su negocio.

II

Con arte y con enyaño, se vive medio año; con ingenio y con arte, se vive la otra parte.

Que aprendan los novicios que no supieren, cómo ha de llevarse esta vida perecedera.

III

El cuarto falso, de noche pasa.

Tendreislo sabido, inocentes, que pretendéis pasar las monedas falsas con sol y buen día.

IV

Donde no valen cuñas, aprovechan uñas.

Pues ya lo sabéis, siempre que llegue el caso, mede la uñita, que es lo que aprovecha.

Esto concuerda con aquella célebre cuanto inmortal máxima, atribuida á los Yankees: "Haz dine-ro honradamente, si puedes; pero si no puedes, hazlo de todos modos."

V

De los leales se hinchon los hospitales.

No vive más el leal, que cuanto el traidor quiere.

¡Bien merecido lo tiene! A ver si después de estas sentencias os quedan todavía ganas de guardar lealtad ni fidelidad á nadie ni por nada.

VI

Quien bien sirve no medra.

Pues servid mal, que entonces sí medraréis á deseo.

Parece que ha habido especial empeño en inculcar la idea de que no es posible medrar procediendo rectamente; lo cual es falso é inmoral en sumo grado, pues que propende á desalentar á los hombres que van por el buen camino, é inducirlos á precipitarse por el malo.

VII

Quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza.

Pues no hay más que echar á las espaldas la vergüenza, y ya almorzaremos y comeremos opíparamente.

VIII

Dios desavenga á quien nos mantenga.

¡Perfectamente! Más no puede pedirse..... al Diablo.

IX

Ventura te dé Dios, hijo; que el saber, poco te basta.

Claro está. Para qué aprender nada, para qué perder el tiempo en ir á las escuelas; eso es una majadería. ¡Habrá estólidos como esos gobernantes que hoy propenden con tanto ahínco á difundir la instrucción en los pueblos!

Sin embargo, recordad otro proverbio que dice:

"Más vale saber que haber."

X

Ni fies, ni confies, ni prestes, y vivirás entre las gentes.

Superior regla de egoísmo y desconfianza. Ciertamente que es cuanto se necesita para vivir entre las gentes; pero, ¿entre qué gentes?.....

XI

El hombre que en hombre fia,

Queda cual ciego sin guía.

Corroboración de la anterior. No hay que fiar en criatura humana, pues todos son unos grandísimos estúpidos y bellacos!

XII

Cuidados ajenos matan al asno.

Muy cierto. Asno es todo aquel que se toma algún interés por el prójimo; es decir, todos los que no son unos consumados egoístas.

XIII

Hágase el milagro, y hágalo el Diablo.

Sin duda. Lo que importa es que el milagro se haga; tanto vale que sea Dios ó que sea el Diablo el factor.

XIV

Por bueno ó por malo, el escribano de tu mano Optime quídem.

XV

La letra con sangre entra.

¡Barbarie sin igual! Con el amor y la dulzura, á ejemplo del Divino Maestro, es como mejor se enseña á los niños y aun á los viejos, y hasta á los irracionales que viven con el hombre.

El amor y la dulzura son infinitamente más poderosos y eficaces que el rigor.

Análogo al anterior es en lo bárbaro este otro:

"Al villano, con la vara del avellano."

Y aun pudiera citarse también este: "Con viento limpian el trigo; y los vicios, con castigo."

XVI

Tres hijas y una madre, cuatro diablos para el padre.

¡Habrase visto! ¿Qué querrá decir esto?

XVII

El tocino del paratso, para el casado es arrepiso.

Cuidado, pues, si cometéis la torpeza de casaros. ¡Qué desgraciados serían los seres que formularon semejantes absurdos!

XVIII

Al que le duele la muela, que se la saque.

Muy bonitos quedaríamos si fuéramos á seguir este consejo al pie de la letra. Suprimido el arte y aun ciencia del dentista, de tan reconocida utilidad hoy; y en alza el sacamuelas.

Y por lo que respecta al sentido figurado, sépase que es una excelente lección de egoísmo.

XIX

Cada uno por sí, y Dios por todos.

Otra buena lección de egoísmo refinado, y para que mejor surta sus efectos se invoca el santo nombre de Dios.

XX

Haz mal, y guárdate.

Justo y perfecto. El consejo es bueno en todas sus partes: en sabiendo ponerte á salvo, haz todo el mal que te sea posible y te venga en deseo.

Esto equivale á recomendar la astucia y la disimulación, "que el honor proscribiera absolutamente."

XXI

A pícaro, pícaro y medio.

A un ruin, ruin y medio.

A un traidor, dos alevoso.

Con estas bellas máximas bastará para que comprendáis que, cada vez que llegue la ocasión, estáis autorizados á convertirlos en un solemne pícaro, ruin ó alevoso.

XXII

Confía en tu amigo; pero sin olvidar que algún día podrá llegar á ser tu enemigo.

Máxima desconsoladora; pero en contraposición existe también otra que dice: "Odia á tu enemigo; pero no olvides que algún día podrá llegar á ser tu amigo."

Aforismo. "El heroísmo de la bondad consiste en amar hasta á nuestros propios enemigos."

Lo cual concuerda con la sublime doctrina evangélica: "Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian."

Texto.—"No creo que un hombre pueda ser feliz, si no es capaz de regocijarse con la dicha de sus enemigos."—(EDWIN J. BOOTH.)

B. RIVODÓ.

(Continuará)

Los animales en la historia

(POR E. RODOCANACHI)

(Véase el número 158 de esta Revista.)

IV

La lista de los escritores que han tenido gatos es inagotable: empieza con Montaigne y termina con Coppée, porque los gatos no tienen preferencias artísticas y se avienen lo mismo con un filósofo que con un poeta, con tal que el filósofo no sea Malebranche que torturaba los animales para demostrar á sus visitantes que no eran sino puro mecanico desprovisto de espíritu; y que el poeta tenga algo más del producto de sus versos para mantenerlos.

Renán y su gato eran de lo más amable: cuando un joven autor iba al Colegio de Francia á ver al autor de "La vida de Jesús," el gato se encargaba de romper el silencio, pero no con las garras, pues su amo le había enseñado el arte de no dar arañazos. Michelet ha escrito una página soberbia sobre los gatos; y Loti un capítulo divertido.

En la indignicia y la desgracia
Dos gatos consolaron al Taso.

Se conserva cuidadosamente en el museo de Padua el esqueleto del gato que fue única distracción del Petrarca cuando se retiró á Arqua, después de la muerte de Leonor.

Los gatos—é insisto en esto porque ellos ocupan un lugar preferente en la historia, mientras no tienen ninguno en el cielo, donde figuran entre las constelaciones tantos animales como el escorpión, el oso, el perro, la serpiente y el carnero—los gatos, digo, han sido favoritos de los poderosos y de los humildes. Muza, la gata de Mahoma, es muy célebre; y su amo la cuidaba tanto que un día se cortó un pliegue del vestido, donde ella se había quedado dormida mientras él meditaba, con el objeto de no despertarla; y para recompensar á uno de sus fieles sectarios el cual llevaba siempre un gato en los brazos le acordó el nombre de Abul Hareira, el padre del gato.

Aquí me detengo porque no me conviene hacer después de Monerif, la historiografía de la raza felina. Recordaré no obstante que Fontenelle tuvo un gato por primero y único testimonio de su elocuencia. Sus compañeros hufan desde que él abría la boca; tomó pues el partido de dirigirse á un gato que probablemente había instalado lo más confortablemente posible en un sofá. Ay! el gato se agita, se levanta y gana la puerta; Fontenelle le sigue, corre tras él de escalera en escalera y el discurso termina en el granero.

Richelieu vivía en sus últimos tiempos rodeado de catorce gatos: á su muerte, asaltado por graves preocupaciones tocante á la continuación de su política, pensó, con todo, en dejarles sus rentas. Estos gatos tenían diferentes caracteres como lo prueban sus nombres: Nomard el fogoso, el Sumiso, Ludovico el cruel y Mimí Pailon, pues aun no se conocía Mimí Pinson. Dos gatos gemelos se llamaban Racan y Peluca, y no veáis en la aproximación de estos nombres [una alusión grosera al viejo académico; del cual se cuenta que un día hizo una visita á Richelieu y obligado por el calor se quitó su pesada peluca depositándola en un rincón; y que cuando quiso volverla á poner encontró en ella dos gatitos recién nacidos.

A este mismo Racan aconteció la siguiente aventura: la mañana del día en que, nuevamente elegido académico, debía leer su discurso de recepción, se halló con que una perdiguera, de la cual era dueño, le había desgarrado las hojas de papel donde tenía

escrita su elucubración. Felizmente las recepciones eran en aquel tiempo menos solemnes que hoy. Racan tomó asiento con la mayor tranquilidad del mundo en medio de sus colegas, y llegada la hora se levantó y dijo: Señores: había compuesto una bella arenga para daros las gracias; pero no la puedo leer porque mi perra se la ha mascado. Hela aquí! aprovecharéis lo que se pueda. ¡Cuántos académicos de nuestros días desearían poder dar tan buena excusa!

V

Un grifo de Franklin saltando sobre una mesa donde se encontraban amontonados papeles de importancia, derribó una lámpara y los quemó. Franklin acudió á la catástrofe y su sola reprimenda fue: "No sabes, grifo, el mal que acabas de hacerme." El vencedor del rayo debía mucho á los animales, pues había sido nutrido por una cabra, como lo fue por Amaltea Júpiter á quien había despojado!

El papagayo de Cuvier, que asistía y tomaba parte en todas sus comidas, fue causa de una riña científica. El célebre viajero Alejandro Humboldt iba muchas veces á comer con Cuvier, y el papagayo, que había aprendido á imitar el acento alemán de Humboldt, se puso á remedarlo en una gran comida, lo que trajo una desavenencia entre los dos sabios.

Puesto que esta charla á tajo y destajo, cuyo sólo objeto y pretensión es aproximar viejos recuerdos, nos ha llevado á hablar de los animales favoritos, debemos citar los hermosos de la señora de Montepan. Eran dos osos que se paseaban libremente por el palacio, según cuenta el padre Quesnel. Un día, los pintores que trabajaban en decorar el departamento que el rey destinaba á la señora de Fontanges se olvidaron de cerrar las puertas, y los dos compadres entraron á las habitaciones y se entregaron durante la noche á las más locas extravagancias: se propagó, naturalmente, que los osos estaban encargados de vengar á su dueño de las afrentas que le hacía sufrir su rival. La corte entera fue á contemplar el destrozo y Racine y su inseparable amigo Boileau fueron como los demás; pero olvidándose del objeto de su visita se pusieron á disputar con ardor sobre asuntos literarios. Sobrevino la noche y cuando los dos escritores quisieron retirarse se encontraron con que los obreros, cuidadosos esta vez, habían trancado las puertas corriendo los cerrojos. Por más que gritaron y se desesperaron, los dos poetas tuvieron que pasar la noche en el departamento de la Fontanges; y juzgad si al otro día les serían economizadas las puyas y las comparaciones irrespetuosas.

La señora de Montepan sostenía no solamente osos sino toda una casa de fieras; pues ya en aquella época existía en Francia el gusto por los animales raros y curiosos que el Jardín de aclimatación ha felizmente popularizado. Los condes de Hainant, por ejemplo, proveían á la manutención de sus fieras, de las cuales habían reunido un gran número, por medio de un impuesto especial que, según un historiador, parecía muy oneroso á los pobres y muy vejatorio á los ricos: lo cual sucede con los otros impuestos.

En Oriente estaba muy desarrollado el gusto por las fieras: los emperadores de Constantinopla poseían parques repletos de animales venidos del Africa y de la India. Los loros y papagayos gozaban de grandes distinciones. El emperador Basilio debió á un loro el no cometer un crimen horrible. Había resuelto enviar al último suplicio á su hijo León á quien suponía comprometido en una conspiración. En vano toda la corte intercedió por el príncipe; el emperador permanecía inexorable cuando el loro, que había presenciado todas las súplicas y retenido la fórmula, le grita con tono doliente: Pobre León! ¡pobre León! ¡perdona al pobre León! Basilio lo perdonó, en efecto, y poco después supo que su hijo era inocente.

VI

Digamos algo sobre un loro que pertenecía á Henrique VIII: desde las ventanas del palacio él oía á los que querían atravesar el Támesis, gritar:—"Hola, batelero, una canoa". El amor á la libertad hizo que un día aprovechase una negligencia de su guardián para tratar de escaparse: ya no se acordaba de volar; las fuerzas le faltaron y, semejante á Icaro, cayó en el agua presta á tragárselo. Su último grito fue un recuerdo del pasado:—"Hola, batelero, una canoa." ¡En efecto, llegó un barquero y salvó al ave, siendo generosamente recompensado por el rey.

Que se diga después de este cuento
Que los loros no tienen talento.

En Roma un cuervo mereció por sus gracias funerarias públicos, según nos cuenta Plinio. Bajo el reinado de Tiberio—dice el naturalista—un cuervecito nacido sobre el templo de los Dioscoros cayó en una zapatería situada frente á dicho edificio. La religión misma le recomendaba al dueño de la tienda. El pájaro, enseñado en buena hora á hablar, se po-

saba todas las mañanas sobre la tribuna y vuelto hacia el Foro saludaba á Tiberio, á Germánico, á Druso y al pueblo que pasaba por allí. Su asiduidad fue durante muchos años objeto de la admiración general. Un zapatero vecino lo mató por celos ó porque le había ensuciado unos zapatos, como después quiso hacer creer. La multitud enfurecida arrojó al zapatero de la casa y le dio la muerte; y el pueblo rindió los últimos honores al pájaro haciéndole conducir en un lecho funerario sobre los hombros de dos etíopes precedidos de un tocador de flauta y de muchos ciudadanos con coronas, hasta la hoguera, preparada á la derecha de la vía Appiana á dos millas de Roma. Así la habilidad de un pájaro pareció al pueblo romano justa causa para hacer funerales solemnes y castigar de muerte á un ciudadano; y esto cuando en la misma Roma nadie formaba cortejo á tantos hombres notables y ninguno había vengado la muerte de Escipión Emiliano el destructor de Cartago y de Numancia.

Este acontecimiento se verificó bajo el consulado de M. Servilius y de C. Costius; y hoy, en el momento en que escribo, hay en Roma una corneja notable por su color absolutamente negro y porque pronuncia frases enteras que aprende cada día.

(Continuará.)

SUELTOS EDITORIALES

Arturo Michelena.—Se ha constituido una Sociedad, denominada "Arturo Michelena," con el propósito de erigir un monumento á la memoria de este insigne artista.

Al publicar al pie de estas líneas los documentos que se relacionan con la realización de esta idea, abrigamos la esperanza de que toda la República secundará los esfuerzos de la Junta Central Directiva.

"Sociedad "Arturo Michelena."—Secretaría—Caracas: 8 de agosto de 1898.—Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.—Tengo á honra enviar á usted copia del acta de instalación de la Sociedad "Arturo Michelena," constituida ayer. Ella solicita y espera la cooperación del periodismo de la República, al justo objeto que se propone; y al cumplir con manifestarlo así, me es grato suscribirme de usted, muy atento servidor, *Eugenio Méndez y Mendoza*, Secretario."

"Sociedad "Arturo Michelena."—Invitados por los señores Jesús María Herrera Irigoyen y Carlos Zuloaga, se han reunido en la casa de este último, á las 3 p. m. de hoy, 7 de agosto de 1898, los señores Anfiloquio Level, J. M. Herrera Irigoyen, Carlos Zuloaga, Marco-Antonio Saluzo, Eduardo Blanco, Federico Alcalá, Eugenio Méndez y Mendoza, Francisco de Sales Pérez, Andrés A. Mata, Martín Tovar y Tovar, Emilio J. Mauri, Antonio Herrera Toro, Dr. A. Smith, W. Guzmán, Emilio Pérez Vera, Lucas Ramella, S. N. Llamoza, Gonzalo Picón Febres, José María Garbán, Delfín A. Aguilera, Joaquín Núñez Meneses, Gustavo J. Sanavria, Dr. José María Ruiz, Ch. R. Röhl, Dr. O. León Ponte, Carlos Pumar, José Antonio Salas y Gregorio Suárez; y habiendo expresado los señores Herrera Irigoyen y Zuloaga el objeto de esta reunión, que es el de constituir una sociedad que promueva la erección de un monumento al célebre pintor Arturo Michelena, gloria y honra de Venezuela, á deshora arrebatado á su patria por la muerte, ha sido acordado por unanimidad lo siguiente:

1º Constituir, con el objeto expresado, una sociedad que se denominará "Arturo Michelena" y será dirigida por una Junta formada así:

Presidente: Martín Tovar y Tovar.

1er. Vicepresidente: Marco-Antonio Saluzo.

2º Vicepresidente: J. M. Herrera Irigoyen. Secretario: Eugenio Méndez y Mendoza. Tesorero: Carlos Zuloaga.

3º Nombrar, del seno de la sociedad, una comisión de doce individuos que organice y lleve á cabo una exposición de la obra artística de Arturo Michelena, para aplicar á la

Es mejor precaver . . .

Cuando hay que remediar, la Emulsión de Scott de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa se ha estado usando por un cuarto de siglo, con el resultado más satisfactorio en todos los casos indicados por su composición. Como reconstituyente es la preparación favorita de los médicos. Medicina á la vez que alimento, es difícil encontrar en el arsenal terapéutico un arma de igual eficacia para combatir tantas enfermedades.

En cuanto toca á precaver, ¡cuántas vidas no se salvarían si se aplicara á tiempo una medicina que como la Emulsión de Scott fortalece el cuerpo contra los ataques de las enfermedades! Un cuerpo sin fuerzas para resistir cualquier simple afección, cae al primer ataque de la *grippe* ó de cualquier otra dolencia de que aún las personas robustas son víctimas.

El catarro es una enfermedad constitucional de la sangre, que sólo se cura extirpando la infección escrofulosa, la anemia y la debilidad. La EMULSIÓN DE SCOTT es el remedio en tales casos.

Exíjase la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas. Rehúsen las imitaciones y las "preparaciones sin sabor" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao, pero que no lo contiene.

De venta en las Boticas. ❖ ❖ ❖ SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.

erección del monumento los productos de dicha exposición.

3º Promover con el mismo fin una suscripción pública espontánea en el Distrito Federal y los Estados, y que queda desde luego abierta en Caracas, en "La Mejor" y en la "Empresa El Cojo."

4º Comunicar la instalación de la Sociedad "Arturo Michelena" y lo resuelto por ella, al ciudadano Presidente de la República, al ciudadano Ministro de Instrucción Pública, al ciudadano Gobernador del Distrito Federal y al periodismo de la República.

5º Continuar los trabajos de la Sociedad hasta la completa realización de su objeto.

En cumplimiento del número 2º fueron nombrados los señores Emilio J. Mauri, Antonio Herrera Toro, Charles R. Röhl, Eduardo Blanco, Francisco de Sales Pérez, Andrés A. Mata, Delfín A. Aguilera, José María Garbán, Federico Alcalá, Dr. Gonzalo Picón Febres, Gustavo J. Sanavria y Joaquín Núñez Meneses.—Caracas: 7 de agosto de 1898.—Eugenio Méndez y Mendoza, Secretario."

Prensa caraqueña.—Cuatro nuevos periódicos, entre ellos tres diarios, nos han visitado en la última quincena:

El Independiente, dirigido y redactado por el señor doctor Tomás Mármol;

El Periódico, dirigido por el señor Miguel I. Leicibabaza y redactado por los señores Antonio R. Vaamonde y Manuel Vicente Cuervos;

El Estandarte, dirigido y redactado por el señor Gumersindo Rivas; y

La Raza Latina, semanario trilingüe, órgano de las colonias española, francesa é italiana de Venezuela, redactado por los señores Sebastián Ramos Torres, Basile Theavrand-Varel y Gustavo Pescatori.

EL COJO ILUSTRADO corresponde al canje y desea larga existencia á los apreciables colegas.

María del Rosario Vegas.—El fallecimiento de esta distinguida dama enluta hogares honorables de nuestra sociedad.

Presentamos á la familia Vegas la expresión de nuestra condolencia.

Colegio Sucre.—Con entusiasta solemnidad fueron celebradas las *Bodas de Plata* de este Instituto cuyo nombre está asociado á la honorabilidad de su fundador y director, el distinguido educacionista, señor doctor J. M. Sifontes.

Sus antiguos discípulos iniciaron el festival, y encontrando eco simpático en nuestra sociedad, se realizó aquel ante selecta concurrencia que, realizada por numeroso grupo de damas, rindió justos homenajes al incansable y docto propagador de la instrucción.

Celebramos que la justicia y la gratitud comiencen á recompensar la ímproba tarea del doctor Sifontes.

Retrato.—La Junta Directiva de la candidatura del señor doctor Arnaldo Morales, para la Presidencia del Estado Miranda, ha tenido la cortesía de enviarnos con atenta dedicataria, un retrato litografiado del señor Doctor Arnaldo Morales, dibujo del señor V. Vicente Gil.

Damos muy cumplidas gracias.

Escuela Normal.—Por galante invitación de la señorita Antonia Esteller, Directora de la Escuela Normal, tuvimos el gusto de admirar los trabajos presentados por las alumnas de dicho plantel en los exámenes del presente año. Entre éstos es digno de especial mención el cuadro bordado en seda por las señoritas Amelia Ponte y Micaela Carbonell,

el cual representa el descubrimiento de la Costa Firme y está calcado sobre el dibujo que hizo para las estampillas colombinas nuestro inmortal Arturo Michelena. Las señoritas Ponte y Carbonell han demostrado gusto artístico en la feliz combinación de los colores y en la correcta expresión de las figuras del cuadro.

Nuestras felicitaciones á la señorita Directora por el buen éxito alcanzado por sus discípulas.

El Cauca.—Autor de este poema descriptivo es el inspirado poeta colombiano Isaías Gamboa, quien por algunos años residió en el Salvador y contribuyó con su inteligencia al adelanto intelectual de la juventud de aquel país, donde fue justamente apreciado y aplaudido.

Damos las gracias á Gamboa por el ejemplar de su bello poema con que ha querido obsequiarnos.

EXCITACION

Se excita á los amantes del arte, y en especial á los compatriotas de Arturo Michelena, á realizar un acto de justicia con el cual se rinda debido tributo á la memoria del grande artista.

La Sociedad "Arturo Michelena" abre desde luego una suscripción espontánea, cuyo producto se destinará á la erección de un monumento digno de aquel Ilustre Ingenio.

Se recibirán las dádivas en los establecimientos de "La Mejor" y "El Cojo."

Caracas: 8 de Agosto de 1898.

El Presidente, Martín Tovar y Tovar.—El Vicepresidente, Marco Antonio Saluzzo.—El segundo Vicepresidente, Jesús María Herrera Irigoyen.—El Secretario, Eugenio Méndez y Mendoza.—El Tesorero, Carlos Zuloaga.

Folletos recibidos.—*Tributo de amor* á la venerada memoria del señor Francisco Gutiérrez, en el primer aniversario de su muer-

te—20 de julio de 1898—por el Pbro. Rafael A. Gutiérrez.

Defensa de Jesús María Gómez, por el doctor Federico Yepes.

La Electricidad, publicación destinada á difundir y enseñar las diversas aplicaciones generales de la ciencia eléctrica, por Luis González González.

Mentiras políticas, por el doctor Alberto González B.—Entrega I del tomo I.

Rasgos militares y políticos del general Ramón Guerra.—A los mirandinos firmantes de una hoja suelta titulada "A los pueblos del Estado Miranda," por Adolfo Casafias.

La condición resolutoria expresa en los contratos. Juicio civil decidido por los Tribunales del Estado Lara, por el Dr. Federico Yepes.

Damos las gracias á los señores remitentes.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

Utile dulci, infirmo delectando pariterque curando.

"La Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, reúne á sus excelentes cualidades tónico reconstituyentes y nutritivas, el que se asimila con facilidad y es admitida y tolerada por el estómago, aun en los casos de gran debilidad, y sobre todo tiene por su sabor grato, gran aplicación como reconstituyente nutritivo en los niños escrofulosos."

DR. ELISBO MUÑOZ.
Médico Mayor 1º de Sanidad Militar, Director del Hospital Militar de Mayagüez, Puerto Rico.

PICADURA PARA CIGARRILLOS
DE VENTA EN
La Empresa El Cojo
Estrictamente de contado



La mejor preparación para conservar, restaurar y embellecer el cabello es

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Conserva la cabeza libre de caspa, sana los humores molestos é impide la caída del cabello. Cuando el cabello se pone seco, claro, marchito ó gris, le devuelve el color original y su contextura, estimulando un nuevo y vigoroso crecimiento. Doquiera se emplea el Vigor del Cabello del Dr. Ayer, suplanta todas las demás preparaciones y pasa á ser el favorito de las señoras y caballeros.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer . . .

PREPARADO POR

Jr. J. C. AYER & Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.



El mejor limpiador para las pieles rojizas

LUSTRE OJIZO DE HAUTHAWAY

Para usarlo cuando una piel rojiza requiera un verdadero y brillante lustre.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

Sozodonte
Deodorante y de Acción

Los principales Dentistas y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **PÓLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven **propia-**mente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz
Madame BERNHARDT dice:—

"Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional."

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.
Pedid por tarjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.
HALL & RUCKEL, New York, EE, UU.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.
Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

EL 1898 20th Century OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PASEO

De Niquel Platend, Pequeñas, Bonitas y Duraderas. Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



Las mejores del mundo.

20th CENTURY CICLOMETROS. 10.000 Kilometros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correos.

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

Propiedad de La Empresa El Cojo

Está ya á la venta.

TABLAS DE MONEDAS

De venta en EL COJO

Artículos de escritorio — Especialidad en EL COJO.